LAS FRONTERAS DEL MIEDO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

edebé

periscopio

LAS FRONTERAS DEL MIEDO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

LAS FRONTERAS DEL MIEDO

edebé

Título original: *As fronteiras do medo*

© Agustín Fernández Paz, 2012

© Ed. Cast.: Edebé
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
www.tienda.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de cubiertas: César Farrés
Fotografía de portada: Hemera/Thinkstock
© Traducción: Isabel Soto

Conversión digital: eBookBurner Technologies

1.a edición, marzo 2012

ISBN: 978-84-683-2721-1
Depósito Legal: B-24692-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

En la inolvidable noche del 26 de marzo de 2009, en los jardines del hotel Tre Vecchi, bajo el cielo estrellado de Bolonia, prometí que escribiría este libro a las personas que compartieron conmigo aquellas horas felices. Helena Torres, Xan López Domínguez, Soedade Noia, Manel Cráneo, Pinturero, Manolo Figueiras y Lluís Miquel Avián. La promesa es ya una realidad.

Entré, hechizado, y de un montón cubierto de telarañas cogí el volumen más a mano y lo hojeé al azar, temblando al leer raras palabras que parecían guardar algún secreto, monstruoso para quien lo descubriera.

H. P. Lovecraft: «El libro», *Hongos de Yuggoth*

Una historia que hablase de los misteriosos temores de la naturaleza y que despertase el más intenso de los terrores, una historia que creara en el lector miedo a mirar a su alrededor, que helase la sangre y acelerase los latidos del corazón.

Mary W. Shelley: Prefacio, en *Frankenstein o el moderno Prometeo*

Índice

1. La Puerta del Más Allá
2. La voz de la sangre
3. Los Hijos de Hamlet
4. El pozo
5. El enigma del menhir
6. La mirada de K

LA PUERTA DEL MÁS ALLÁ

1

El viajero del cabello rojo llegó a la posada al atardecer del 17 de octubre. Desde por la mañana no había parado de caer una lluvia menuda y persistente; pero, a media tarde, el viento cambió de dirección y ahuyentó las nubes que nos cubrían, dejando el cielo tan limpio como sólo se ve en los días de verano. Yo andaba ocupado en partir una carga de leña que me habían traído la tarde anterior, tan necesaria para alimentar la chimenea en el invierno inacabable, y únicamente me percaté de su llegada cuando aparcó el todoterreno que conducía en la explanada delantera de la casa.

Solté el hacha y me aproximé con pasos lentos al vehículo, un Range Rover de color negro que transmitía una impresión de seguridad y solidez. El hombre que se bajó de él ofrecía un aspecto muy alejado del común de los viajeros que se acercaban a mi posada. Lo primero que en él llamaba la atención eran el pelo y la barba, de intenso color rojo, así como su extrema delgadez. Era alto; me llevaría casi media cabeza, y eso que yo no me considero pequeño. Con todo, superada la primera impresión, lo más llamativo de su cara eran los ojos, de un verde muy vivo y poseedores de un brillo especial, capaz de provocar desasosiego en quien los mirase.

—¡Buenas tardes! —saludó con voz que pretendía ser amable, al tiempo que me ofrecía su mano—. ¡No es fácil dar con esta posada! Llevo más de una hora dando vueltas por las carreteras de la comarca, que parecen todas iguales si no se conocen, sin encontrar ningún cartel indicador. Pero lo importante es que por fin estoy aquí.

El hombre hablaba nuestra lengua con corrección, pero resultaba evidente que procedía de algún país extranjero, como bien revelaban su acento y la deficiente pronunciación de ciertos sonidos. Correspondí a su saludo y, enseguida, le pregunté quién era y qué lo traía hasta mi posada.

—Me llamo Walter MacGregor y soy escocés. La primera parte de mi vida transcurrió en Edimburgo, pero ya hace muchos años que resido en Londres. Soy el propietario de la más conocida casa de antigüedades de la ciudad, The Old Times, en Portobello Road.

Como yo nada decía, añadió:

—No exagero si afirmo que constituye una referencia en toda Europa; tal vez haya oído hablar de ella alguna vez. El mío es un trabajo apasionante, que me obliga a viajar durante varios meses al año en busca de piezas que la gente guarda ignorando el alcance de su

valor.

—¿Y se puede saber qué se le ha perdido a una persona tan importante en esta apartada aldea de Galicia? —yo soy más bien parco en palabras y me incomodaba lo mucho que hablaba aquel hombre, así como el aire de suficiencia de su discurso—. Porque, si no le he entendido mal, usted buscaba mi posada.

—Sí, la buscaba. ¡La Posada de las Antas! —exclamó, al tiempo que señalaba el letrero situado sobre la puerta principal—. Llevo más de un mes recorriendo las tierras de Galicia, que me parecen fascinantes, sobre todo las del interior: O Cebreiro, Samos, San Estevo, Mondoñedo, Campo Lameiro… Amo Escocia con pasión, en las Highlands están mis raíces, pero puedo afirmar que ya me he enamorado para siempre de estas tierras.

—¿Y cuál es el motivo que lo ha traído hasta aquí? —insistí, irritado por no obtener respuesta concreta a mis preguntas.

—El culpable de mi llegada es don Sebastián Reigosa de Miranda, el anticuario de Lugo al que usted sin duda conoce. Hace unos días, mientras comíamos como dioses en el Mesón de Alberto, le comenté mi deseo de disfrutar de una temporada de descanso y aprovecharla para avanzar en el libro que inicié hace más de dos años. Fue él quien me aconsejó que, si quería tranquilidad, me acercara a estas tierras del norte y buscase su posada —se calló unos instantes y a continuación añadió—: Falta saber si dispondría de una habitación libre para mí.

—Están libres las ocho, puede escoger la que prefiera —le aclaré de inmediato—. El señor Reigosa de Miranda es amigo y también cliente; él y su mujer pasan aquí la primera quincena de agosto, sin fallar ningún año. Y no le ha mentido: en cuanto a la tranquilidad, pocos sitios encontrará más apacibles que éste.

—¡No contaba con ser el único huésped! —exclamó, sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción.

Después observó de nuevo la casa y paseó su mirada por el paisaje de alrededor, cada vez más desdibujado por las sombras.

—Hasta hace unos días todavía hubo huéspedes —comenté—. De aquí en adelante el tiempo es frío y los días, cortos. Eso retrae a la gente. Sólo de vez en cuando aparece alguien como usted. Es distinto en los meses que van de mayo a octubre; entonces es cuando la posada se llena y me veo obligado a rechazar a muchos de los viajeros que me llegan.

—¿Así que estaremos solos usted y yo?

—Por la noche, así será —confirmé, sin poder evitar una sombra de inquietud—. Por las mañanas vienen a trabajar dos mujeres, Ermitas y Juana, que se encargan de la cocina y de la limpieza de las habitaciones. Y por las tardes nunca faltan algunos vecinos que se acercan hasta aquí a matar las horas. Ya los irá conociendo a todos

ellos.

El escocés pareció darse por satisfecho con mis explicaciones. Subió a su vehículo y maniobró para colocarlo junto a la puerta de entrada. Luego se bajó y me pidió que le ayudase a trasladar el equipaje hasta el que sería su dormitorio. Se trataba de un voluminoso baúl de madera barnizada, reforzado con cantoneras y herrajes de metal. Lo subimos por las escaleras hasta el primer piso, no sin dificultades, pues era mucho lo que pesaba. Una vez arriba, le enseñé las cinco habitaciones disponibles en ese piso, mucho mejores que las tres de la planta baja. En contra de lo que yo suponía, eligió la que daba a la parte de atrás de la casa, menos luminosa y más fría, descartando las otras, tanto las de la fachada como las orientadas al oeste, que contaban con la ventaja añadida de la galería.

Cargamos después el baúl hasta el dormitorio elegido. Lo primero que hizo en cuanto lo posamos, fue abrir las dos hojas del balcón y asomarse al exterior. A pesar del cielo sin nubes, la claridad era escasa y ya se percibía la proximidad de la noche. El robledal comenzaba a unos treinta metros del edificio y se extendía, espeso y sombrío, hasta la ladera de la Colina de las Antas. Un paisaje limitado, e incluso opresivo, que contrastaba con el horizonte amplio y dilatado de las otras habitaciones. Pero el escocés parecía encantado con su elección, así que el asunto quedaba resuelto.

—Como ya le he dicho, las cocineras sólo trabajan por las mañanas. No es mucho lo que le puedo ofrecer —le indiqué, antes de dejarlo solo—. Si le parece bien, cenaremos a las nueve, a menos que le apremie el hambre y desee hacerlo antes.

—Las nueve es una buena hora. Mientras, voy a ordenar todas mis pertenencias. Y puede que a lo mejor me eche un poco en la cama, vengo cansado de conducir durante toda la tarde.

Me despedí y bajé a guardar en el cobertizo la leña que había partido. Después me senté en el banco de piedra de la entrada, sin poder apartar de mi cabeza la imagen del extraño huésped que me acompañaría en los próximos días. No era la primera vez que recibía a personas como el escocés, individuos que provocaban en mí una persistente sensación de desasosiego, pero siempre se trataba de gente de paso, que se hospedaba dos o tres días en la posada y después continuaba su camino. Walter MacGregor, por lo que me había dicho, traía la intención de permanecer conmigo un tiempo indefinido, y esa particularidad me provocaba una inquietud que no conseguía apartar del pensamiento.

Poco antes de las nueve dispuse la mesa donde cenaríamos e improvisé unos platos ligeros para complementar la carne mechada que me había dejado Ermitas: una tortilla de patatas, un plato de

lonchas de jamón, queso fresco y membrillo. Eso y una botella de buen vino sería suficiente.

Contaba con llevar yo la conversación y conseguir más datos sobre el escocés, pero fue él quien no paró de preguntar durante la cena y el largo tiempo de la sobremesa. Y así, me encontré contándole la historia de la casa, donde ya habían vivido cuatro generaciones de mi familia. Había sido mi bisabuelo quien la había construido, en el año 1870, y quien había abierto la posada para acoger a los arrieros que pasaban con sus carros camino de Lugo. Después, la tradición había seguido de padres a hijos, hasta llegar a mis manos.

—No quiero ser impertinente, pero usted parece estar soltero —comentó, una vez finalizada mi historia—. ¿No le preocupa que desaparezca esa tradición al no haber quien la continúe?

—Tampoco soy tan mayor. Todavía no he perdido la esperanza de casarme —respondí, molesto por el hecho de que la conversación tocara temas tan personales. ¿Qué le importaba a él mi vida?—. Y espero tener la fortuna de contar con un heredero en el futuro.

—¡La Posada de las Antas! —pronunció el escocés con voz enfática, dilatando en el tiempo cada una de las palabras—. Aún no me ha contado por qué la hospedería lleva ese nombre.

—Pues porque a medio kilómetro de aquí se encuentra la colina que se ve desde el balcón de su cuarto, más allá del robledal. La llaman Colina de las Antas porque en su ladera se encuentran cinco de esas construcciones, todavía bien conservadas.

—Disculpe mi ignorancia. ¿Qué es un anta?

—Si le digo el término con el que se suele citar en los libros, seguro que no le resultará desconocido. Anta es como llaman en Galicia a los dólmenes, que por otros lugares de este país también reciben el nombre de *mámoas*. Ya sabe: esas construcciones que se erigían hace miles de años para enterrar a los muertos y honrar su memoria.

—Los dólmenes, ¡cómo no los voy a conocer! —exclamó entusiasmado mi huésped—. Soy escocés, y supongo que ya sabe de la abundancia de dólmenes, crómlech y menhires, tanto en Gran Bretaña como en Irlanda. Desde Londres, a poco más de una hora de viaje, cualquier persona puede acercarse al crómlech de Stonehenge, el más importante monumento megalítico que se conserva, como usted seguramente no ignora.

Walter MacGregor resultó ser un especialista en cuestiones referidas a los monumentos megalíticos. Como si estuviera impartiendo una conferencia, empezó a hablar de la importancia de esas «catedrales de piedra» —así las llamó él— y de los misterios que aún hoy escondían. Yo le oía disertar, a cada minuto con mayor entusiasmo, de las maravillas que se podían encontrar a lo largo de

toda la Europa atlántica, desde Stonehenge a las impresionantes alineaciones de menhires de Carnac. El escocés, que afirmó haber leído todo cuanto se había escrito sobre los megalitos, me explicó que, para los humanos que los habían construido, el interior de un dolmen constituía un centro del mundo, un lugar sagrado y misterioso donde poder comunicarse con los dioses del más allá y los espíritus de los muertos. Ésa era la razón de que en las leyendas relacionadas con ellos aparecieran siempre seres sobrenaturales poseedores de una fuerza divina o de una energía diabólica.

De repente se calló, como si lo asaltase la sospecha de haber hablado demasiado. Inclinó la cabeza y pareció concentrarse en examinar las vetas dibujadas en la superficie de la mesa. Así permaneció varios minutos, durante los cuales yo tampoco pronuncié palabra.

—¿Así que tenemos varios dólmenes aquí cerca? —comentó, tras un largo silencio—. ¡Me siento afortunado, es un regalo sorprendente! Espero poder explorarlos en los próximos días.

—En realidad, son cinco —precisé—. Están todos en la ladera de la colina, a la misma altura, como si formaran un círculo en torno a la cumbre.

Creí que MacGregor continuaría tirando de aquel hilo, en el que había demostrado ser un verdadero experto, pero decidió cambiar de tema y, sin que yo le preguntara, se sintió obligado a informarme con mayor detalle sobre su vida y los negocios que regentaba.

Estuvimos charlando hasta que, a eso de las doce, decidimos retirarnos a dormir. Él se marchó corredor adelante y yo me metí en mi cuarto, que era uno de los dos que dan a la fachada. Al ocupar dormitorios en sendos extremos del edificio, estábamos separados por el largo pasillo que nacía en las escaleras y acababa en el cuarto del escocés.

Cuando a las tres de la mañana me levanté para bajar a la cocina en busca de una jarra de agua, comprobé que la luz de su cuarto permanecía encendida, pues estaba iluminado el ventanuco de cristal opaco que tenían todas las puertas en la parte superior. Cansado estaría, pero no lo demostraba. ¿Qué demonios hacía a aquellas horas?

2

Los días posteriores a la llegada de MacGregor transcurrieron de un modo que, a primera vista, podría calificarse de rutinario. Yo trabajaba en las pequeñas reparaciones que necesitaba la casa ante la proximidad del invierno. Ermitas y Juana venían a hacer sus labores por la mañana y dejaban todo arreglado antes de marcharse, a eso de las dos de la tarde. El señor Adrián, que vivía en la granja más próxima a la posada, acudía en torno a las cinco con otros dos vecinos de su edad, Nicolás y el Cubano, para echar conmigo unas partidas de tute. Y mi huésped, a pesar de las intenciones declaradas de escribir, se pasaba durmiendo toda la mañana y no se levantaba hasta poco antes de la hora del almuerzo. Después de comer y de un breve reposo, se marchaba a caminar por los senderos de las tierras de los alrededores y no regresaba hasta que ya anochecía.

—¿Qué tal va el libro? —le pregunté durante una de nuestras comidas—. ¿Avanza?

—¡Sí que avanza! Estoy muy satisfecho, creo que ha sido un acierto elegir su posada para estos días de descanso.

—Deduzco que le gusta escribir por las noches —insistí—. Porque durante el día no le queda mucho tiempo para hacerlo.

—Ha acertado. Durante las horas de la noche es cuando mejor escribo. Aquí no hay ruidos molestos, sólo se escucha el viento y los elementos de la naturaleza. Los murmullos del bosque, tan próximo, son música para mis oídos. Las ideas fluyen con una rara facilidad, en un ambiente así.

Su explicación me dejó momentáneamente satisfecho. Pero poco me duró la tranquilidad, porque, al cabo de dos días, el viejo Adrián me trajo una noticia que consiguió alarmarme.

—Hoy no podremos jugar la partida. He pasado ahora por casa del Cubano y me ha dicho su mujer que se encuentra enfermo. Y parece ser que Nicolás también anda con mal cuerpo —me informó Adrián, al preguntarle por qué venía él solo. Estábamos los dos sentados en el banco de piedra, disfrutando del tibio sol de la tarde—. Hay gente encamada en cada casa de la parroquia. En la mía todavía no ha caído nadie, pero no sé cómo nos irá. ¡Anda el mundo bastante revuelto!

—¿Por qué lo dices?

—¿Acaso Ermitas y Juana no te han comentado nada?

—No. ¿Qué es lo que me tenían que comentar?

—Pues que hace unos días, en la parroquia de Leirado, algunos

vecinos a los que sorprendió la noche fuera de casa afirmaron haber visto a la Santa Compaña en procesión por los caminos. Y parece ser que al día siguiente ocurrió lo mismo en Cañobre —la expresión del viejo Adrián era de absoluta seriedad, pero sus ojos reflejaban el temor que trataba de ocultar—. Siempre que los difuntos se echan al camino, algo malo sucede poco después. Hace muchos años que no pasaba tal cosa, estos días la gente se recoge en casa en cuanto oscurece. Además, los perros no dejan de ladrar en toda la noche, y los animales se revuelven inquietos en las cuadras. Es como si presintieran algo anormal, algo extraño que está a punto de ocurrir.

Eché un vistazo al calendario. Estábamos a 26 de octubre; el final de mes ya se aproximaba.

—¡Así que la Procesión de las Ánimas recorre la comarca! Estaba convencido de que ya no creías en esas patrañas —respondí, burlón—. ¿No te parece que cuentos de ese estilo son sólo invenciones de la gente, ahora que se acerca el *Samaín*?

—Ni creo ni dejo de creer —contestó, con aire preocupado—. También yo me encuentro inquieto desde hace días. No soy medroso, ya lo sabes. Pero anteayer venía de cenar en casa de los de Campos, que les fui a ayudar con el secado de las castañas, y como se me hizo tarde, atajé por el camino de la colina. Y vi que del interior de las antas salían luces, luces débiles como las de las ánimas. ¡Que me caiga aquí muerto si te miento!

—¡Tú sí que tienes pocas luces! ¿Y no sería que algunos chicos se acercaron hasta allí con los coches o con las motos? La gente joven es el demonio, ya lo sabes.

—¡No, qué va! Algo extraño ocurre, te lo digo yo. Por si acaso, tú cierra bien la posada por las noches.

Se levantó del banco con la intención de marcharse. Cuando ya había andado unos pasos, se volvió hacia mí y añadió:

—Y avisa a ese inglés que tienes de huésped, no vaya a tener un disgusto. ¡Dónde se ha visto, tanto madrugar, y más con las heladas que caen!

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque anteayer mi hijo fue a recoger el trasmallo que había armado en el río y lo vio subido a la cima de la colina. Y aún no eran las seis de la mañana. ¿Sabes las heladas que están cayendo estas noches? ¡Ya me dirás qué hace por ahí, tan temprano!

No respondí y fingí no dar importancia al comentario de Adrián. Me despedí de él y entré en casa. La información sobre mi huésped me había dejado muy intranquilo. Era evidente que no podía permanecer más tiempo como si nada ocurriera, ignorando las idas y venidas del escocés. Necesitaba estar solo, reflexionar sobre los pasos que debía dar en los próximos días.

Aquella noche, después de cenar, pretexté que me sentía cansado y le dije a MacGregor que me iría a dormir pronto. También él se encerró en su cuarto, con la intención, según afirmó, de darle un buen adelanto al capítulo que lo ocupaba aquellos días.

Esperé sentado en la cama, en silencio y con la luz apagada. En cuanto dieron las doce, salí al pasillo. La luz de la habitación del escocés continuaba encendida. Bajé las escaleras de puntillas y abrí la puerta de fuera, sin hacer ningún ruido. Caminé hasta el cobertizo en el que guardaba la leña y me coloqué de tal manera que pudiera observar el balcón del cuarto de atrás. Y allí, escondido entre los leños, permanecí a la espera de que algo sucediese.

A las dos de la mañana se abrieron las hojas del balcón y distinguí la silueta de MacGregor, recortándose contra el rectángulo de luz. Lanzó hacia fuera una escalerilla de cuerda que previamente había sujetado a los hierros del balcón y descendió por ella hasta el suelo. Llevaba un bulto a la espalda, posiblemente sería una mochila. Después echó a andar en dirección al robledal y se perdió entre los árboles. Lo seguí, guardando una distancia prudencial. El suelo estaba alfombrado de hojas secas y resultaba imposible caminar de manera silenciosa.

MacGregor atravesó el robledal y llegó al pie de la Colina de las Antas. Protegido por los últimos árboles, pude ver cómo escalaba la ladera y entraba en el interior de uno de los dólmenes. Allí encendió una lámpara de aceite, como supe después, y empezó a hablar, o a rezar, en voz baja, en un idioma que me resultaba incomprensible. La débil llama de la lámpara proyectaba sombras temblorosas en las grandes piedras del megalito.

Después de permanecer en el interior durante una media hora, se trasladó a la segunda anta y repitió en ella los ritos que había realizado en la anterior. Y así fue recorriendo cada uno de los cinco dólmenes, obligándome a trasladar cada vez mi lugar de vigilancia.

Cuando abandonó el último, pensé que ya se habían acabado las ceremonias, pero todavía le quedaba la última parte del ritual. Subió a la cima de la colina y allí se tumbó sobre la hierba, con los brazos extendidos, mirando al cielo a la vez que recitaba una turbadora letanía. Aquella noche había helada y las estrellas brillaban intensamente en la negrura de la bóveda celeste.

Pasados varios minutos, se levantó y recogió los objetos que había llevado, que no pude distinguir por la distancia. Después emprendió el camino de regreso, atravesando de nuevo el robledal. Cuando llegó al pie del balcón, volvió a subir por la escalerilla de cuerda, que recogió en cuanto estuvo arriba. Minutos después, la luz de la habitación se apagó y todo quedó a oscuras. Pasaban de las cinco de la mañana. Con sigilo, volví a entrar en casa y regresé a mi cuarto, con el corazón

inquieto y la cabeza llena de preguntas.

3

A lo largo del día siguiente, me comporté como si no supiera nada de lo sucedido durante la noche. El escocés tampoco alteró sus costumbres: se levantó tarde, comió con apetito y, tras un corto descanso, se echó a andar sin ningún rumbo predeterminado, «allá por donde los caminos me lleven», como solía decir.

En cuanto se alejó lo suficiente, cogí la llave maestra y fui hasta su cuarto. Me encontré con que todo estaba minuciosamente ordenado: la cama hecha, la ropa recogida y ningún objeto fuera de su sitio. Sobre la mesa, dos libros turísticos referidos a Galicia y un cuaderno de hojas amarillas, en el que no había nada escrito. Inspeccioné el armario y la mesilla de noche, pero tampoco encontré nada anormal. El baúl se encontraba protegido por candados, así que tuve que conformarme con levantarlo por uno de los extremos y comprobar que el contenido continuaba siendo muy pesado.

Esa noche volví a situarme en mi escondite entre la leña y así pude comprobar que las expediciones nocturnas de Walter MacGregor se repetían a diario, pues todo ocurrió de la misma manera que la noche anterior. Esperé a que se perdiera otra vez en el interior del bosque y, en vez de seguirlo, regresé a casa. Me dirigí a su cuarto con la llave maestra en la mano y abrí de nuevo la puerta.

¡Había acertado con mis sospechas! Lo que por la tarde aparentaba ser un cuarto ordenado y tranquilo se había transformado ahora en un lugar de desorden y desconcierto. Sobre la colcha de la cama, distinguí un gran plano que reflejaba con todo detalle la morfología de la Colina de las Antas. Numerosas fotografías y dibujos de cada uno de los cinco dólmenes aparecían esparcidos a su alrededor.

Me acerqué a la mesa y examiné lo que sobre ella se encontraba. Lo primero que llamó mi atención fue un tríptico de madera que se sostenía en pie porque las dos tablas laterales permanecían medio abiertas. En la tabla central había encajado un espejo, o algo que se le parecía, porque cuando me acerqué a él su superficie se enturbió, como si una súbita niebla lo empañara. Si no era un espejo, ¿qué función cumplía aquella rara lámina? Las tablas laterales tenían pintadas en su interior unas imágenes y unos signos que pronto reconocí y que me dejaron desconcertado. ¿Cómo habían llegado hasta allí?

Examiné después los libros, todos de increíble antigüedad, que aparecían abiertos sobre la mesa. Eran títulos que me resultaban

familiares, pero que no reproduciré aquí, porque sólo escribir su nombre puede provocar fenómenos terribles. El baúl también estaba abierto, revelándome parte de su contenido: frascos y redomas con extraños líquidos, así como pequeñas cajas de cristal que guardaban hierbas y otros materiales desecados que no me molesté en examinar. Había además una variada colección de piedras, entre las que reconocí el ópalo, la turquesa y el ónice, todas ellas portadoras de intensa energía protectora. En una de las esquinas, una calavera parecía mirarme con sorpresa desde sus cuencas vacías. Mi huésped no era lo que aparentaba, eso ya quedaba claro, y guardaba secretos que me tendría que desvelar antes de que acabase el mes de octubre.

4

No pude pegar ojo en toda la noche, inquieto por los descubrimientos que acababa de hacer. Aun así, a la mañana siguiente decidí continuar como si nada supiera y esperar a que las cosas fuesen sucediendo como el destino marcase. Estábamos a 28 de octubre. El tiempo seguía despejado y el frío había llegado a la comarca para quedarse hasta el final del invierno. Como tenía por costumbre, MacGregor se levantó muy tarde, justo para la hora del almuerzo. Compartimos en silencio el estofado de carne que Ermitas nos había preparado. En contra de lo que era habitual en él, se recluyó otra vez en su cuarto y no bajó hasta la hora de la cena. También el silencio presidió nuestro refrigerio nocturno, como si ambos estuviéramos esperando que el otro tomase la iniciativa. Pero entre nosotros sólo hubo un seco «Buenas noches», antes de encerrarnos en nuestras respectivas habitaciones.

Así transcurrió también el día 29, con la tensión creciendo a cada instante. Se trataba de una situación incómoda, pero ninguno de los dos queríamos dar el primer paso. Por fin, la noche del día 30, cuando yo ya me levantaba para recoger la mesa, tras otra jornada de obstinado mutismo, mi huésped me habló con una determinación que hasta entonces no había exteriorizado:

—Siéntese, los platos pueden esperar. Basta ya de tanto silencio, creo que es ridículo aplazar por más tiempo nuestra conversación —como yo puse cara de no entender a qué se refería, añadió—: Deje de una vez los disimulos, ya no son necesarios. Sé que hace tres noches entró en mi cuarto y vio lo que en él había. Fue sumamente cuidadoso, pero no reparó en las marcas que dejé para comprobar si alguien revolvía en mis cosas. Tampoco se dio cuenta de que su imagen quedó reflejada en el Espejo del Tiempo. Podría quejarme de la violación de mi intimidad, pero no voy a hacerlo.

Mi cuerpo se tensó, y lo miré, desafiante. Al fin y al cabo, estábamos en mi terreno y yo también podía echarle en cara sus mentiras.

—Tranquilícese, por favor —añadió con voz más amable—. Tengo el convencimiento de que está al tanto de mis ausencias nocturnas. No sé cuánto sabe de ellas ni desde cuándo, pero eso ya no tiene importancia. Ha llegado la hora de explicarle las auténticas razones que me han traído hasta aquí.

Volví a sentarme, todavía tenso. Me serví otro café y también llené

la taza de MacGregor. Y después me dispuse a escuchar lo que tuviera que contarme.

No es fácil resumir todo lo que relató el escocés en las horas siguientes, sobre todo si tenemos en cuenta que eran las cuatro de la mañana cuando nos levantamos de la mesa. Walter MacGregor era quien decía ser, un escocés de las Highlands que regentaba una importante tienda de antigüedades en Londres, un negocio que le proporcionaba unas ganancias muy sustanciosas. Pero ahí terminaba lo que yo ya sabía. Su personalidad tenía otras facetas ocultas, secretos que nunca hasta entonces había compartido y que esa noche me fue revelando con calma.

—Puede que ya haya adivinado hace tiempo que no es casual mi presencia en esta posada y que tampoco pretendo escribir ningún libro. Si estoy aquí es porque tenía la sospecha de que la Colina de las Antas podría ser el lugar que llevo buscando con afán desde hace más de diez años.

»Ahora, después de las intensas investigaciones de estos días, mi sospecha ha pasado a ser una certeza: ¡la colina es un lugar sagrado! ¡Un espacio mágico que acoge una de las doce Puertas del Más Allá existentes en nuestro planeta!

Yo lo escuchaba con rostro inexpresivo, atento a sus palabras, pero sin dejar traslucir los sentimientos que experimentaba. Debía de preocuparle que lo considerase un lunático, un loco de los que periódicamente recalaban en la posada, y dedicó una buena cantidad de tiempo a explicarme la historia de su búsqueda.

—Todo comenzó hará unos quince años. Una mañana de invierno, un hombre de rasgos orientales entró en mi tienda y pidió tratar conmigo un asunto de importancia. Lo hice pasar a mi despacho privado y allí, ante mis ojos atónitos, sacó una daga especial de un maletín que llevaba, uno de esos *kriss* malayos de los que quizá haya oído hablar. Lo dejó sobre la mesa y, sin decir palabra, se quitó chaqueta, corbata y camisa, y se quedó frente a mí con medio cuerpo desnudo. Después empuñó la daga y, con un movimiento rápido, se la clavó en su pecho a la altura del corazón. Vi con estos ojos cómo el *kriss* penetraba en su carne y se abría camino hasta que la hoja entera estuvo dentro. Cuando seguidamente extrajo la daga, en vez del chorro de sangre que esperaba, lo que apareció fue la profunda herida que, en menos tiempo de lo que tardo en contarlo, se cerró como por arte de magia y desapareció ante mi asombrada mirada.

»Me quedé sin habla, como puede suponer. Y fue entonces cuando el hombre, que resultó ser el doctor Liu Chang, me reveló su secreto: nada podía acabar con él, ni arma ni enfermedad ni accidente, porque tenía la cualidad de ser inmortal. Después, me informó de que en Londres existía una sociedad secreta, de origen antiquísimo, la Mesa

de los Inmortales. Sabían de mí y deseaban que yo me integrara en ella, que pasase a formar parte del selecto círculo de aspirantes, una condición de la que sólo saldría en el momento en que yo también alcanzara la inmortalidad.

»Acepté su oferta: no tenía nada que perder, y sí mucho que ganar. No tardé en ser invitado a la primera reunión, en un lugar del que nada le puedo decir, por prudencia. Allí me enteré de por qué me habían elegido para formar parte del reducido círculo de personas que integraban la Mesa. Llevaban años observándome con el mayor interés, porque mi profesión era una vía idónea para conseguir ciertos libros y objetos de carácter prohibido sin despertar sospechas entre las autoridades.

»A partir de aquel día comenzó mi aprendizaje. El doctor Liu Chang fue mi mentor, el encargado de introducirme en misterios que la mayor parte de la humanidad desconoce. Él era el mejor ejemplo que podía tener: había venido al mundo en el Japón del siglo XI, había sido samurái, señor feudal, comerciante en las rutas de la seda, traficante de piedras preciosas, buscador de perlas, famoso autor de haikus, kamikaze en la Guerra del Pacífico, asesino a sueldo en los barrios de San Francisco, financiero brillante en Wall Street… ¡Un hombre único, que guardaba memoria de todo lo sucedido en el mundo en los últimos mil años!

Tras aquella larga exposición, MacGregor permaneció en silencio. Noté que dudaba, posiblemente temía desvelar saberes sometidos a prohibición. Pero su historia estaba incompleta, y no tardó en animarse a tomar de nuevo la palabra:

—Se preguntará usted cuál es el camino para acceder a la inmortalidad y por qué únicamente está al alcance de unos pocos. Hay informaciones que no puedo ni debo descubrir, y tampoco son imprescindibles para que comprenda el alcance de lo que me dispongo a revelar.

»Desde las civilizaciones más antiguas, la inmortalidad fue un secreto conocido por una reducida casta de personas, ligada a las religiones que fueron surgiendo con el discurrir del tiempo. Magos, druidas, chamanes, lamas, sacerdotes, hechiceros… transmitían el secreto de generación en generación. Con el descubrimiento de la escritura, algunos fueron dejando en documentos manuscritos parte de sus saberes mágicos. Textos prohibidos y perseguidos, que las religiones oficiales siempre han considerado blasfemos. Textos como el *Libro Rojo de Lug*, que nos habla del *Tir Na N'og*, el Más Allá de los antiguos celtas, al que se puede acceder a través de las puertas mágicas que se abren en ciertos túmulos funerarios.

»Debe saber que en el mundo hay determinados lugares, casi siempre de carácter sagrado, que albergan las Puertas del Más Allá.

Reciben ese nombre por ser las que comunican el mundo de los humanos con el de los espíritus superiores, que son inmortales por naturaleza. Dioses, demonios y otros seres del trasmundo las utilizan para introducirse en el nuestro e influir en la evolución de la humanidad. Pero estas puertas sólo se abren una noche del año, la del último día de octubre, cuando comenzaba el ciclo anual en numerosas civilizaciones antiguas.

»Si una persona consigue entrar por alguna de las puertas en el momento en que se abre y logra permanecer del otro lado durante un corto período de tiempo, alcanzará la condición de inmortal. Sin embargo corre un peligro terrible, como es quedarse atrapado en el Más Allá, condenado a ser esclavo de ciertas criaturas que allí viven. Por eso debe regresar antes de que la puerta se cierre de nuevo, con la certeza de que volverá transmutada en una persona inmortal.

»En este paso trascendente es menester que se conozcan las palabras y los signos necesarios para entrar y salir; sin ellos es imposible cruzar el umbral. Pero existe todavía una dificultad mayor: toda puerta tiene un guardián, esclavo de los espíritus del trasmundo, encargado de que ningún humano la traspase. ¡El Guardián de la Puerta, implacable y cruel!

MacGregor se calló de nuevo. Le brillaban los ojos y tenía el rostro encendido por la excitación del momento. Yo escuchaba silencioso sus revelaciones, consciente de que éstas aún no habían llegado a su fin. Algunos minutos después, ya más calmado, continuó:

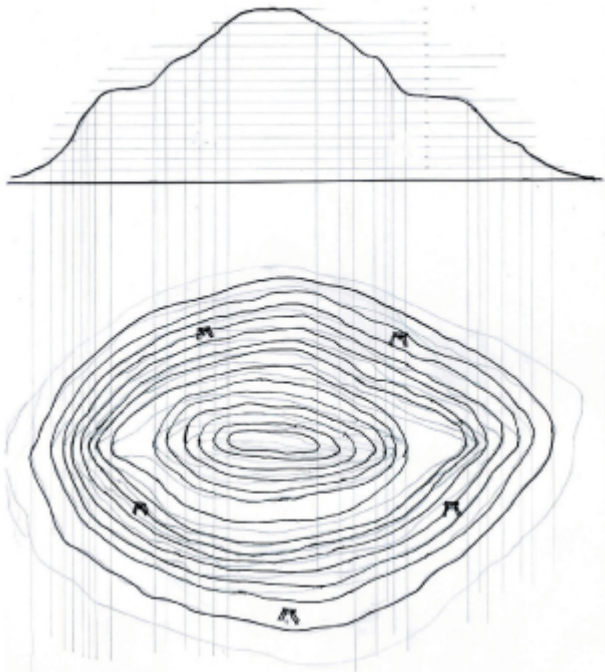
—Desde hace años, en la Mesa tenemos la seguridad de que cinco de esas Puertas del Más Allá están ligadas a las construcciones megalíticas. He recorrido toda la Europa atlántica, en busca de los megalitos que podrían albergarlas. Como el prodigio sólo se produce una noche al año, comprenderá usted lo restringido que es mi campo de acción. Debo seleccionar con rigor los monumentos que me parecen más adecuados. Lo intenté en el enigmático crómlech de Stonehenge; en el campo de menhires de Carnac; en el dolmen de Poulnabrone, el más grandioso de los existentes en Irlanda; en el misterioso crómlech de las islas Orcadas, el conocido como Anillo de Brodgard, donde el tiempo queda suspendido en su interior…

»Éste es el noveno año que lo intento. El pasado estuve en el dolmen de Dombate, con resultado negativo. ¡Nada! Ya desesperaba de conseguirlo alguna vez, cuando alguien me habló de los dólmenes de la Colina de las Antas. Busqué fotografías e investigué en los escasos estudios que hay sobre ellos. Me quedé impresionado por su peculiar disposición alrededor de la ladera y decidí arriesgarme a explorarlos; pronto sabrá por qué.

»Durante el tiempo que llevo aquí he realizado todo tipo de mediciones y de análisis, además de otros ritos prohibidos de los que

no debo hablar. Y el resultado, como ahora le mostraré, ha sido tan sorprendente que todavía hoy no acabo de creerme mi fortuna.

MacGregor se levantó y subió a su cuarto, tras rogarme que lo esperase. Yo permanecí inmóvil, expectante ante lo que el escocés me pudiera enseñar. Cuando regresó, traía con él una carpeta, de la que extrajo el plano de la colina, con las curvas de nivel y con la posición precisa de los cinco dólmenes. Lo extendió sobre la mesa y, a pesar de asegurarle que no era necesario, me explicó detalladamente la topografía de la colina y la peculiar disposición de las *mámoas*:



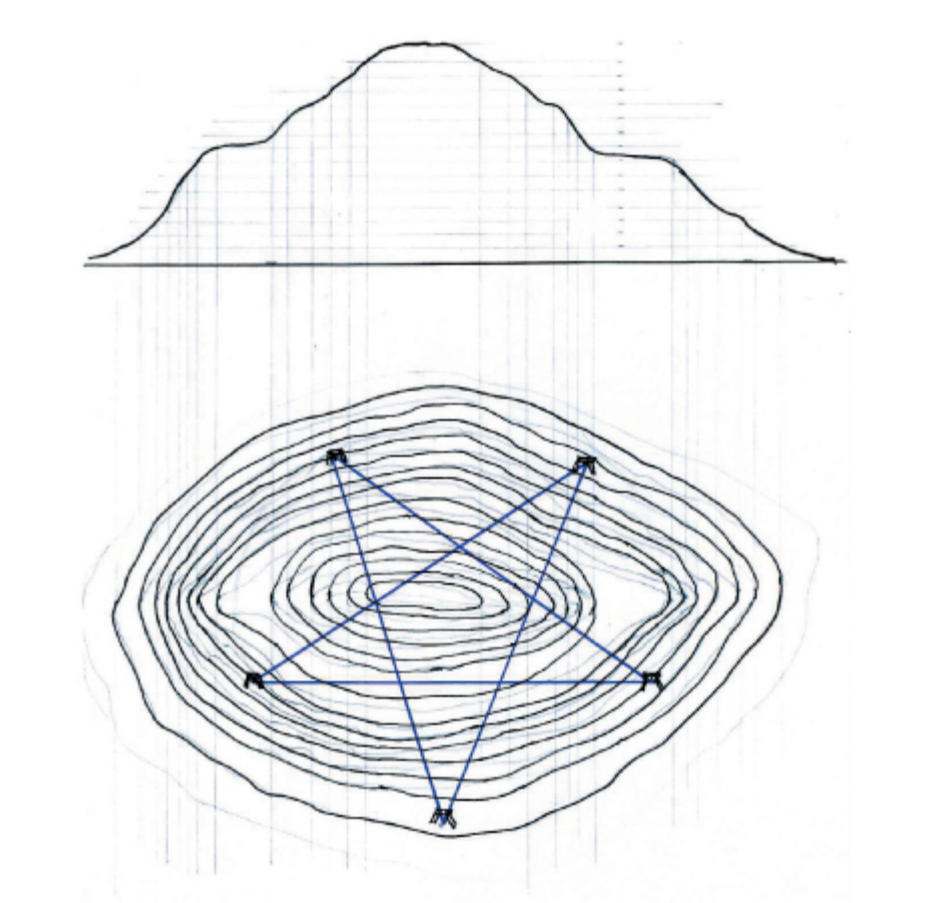
—Fíjese ahora en lo que le voy a mostrar —añadió con énfasis.

Sacó de la misma carpeta una lámina transparente, superpuesta a una cartulina de igual tamaño, para que se pudieran ver con claridad los dibujos que había en ella:

—Esto que ve aquí es el Pentagrama, también llamado Sello de Salomón. Se denomina así porque era uno de los dos sellos (el otro es la estrella de seis puntas que hizo suya el estado de Israel) utilizados por el rey bíblico. Pero, en realidad, esta figura es muy anterior a Salomón. Desde que en el ser humano se activó el sentimiento religioso, este símbolo viene siendo empleado para establecer la conexión con los seres del Otro Mundo. Si se sabe utilizar, puede ser la llave para internarse en el Más Allá sin temor a ser destruido por los seres malignos que en él habitan. Nada se sabe de su origen, excepto

que ya aparece representado en los más antiguos vestigios arqueológicos.

Todavía me esperaba otra sorpresa mayor. MacGregor cogió la lámina transparente y la transportó hasta colocarla sobre el plano de la colina. La sostuvo sobre él, horizontalmente, y la fue acercando despacio hasta que plano y lámina quedaron superpuestos. Contemplé fascinado cómo los vértices de la estrella coincidían exactamente con los puntos centrales da cada uno de los cinco dólmenes:



—¡Una coincidencia absoluta! —exclamó MacGregor—. El plano está hecho al milímetro, he repetido las mediciones innumerables veces. Como puede observar, los vértices del pentagrama coinciden con los puntos centrales de la cámara funeraria de cada uno de los dólmenes. No es extraño: ese centro es el *omphalos*, el punto donde se concentra toda la energía de las piedras que lo forman.

Yo permanecía mudo, con la mirada fija en la mesa, sin saber qué decir ante aquel prodigioso encaje. Todos mis sentidos estaban alerta, atentos a lo que MacGregor añadiría.

—Fíjese ahora en el pentágono que se forma en el interior del Sello de Salomón. Si trazamos sus diagonales, obtenemos una nueva estrella de cinco puntas, en un proceso que podemos repetir infinitas veces hasta llegar a un punto central. ¿Y con qué lugar del plano coincide? ¡Ni más ni menos que con la cumbre de la colina, el punto más alto, el más próximo al cielo! Ahí tendría que haber algún tipo de altar, alguna piedra que señalase su carácter de lugar sagrado. Me desconcertaba comprobar que sólo había tierra y hierba, pero no tardé en descubrir la realidad. Únicamente fue necesario levantar los terrones y cavar no más de una cuarta para dar con la piedra enterrada. Una losa sobre la que en otro tiempo debieron de hacerse sacrificios humanos, la piedra sobre la que los druidas se tendían para invocar a las fuerzas del firmamento. La misma sobre la que yo me vengo acostando estas noches pasadas, para que mi cuerpo absorba la energía que emana de la tierra y la que envían las estrellas.

—¡Así que por eso se pasaba las noches haciendo mediciones! —exclamé, molesto por no haberme dado cuenta del alcance de sus excursiones nocturnas—. ¿Y no le resultaba más cómodo efectuarlas de día?

—¡Amigo mío, olvida usted al Guardián de la Puerta! Si yo operase a la luz del día, seguramente el Guardián ya habría reparado en mis actividades. De ahí que adoptara todas las precauciones.

—¿Pero de qué guardián habla? —pregunté—. Cerca de la posada viven nada más que cinco familias, y todas son conocidas. Y ya ve que nadie nos visita, como no sea algún repartidor de vez en cuando.

—¿Y qué me dice de las dos mujeres que vienen por las mañanas? No me negará que la tal Juana no deja de mirarme con ojos inquisidores. ¿Y qué hay de los viejos que acuden sistemáticamente todas las tardes? Ese Adrián me desconcierta, hasta sospecho que vigila mis pasos. Pero es evidente que he conseguido burlarlo. ¡Mañana por la noche, por fin, veré cumplido mi sueño!

—¿Mañana por la noche? —pregunté con una voz de patente desconcierto—. ¿Qué es lo que sucede mañana por la noche?

—Se lo desvelaré en su momento. Ahora es muy tarde, dentro de pocas horas amanecerá. Nos espera una jornada muy larga, los dos necesitamos descansar.

Era cierto, por lo menos en su caso. Se le veía fatigado, no debía de ser fácil soportar durante tanto tiempo una excitación como la de las últimas horas. Guardó en la carpeta el plano y la lámina transparente. Sin más palabras, se levantó y se dirigió a las escaleras. Yo me quedé sentado a la mesa, mientras intentaba digerir las inquietantes informaciones y confidencias que acababa de oír.

Me levanté temprano, después de pasar en cama tres o cuatro

horas, en las que malamente pude cerrar los ojos. La inquietud no me dejaba permanecer acostado, la larga charla con MacGregor no se me iba de la cabeza. Nada de esto debía de experimentar él, pues volvió a levantarse tarde, según su costumbre. Durante la comida mantuvimos una conversación banal, como si entre nosotros existiera el acuerdo tácito de ignorar la de la noche anterior. Al terminar, mi huésped volvió a encerrarse en su habitación y allí permaneció durante las largas horas de la tarde.

Como no bajaba para cenar, tras esperarlo un tiempo más que prudencial, decidí hacerlo yo solo. Cuando estaba a punto de acabar, oí sus pasos en las escaleras. Apareció en la cocina, con expresión seria, y se sentó frente a mí. Me explicó que los nervios le impedían probar bocado y pidió disculpas por aislarse durante tantas horas. Tan sólo aceptó dos vasos de agua, que bebió ansioso. A continuación, habló con una voz solemne y cadenciosa, que nunca hasta entonces le había escuchado:

—Ayer le prometí que le desvelaría la importancia de esta noche única, y ha llegado el momento de hacerlo. ¡Estamos a 31 de octubre! ¡Para los antiguos pobladores de la Tierra, más atentos que nosotros a la dimensión mágica de la naturaleza, esta noche comenzaba la Estación de las Sombras, y con ella el nuevo año!

Los ojos de MacGregor brillaban con un fulgor casi sobrenatural. Al comprobar que yo permanecía silencioso y ajeno a su tono trascendente, añadió:

—¡Me sorprende su ignorancia! ¿Acaso no sabe que ésta es la noche en que se abren las Puertas del Más Allá? ¿Por qué cree que los antiguos celtas celebraban en esta fecha el *Samaín*? ¿Considera casualidad que la Iglesia Católica también la haya elegido para recordar a todos los santos y los difuntos, personas que abandonaron este mundo y traspasaron el umbral? ¿Y qué me dice de la celebración del Halloween, esa reminiscencia del primitivo *Samaín*, en toda la cultura anglosajona?

Tras beber un nuevo vaso de agua, me miró fijamente, como si nunca más nos fuéramos a ver. Sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno de tapas negras y me lo entregó. Con voz más tranquila, continuó:

—Tengo que pedirle un último favor, amigo mío. Aquí están escritos todos mis descubrimientos, en sus páginas explico detalladamente lo que me propongo hacer. Guárdelo en lugar seguro. Cierre puertas y ventanas y no salga esta noche de casa. Si todo marcha como debe, mañana me lo podrá devolver. Y si no regreso, quémelo cuanto antes y olvide todo lo que le he dicho.

Echó una mirada al reloj, que señalaba las once de la noche. Se levantó y subió a su cuarto. Bajó al poco rato. Se había puesto una

túnica blanca por encima de la ropa y se había colgado del cuello una figura de plata que reproducía el Sello de Salomón. En la mano llevaba un bastón de metal, con la punta afilada como la de una jabalina. Me dio un abrazo y se dirigió a la puerta. Antes de abandonar la casa, habló con voz emocionada:

—¡Está a punto de abrirse la Puerta del Más Allá que la colina oculta! Por ella saldrán los dioses que esta noche visitan el mundo de los humanos. Y saldrán también los Señores del Mal, dueños de los corazones de las personas que extenderán esa maldad por todo el planeta. Será el momento en que yo entre en el Más Allá, protegido por el mágico Sello. Dejaré que la luz del otro mundo traspase todas las células de mi cuerpo. ¡Y luego regresaré al mundo de aquí, convertido por fin en un ser inmortal!

5

Excuso decir que no seguí ninguno de sus consejos. En cuanto se perdió entre los robles, que aún conservaban una parte de las hojas, me protegí con una capa negra y me sumergí en la oscuridad de la noche. También yo me interné en el robledal, silencioso como un felino. Pero en esta ocasión no seguí los pasos del escocés, sino que atajé por un sendero lateral que me permitió llegar a la colina antes que él.

Rodeé la loma y, en la ladera opuesta, busqué un lugar que me permitiera ver lo que sucedía en la cumbre. Y allí, pegado a la tierra como si formara parte de ella, me dispuse a esperar. Walter MacGregor no tardó en aparecer; la túnica blanca permitía seguir con detalle todos sus movimientos. Levantó los terrones de la cima, que ya debían de estar sueltos desde varios días antes, aunque yo no había reparado en ese detalle, y se tumbó boca arriba, con la lanza de metal alzada apuntando a la constelación de las Pléyades, las estrellas que anuncian la llegada de las tinieblas.

Los minutos transcurrían con exasperante lentitud. Como se había calmado el viento, toda la colina estaba en silencio, roto apenas por un murmullo continuo que salía de los labios del escocés. Poco antes de las doce de la noche, el brillo de las estrellas que inundaban el cielo pareció concentrarse en un punto del firmamento. De ese *aleph* celeste surgió un rayo de luz azul que atravesó el cielo y, como un relámpago, impactó en la punta metálica de la lanza, convertida de pronto en una potente emisora de luz. ¡El cielo y la tierra unidos a través de aquel mástil de metal!

En ese momento, toda la colina empezó a vibrar, como si anunciara un terremoto subterráneo que nacía en lo más hondo y expandía sus ondas con increíble rapidez. De repente, de la cámara interior de cada uno de los cinco dólmenes brotó un poderoso haz de luz blanca, y los cinco rayos convergieron en la cima de la colina. Y allí, sobre el lugar que ocupaba el cuerpo del escocés, tomó forma una puerta de brillo cegador: ¡la Puerta del Más Allá! ¡Por fin había llegado el momento de actuar!

Salí de mi escondite y, en pocos pasos, me situé al lado de MacGregor. Me reconoció enseguida, a pesar de las pinturas sagradas que tatuaban mi rostro. Su mirada me transmitió la súbita conciencia de su error y el horror que sentía. No le di tiempo a más. Lo arrastré con mi brazo libre hasta situarlo fuera del alcance de la luz. Después

levanté el hacha y, de un golpe seco, le separé la cabeza del cuerpo. La empujé con la hoja ensangrentada, y la cabeza rodó colina abajo hasta perderse en la oscuridad.

Entonces pude contemplar la salida de los dioses terribles, las deidades que recorrerían el mundo entero durante aquella noche. Me arrodillé en el suelo y les rendí obediencia un año más. Podían estar tranquilos. Yo, el inmortal Guardián de la Puerta, había cumplido con el deber al que había jurado dedicar mi vida. Los secretos que ningún ser humano debe descubrir continuaban ocultos como siempre habían estado, y así permanecerían, ignorados hasta el fin de los tiempos.

LA VOZ DE LA SANGRE

1

La lectura del testamento de mi tío abuelo Vladimiro constituyó una sorpresa extraordinaria para todos nosotros. Allí estábamos sus familiares, reunidos en el despacho del notario, sentados con el cuerpo rígido y con una expresión grave en el rostro, como correspondía a un acto de aquella naturaleza. Morgana, mi madre, no paraba de moverse en la silla, preocupada por lo que me podría corresponder en un reparto que adivinaba adverso. A su lado, la tía Berta aparecía bastante más tranquila, igual que mis primas Helena y Sandra, las tres con un brillo ansioso en los ojos, conscientes de que en aquella partida ellas tenían las mejores cartas. Por eso hablo de sorpresa, porque el testamento fue como una bomba silenciosa que nos alcanzó a todos, si bien con efectos muy distintos. Todavía me río al recordar la expresión de asombro y la mirada furiosa de mi tía y de sus hijas cuando el notario leyó las últimas voluntades del tío Vladimiro y se desveló que yo era el principal beneficiado. ¡Cuántas sorpresas nos reserva la vida!

Mi tío había abandonado este mundo hacía mes y medio, cuando estaba a punto de alcanzar los cien años. Cumpliendo el encargo que había dejado por escrito, los herederos habíamos prescindido de cualquier tipo de ceremonia funeraria y habíamos incinerado su cadáver en la más estricta intimidad, por expresarlo con la fórmula que se suele utilizar en las notas necrológicas. Después, tal como él quería, esparcimos las cenizas por el extenso robledal que forma parte de los terrenos de la casona de Beiramar, la vivienda en la que residía desde que yo tengo memoria.

En los últimos meses, como ya intuía la proximidad de su muerte y necesitaba a alguna persona que le ayudara, mis primas habían pasado la mayor parte del tiempo en su casa, atendiéndolo y haciéndole compañía. Eran funciones que también podrían haber desempeñado Néstor y Luisa, el matrimonio que mi tío tenía a su servicio, pero la tía Berta se había empeñado en que nadie mejor que un pariente para cuidar de un enfermo, y en que sus hijas eran las adecuadas para tal menester. También mi madre me había sugerido a mí algo semejante, en vista de la situación, pero yo por aquel entonces residía en París, ocupado en el estudio de las obras de tantos maestros de la pintura como albergan sus museos, y malditas las ganas que tenía de regresar a Galicia para encerrarme en la mansión de Beiramar, tan alejada de cualquier ciudad. Además, ¿qué iba yo a hacer allí, si ya Helena y

Sandra habían tomado posesión de la casa?

Así que, cuando llegó la hora de conocer el testamento, mis expectativas eran más bien escasas. Suponía que el viejo me habría dejado algo, aunque sólo fuera por el trato continuado que habíamos tenido durante mi infancia y adolescencia, pero estaba convencido de que el grueso de la herencia les iba a corresponder a mis primas, que se la habían trabajado a conciencia. Aunque a mi madre se la llevaban los demonios cada vez que hacíamos referencia al asunto, a mí, si he de decir la verdad, me parecía una solución muy justa.

Debo añadir que la herencia de mi tío abuelo no era nada despreciable. Quizás resultaban menores los bienes inmobiliarios, porque las posesiones se limitaban a la mansión de Beiramar y los terrenos anexos, y a sendos apartamentos en Copenhague y Mónaco, ciudades a las que le gustaba viajar con cierta frecuencia, según aquí fuera verano o invierno. Tenía que haber también algunos paquetes de acciones y dos o tres cuentas bancarias bien nutridas; era lo previsible, pues el tío no gustaba de lujos, y en alguna parte tenían que estar sus ahorros. Sin embargo, el grueso principal de su legado lo constituía un bien intangible que garantizaba abundantes ingresos durante un número no determinado de años: sus derechos de autor.

Aclararé, para que se me entienda bien, que, aunque Vladimiro Montenegro era el nombre auténtico de mi tío, en todo el mundo se le conocía por el seudónimo de Nuno Alecrín, posiblemente el autor de cuentos infantiles más popular, por lo menos en el ámbito europeo. Sus series *La ardilla Fernanda*, dirigida a los más pequeños, y *Marta y el amigo de las estrellas*, para lectores autónomos, gozaban de un éxito extraordinario en todos los países. Cualquier libro que publicase —él era el autor del texto y de las ilustraciones— era objeto de tiradas millonarias y se traducía inmediatamente a múltiples idiomas. A esto había que sumar las adaptaciones a la televisión y al cine, así como la variadísima gama de objetos existente en el mercado, desde muñecos hasta material escolar, pasando por mochilas, camisetas, juegos y cualquier otro elemento que tuviera cabida en los gustos infantiles. Tirando por lo bajo, mi madre había calculado que los derechos no debían de bajar del millón y medio de euros anuales.

Yo confiaba en que me correspondería cualquiera de sus apartamentos, y quizás las regalías de uno o dos libros. Con lo que no contaba era con el anuncio que el notario realizó con voz solemne y un poco de suspense: a mí me legaba la casona de Beiramar, las cuentas bancarias y los derechos que todos sus libros devengasen en el futuro; a mis primas, las migajas restantes. Aunque, tal vez para que no perdieran todas las esperanzas, mi tío había incluido una extraña cláusula adicional: la herencia que me había correspondido pasaría íntegra a mis primas en caso de que yo falleciera sin tener

descendencia.

Cuando abandonábamos la notaría, todos en un forzado silencio, aunque cada uno por diferentes razones, medité sobre la irracionalidad de las cosas: de vivir de los contados ingresos que obtenía de la pintura, había pasado en pocos minutos a poseer una fortuna que me solucionaba la existencia para siempre. ¡Así de azarosa es nuestra vida, que nos lleva a donde ella quiere, como las hojas que el viento arrastra!

2

Esa noche, tras una cena en el mejor restaurante de la ciudad para celebrar mi buena fortuna, mamá y yo pasamos horas y horas conversando sobre el tío Vladimiro, en un intento de entender el porqué de tanta generosidad para conmigo. Según ella me contó, mi relación con el tío comenzó al cumplir siete años. Anteriormente, el trato que había tenido con mamá había sido más bien frío, sin manifestar ningún interés por saber cómo le iba en la vida. Por entonces, mi madre y yo vivíamos solos en la ciudad de A. Supongo que tendría un padre viviendo en alguna parte, pero mamá nunca me hablaba de él, y ninguno de los dos lo echábamos en falta. No nadábamos en la abundancia, pero llevábamos una vida sin estrecheces. Mamá regentaba una librería infantil, La casa de Morgana, que nos daba para ir viviendo con cierto desahogo.

El día de mi séptimo aniversario, mamá recibió una llamada del tío Vladimiro. En ella le anunciaba el envío de una sustanciosa transferencia, como ayuda para sufragar mi futura educación. Además le manifestaba el gran interés que tenía en saber de nosotros y le rogaba que fuéramos a visitarlo cuanto antes.

Y así comenzaron nuestros viajes a Beiramar. Un domingo de cada dos, mamá y yo tomábamos el tren de las diez y media e íbamos hasta el pueblo de Pontebranca. Una vez que llegábamos a la estación, tras casi dos horas de viaje, siempre nos estaba esperando Néstor, el criado de mi tío, que nos llevaba en un impresionante coche negro hasta la mansión de Beiramar, el inmenso edificio donde vivía nuestro pariente. Yo siempre le llamé tío Vladimiro, pero en realidad era tío de mi madre, pues se trataba del único hermano de mi abuela Clara. La abuela había muerto unos meses antes de que yo cumpliera los siete años, así que no me acuerdo mucho de ella. Nuestras visitas a la residencia de mi tío empezaron justo después del fallecimiento de Mamá Clara, aunque nunca supe si había alguna relación oculta entre estos dos hechos.

En los días siguientes a la lectura del testamento, con la ayuda imprescindible de mi madre, pude reconstruir y completar los recuerdos de aquellas visitas quincenales. Llegábamos a la casa en el coche que nos había traído desde la estación y, tras saludar al tío Vladimiro, que solía estar en el estudio donde pintaba o escribía, tomábamos con él un soberbio chocolate con churros; entre el hambre que traía y la delicia de las viandas, aquél era mi momento preferido

del día. Después, ambos se quedaban hablando de sus cosas hasta la hora de comer, y a mí me mandaban al «cuarto de los juguetes», una fantasía que mi tío había ideado como homenaje a sus lectores y que constituía un paraíso para cualquier niño.

Pero de todo se cansa uno, sobre todo si tiene que jugar solo, así que yo aprovechaba una parte de ese tiempo libre para recorrer los inmensos pasillos de la casa y explorar tantos cuartos y salones como en ella había. Durante aquel deambular, me dominaba la sensación de que me encontraba en un espacio donde cualquier fantasía era posible, tal como ocurría del otro lado del espejo en el libro de Alicia, pues cada estancia encerraba un mundo de sorpresas para mis ojos de niño.

Llegados a este punto, es menester que hable de los cuadros. Distribuidos por las estancias y pasillos de la casa, colgaba de sus paredes un conjunto de pinturas que, al mismo tiempo, me fascinaban y me inquietaban. Ahora sé que todas ellas eran reproducciones fidelísimas de las obras originales del belga René Magritte, una de las mayores figuras del movimiento surrealista que revolucionó el arte europeo en las primeras décadas del siglo XX. Mi tío se las había encargado a una reputada copista, que años después tuve ocasión de conocer, y el resultado era aún más fascinante que los cuadros originales que, en mis años nómadas, pude contemplar en diversos museos de Europa.

Por entonces nada sabía de tales obras, y menos aún de técnicas pictóricas. Sólo me fijaba en las misteriosas imágenes representadas en ellas, unas imágenes que estimulaban en grado sumo mi fantasía y me provocaban al mismo tiempo un temor difuso que me disuadía de acercarme a ellos, conformándome con contemplarlos desde lejos. Sentía que la visión de aquellas pinturas me sumergía en uno de esos viajes oníricos que a veces emprendemos mientras dormimos. Todavía hoy, todo mi cuerpo se estremece cuando contemplo *El castillo de los Pirineos*, con la roca inmensa sosteniéndose ingrávida en el aire sobre un mar misterioso; o *Gonconda*, donde una multitud de hombres, rígidos y elegantemente vestidos, caen como gotas de lluvia sobre las calles de la ciudad; o las *Sirenas* varadas en la playa, tan terribles que parecen sacadas de una pesadilla de Lovecraft; o el ojo enorme e inquietante que preside *El falso espejo;* o *Los amantes* encapuchados y el terrible pájaro-montaña de *El dominio de Arnheim*…

Hoy sé que eran exactamente treinta y tres las copias de Magritte distribuidas por la casa, el único pintor que mi tío consideró digno de embellecer las paredes de su vivienda. Puede que fuera la contemplación fascinada de aquellos cuadros lo que despertase en mí la vocación de pintor. No lo sé, quizás acabaría siéndolo de todos modos. Curiosamente, no es Magritte un artista que aprecie de manera especial, aunque no deje de reconocer el mérito del mundo onírico

que creó.

El caso es que, mientras mamá y el tío hablaban de sus cosas, yo deambulaba por habitaciones y pasillos y contemplaba fascinado aquellas pinturas cargadas de misterio. Mentiría si dijera que recorría toda la casa, porque existía un único lugar al que no me atrevía a aproximarme. Al final de uno de los corredores transversales, había una habitación con la puerta pintada de gris que siempre permanecía cerrada. No es que intentara nunca abrirla, es que ni se me habría ocurrido tocar su tirador. Sabía que no se podía entrar allí porque mi tío, en la primera visita que le habíamos hecho mamá y yo, me había conducido hasta ella y, con expresión intensamente seria, me había dicho: «Anda por donde quieras, explora la casa entera de arriba abajo. Pero nunca, nunca, se te ocurra acercarte a esta habitación. Está cerrada, pero ni siquiera debes tocar la puerta para comprobarlo. Es un territorio prohibido para ti. ¿Me has entendido?». Respondí que sí, por supuesto, y no fue necesario que nadie me avisara nunca más, porque aquellas palabras quedaron marcadas a hierro en mi memoria.

Fueron pasando los meses, y luego los años, y las visitas continuaron con la regularidad a la que ya me he referido. Llegué a conocer la casa como si hubiera vivido toda la vida en ella. Pero siempre evité aquel pasillo, aquel espacio, aquella puerta. Algunas veces, ya en la adolescencia, me acerqué a ella, como un reto para vencer el miedo, y coloqué la oreja a escasos milímetros de la madera. En ocasiones, me parecía escuchar dentro ruidos apagados, aunque también podrían ser fruto de mi imaginación desbordada, que en aquellos años de mudanza se manifestaba con toda intensidad.

3

La herencia de mi tío consiguió solucionar los múltiples problemas que tanto me condicionaban en aquella etapa de mi vida. Ambicionaba poder dedicarme a la pintura de modo profesional, pero hasta entonces me habían perseguido las dificultades económicas y siempre me había visto obligado a buscar trabajos que no me ataran y me dejasen el suficiente tiempo libre para desarrollar mi vocación. Fui vendedor en una tienda de informática, oficinista, camarero en el conocido restaurante Los Robles, pinchadiscos en diferentes clubs… Todos trabajos fatigosos, un desperdicio de horas que hacía crecer mi desesperación.

Y de repente, gracias a uno de esos hechos inesperados con los que nos sorprende el azar, tenía solucionados todos los problemas. El colchón económico que me proporcionaban los derechos de los libros de Nuno Alecrín era tan considerable que nunca más me tendría que preocupar por cuestiones de dinero. Y la espléndida mansión de Beiramar podría ser el espacio idóneo para desarrollar con plenitud mis inquietudes artísticas.

Dos semanas después de hacerse público el testamento, tomé posesión de la casa. Conservé todo tal y como lo había dejado mi tío, y les pedí a Néstor y a Luisa que continuasen a mi servicio. Cuando no llevaba ni un mes en la nueva vivienda, constaté con entusiasmo que aquél era el lugar idóneo para expresar mi creatividad. Liberado de obligaciones económicas, con la tranquilidad que proporciona el campo y la cercanía del mar, sentía que por fin había encontrado mi lugar en el mundo. Sería el nuevo señor de los terrenos de Beiramar y, si la fortuna no me volvía la espalda, llegaría a construir una obra merecedora del reconocimiento mundial.

Aunque recordaba bien la casa, como ya he dicho, fue un placer redescubrirla día a día. Elegí como estudio una amplia sala orientada al oeste, y reservé para hacer dibujos y bocetos otra más pequeña que ya utilizaba mi tío. Conservé todas las copias de los cuadros de Magritte, pues era lo menos que podía hacer para honrar la memoria del difunto; ya habría tiempo de sustituirlos por las obras que pensaba pintar. A pesar de que ahora conocía en profundidad la pintura del artista belga, los viejos temores infantiles continuaban vivos en lo más profundo de mí, y no podía evitar un leve estremecimiento cuando pasaba ante cuadros donde el misterio está muy presente, como *El arte de la conversación* o *Los compañeros del miedo*.

También regresaron los temores ante el cuarto prohibido. Cuando, uno de los primeros días, revisé la casa de punta a punta con la ayuda de Néstor, fue inevitable recorrer de nuevo el pasillo que finalizaba en la puerta cerrada. Venciendo mis reparos, ya que no me parecía conveniente mostrarlos delante del sirviente, me acerqué a la puerta y agarré el picaporte. En ese mismo instante sentí que me sacudía una extraña corriente, nunca antes experimentada. No era mi cuerpo el que había sufrido esa sacudida, no; donde la sentí fue en mi cerebro, como si de pronto se me activaran neuronas y conexiones que hasta entonces habían permanecido dormidas.

—¿Y esta puerta? —le pregunté a Néstor, esforzándome en disimular el desconcierto que me invadía.

—Esta puerta la recuerdo cerrada desde que entré al servicio de don Vladimiro, hace más de treinta años —respondió, sin poder ocultar su desasosiego—. Al principio le pedía permiso para limpiar también esta habitación, pero él fue tajante en este punto: lo que había tras la puerta sólo era asunto suyo, a ninguna otra persona se le perdía nada ahí dentro.

—Pero tendrá que haber una llave que abra esta cerradura —insistí.

—Seguramente, pero yo nunca he sabido de ella. Y tampoco he visto nunca que el señor entrara ahí. Si alguna vez lo hacía, que no lo sé, debía de cuidarse mucho de que nadie lo observara.

—En la sala que está al lado de la cocina, me he fijado que hay un cuadro de llaves. ¿No podría ser una de ellas?

—Esas llaves son las de las distintas dependencias de la casa, todas tienen su rótulo indicador. Que yo sepa, allí no hay ninguna que abra esta puerta. Puede comprobarlo usted mismo cuando quiera.

Decidí no insistir, y continuamos con la inspección de la casa. Sin embargo, antes de acostarme, cuando ya Luisa y Néstor se habían marchado a la vivienda anexa donde dormían, fui a la sala y cogí las treinta y nueve llaves que había en el cuadro. Las deposité en una bandeja y me marché con ellas en dirección al enigmático cuarto. Una vez allí, apoyé la bandeja sobre un soporte para plantas que acerqué a la puerta y me dispuse a probar aquellas llaves.

Lo intenté con todas, una por una, incluso con las que, a primera vista, ya me percataba de que eran demasiado grandes. Algunas las pude introducir, pero ninguna correspondía con la cerradura. Cada vez que probaba una de ellas, volvía a sentir la misma sensación que había experimentado al asir el picaporte. Aquellas descargas cerebrales parecían cambiar mi percepción de la realidad, como si los objetos, e incluso el espacio, cobraran una dimensión distinta y permitiesen adentrarse en un mundo diferente.

Derrotado tras probar la última, volví a colocar las llaves en su

sitio y me fui a dormir. Esa noche comenzaron mis sueños.

No me resulta fácil contar unos sueños que, a pesar de ser diferentes cada noche, poseían un desconcertante aire común. Como si fueran cuadros de un mismo pintor, distintos e identificables a la vez. No se trataba de pesadillas, no; al contrario, en ocasiones me despertaba con una sensación de alborozo, como si algo importante se fuera a producir en mi vida. Otras mañanas, sin embargo, me despertaba sudoroso y desasosegado, con la sensación de que me internaba en un laberinto de altas paredes que me provocaba ansiedad y temor.

Si hago hincapié en las sensaciones, es porque las imágenes y las experiencias soñadas parecían tener mucha menos importancia que el estado de ánimo que me provocaban. Los paisajes eran nocturnos en la mayor parte de los casos, si bien, como sucede en los cuadros de Magritte, se trataba de espacios irreales, que recorría con una rara mezcla de excitación y miedo. Paisajes terrestres y marinos, que muchas veces contemplaba desde lo alto, como si fuera un habitante del castillo ingrávido que pintó Magritte. Otras noches, sin embargo, caminaba por paisajes que nunca había visto y que, no obstante, evocaban en mí recuerdos remotos, como si fueran experiencias que guardaba de vidas anteriores.

El final del sueño siempre era semejante, pues estaba presidido por la imagen de la puerta prohibida, como si mis viajes oníricos finalizaran de manera inevitable en ese pasillo de la casa. Como si mi subconsciente, antes de regresar a las profundidades en que se oculta cuando estamos despiertos, realizara una visita rápida al lugar que yo evitaba durante el día. Y siempre, justo antes de despertarme, mis ojos vigilaban ansiosos la puerta cerrada, como si quisieran ver lo que había del otro lado. Pero, como le ocurre a Superman ante una lámina de plomo, mi mirada era incapaz de penetrar más allá de su superficie.

4

Una mañana gris y lluviosa, de ésas tan frecuentes en esta comarca, a eso de las once, recibí la visita de un periodista de un canal de televisión y del cámara que lo acompañaba. Se llamaba Arturo Dorado, y me había telefoneado hacía tres días para solicitarme una entrevista. En el escaso tiempo que habíamos hablado, me demostró que sabía quién era y que conocía bien mi todavía reducida obra; de ahí deduje que su interés estaría relacionado con mi actividad pictórica y accedí a recibirlo.

Los mandé pasar a la biblioteca y le pedí a Luisa que nos sirviera café y unas pastas. Pronto comprobé que no era mi obra lo que le interesaba al señor Dorado, pues apenas me hizo algunas preguntas de trámite sobre ella. Su interés real residía en lo que yo pudiera contarle sobre lo que reiteradamente llamó «los crímenes de la Costa Norte». Estaba preparando un extenso reportaje sobre el tema, ya se había entrevistado con muchas de las personas que residían en la comarca y, además de mi opinión, deseaba conocer en qué medida tales crímenes habían alterado mi vida cotidiana.

Le respondí la verdad: que no tenía ni idea del asunto, que no sabía siquiera de qué me estaba hablando. A medida que él me explicaba lo esencial del caso y el resultado de sus investigaciones hasta aquel momento, fui recordando algunos comentarios dispersos que le había oído a mi madre hacía años, comentarios en los que me mostraba su preocupación por Vladimiro, que gustaba de dar largos paseos solitarios por el campo y estaba expuesto a encontrarse con algún lunático que rondara por la comarca. Pero yo en aquella época no les había dado ninguna importancia, y mamá tampoco había vuelto a referirse al asunto.

A pesar de la escasísima ayuda que le podía prestar, Arturo Dorado se sintió obligado a realizarme una entrevista que justificara su viaje. Así que hablamos de mi vínculo con la comarca desde los años de la infancia, de la relación que había mantenido con el tío Vladimiro y de la voluntad de desarrollar mi futuro trabajo artístico en la mansión. Tras la charla, grabaron algunos planos de la biblioteca y de otras dependencias del edificio. Hora y media después de llegar, se marcharon por fin y yo recuperé mi soledad.

La conversación con el periodista había conseguido intrigarme, pues desconocía todo lo referido a aquellos crímenes. Así que, en cuanto se fueron, me acerqué al ordenador y escribí «Crímenes de la

Costa Norte» en el buscador de Google. Me sorprendió comprobar que había más de treinta mil referencias en la Red, la mayoría noticias en prensa, aunque también encontré diversos análisis de los hechos, unos serios y otros disparatados. Leyendo aquí y allá, logré hacerme una idea bastante completa del asunto.

Desde el año 1975, en la amplia comarca de A Mariña, se habían producido varios asesinatos de características muy semejantes. Las víctimas habían sido siempre mujeres jóvenes, sin más signos de violencia que unas pequeñas incisiones en diversas partes del cuerpo. Unos cuerpos que siempre habían tardado semanas, o incluso meses, en ser encontrados, pues aparecían en lugares recónditos y poco accesibles, un hecho que dificultaba el hallazgo de pistas. La policía había investigado la zona de forma minuciosa después de cada crimen, sin ningún resultado. Habían invertido tiempo y medios en la búsqueda, sobre todo tras tener la seguridad de que se enfrentaban a lo que popularmente se conoce como un asesino en serie, pero seguían con las manos vacías.

Los asesinatos habían generado una oleada de miedo y desconfianza entre la población de la zona, que tampoco veía con buenos ojos el hecho de que la policía considerara potencialmente sospechosas a todas las personas adultas de la comarca. Ni tan siquiera mi tío se había librado de ser interrogado varias veces, a pesar de que la mayoría de los crímenes habían tenido lugar durante las temporadas en que él se encontraba de viaje.

La policía había barajado diferentes hipótesis, pero hasta el momento ninguna había conducido a un resultado positivo. Se trataba de uno de esos casos de imposible solución que a veces se presentan. Además, eran asesinatos muy espaciados en el tiempo, lo que dificultaba el trabajo investigador. El último crimen se había producido en 2003, y estos ocho años sin víctimas hacían pensar que, tal vez, el misterioso asesino había abandonado la comarca, o había muerto, o había decidido, por las razones que fueran, poner fin a su macabra actividad. En todo caso, aquellas noticias no contenían nada que afectara a mi vida, así que, una vez satisfecha la curiosidad, decidí olvidar el asunto. Ya me preocuparía de darse el hecho improbable de que aquel maníaco volviera a actuar.

Como la entrevista ya me había hecho perder unas horas preciosas, y como el tiempo gris y lluvioso no invitaba a salir, decidí pasar el resto del día en la biblioteca, que todavía no había examinado a fondo desde que había tomado posesión de mi nueva vivienda. Siempre aplazaba su exploración, me sobraban asuntos más urgentes a los que atender, pero en aquel momento me apetecía inspeccionarla.

Eran muchísimos los volúmenes que mi tío había reunido a lo largo

de su extensa vida. Los criterios de ordenación de los libros me parecieron un tanto caóticos, aunque predominaba la agrupación por temas. Encontré numerosos títulos sobre zoología, ciencias naturales, astronomía, física de partículas…, indicativos de un interés por la ciencia que el tío Vladimiro nunca me había manifestado. También había una buena cantidad de libros de historia, sobre todo de la etapa medieval y de civilizaciones extinguidas. Los textos que él había escrito, traducidos a tantas lenguas diferentes, ocupaban la práctica totalidad de los estantes que cubrían una de las paredes. Encontré así mismo una atractiva selección de álbumes y de libros ilustrados de otros autores, que me propuse estudiar con detenimiento. Me sorprendió también encontrar dos baldas ocupadas por libros de temas esotéricos o fantásticos: alquimia, ritos primitivos, nigromancia…, temas que nunca habíamos tratado en ninguna de nuestras charlas y a los que mamá tampoco había hecho referencia.

Durante mi exploración, además de la variedad de materias indicativas de que a Vladimiro Montenegro ningún conocimiento le era ajeno, descubrí que la mayoría de los volúmenes tenía numerosas anotaciones a lápiz en los márgenes. No eran libros comprados sólo por el placer de poseerlos, sino textos estudiados a fondo, con comentarios personales, a veces de gran profundidad y agudeza, que me dejaron desconcertado. A juzgar por sus lecturas, mi pariente poseía una cultura vastísima que siempre ocultó. O intentó ocultar, porque el conjunto de sus textos infantiles, que yo conocía bien, ofrecía una nueva dimensión tras aquel descubrimiento.

Había también, aunque en menor número de lo que sería de esperar, algunos estantes dedicados al dibujo y a la pintura, desde obras de carácter técnico hasta manuales de historia del arte, pasando por diversas monografías sobre artistas de renombre. Una de ellas, un grueso volumen editado en México, estaba dedicada a la obra de René Magritte, el pintor surrealista omnipresente en todo el edificio.

Cogí el libro y lo coloqué sobre la mesa. Lo abrí de inmediato, pues tenía curiosidad por saber qué habría anotado mi tío en él. Comprobé con decepción que no había ningún texto manuscrito en sus páginas, si exceptuamos la referencia al lugar de la casa que ocupaban los cuadros que había en ella. Pero el libro guardaba una sorpresa trascendental: en las últimas ciento sesenta páginas del volumen, destinadas a la traducción inglesa del texto original, alguien se había tomado la molestia de recortar en el centro de cada página un rectángulo de tres por nueve centímetros, de manera que se formaba una cavidad secreta imposible de detectar si el libro estaba cerrado. En ese hueco, encajada entre algodones, encontré una brillante llave plateada.

En lo primero que pensé fue en la puerta cerrada. En el cuarto

prohibido, en el único lugar de la casa que constituía un misterio para mí. Podía estar equivocado, pero consideré improbable que así fuera. ¿Qué otro sentido podía tener el hecho de ocultar aquella llave en un escondite tan original?

Con ella en la mano, corrí hasta la habitación. Seguía teniendo las mismas prevenciones ante aquella puerta cerrada; la prohibición de los años infantiles había dejado en mí una profunda huella. Pero era más poderoso mi afán de saber, no tenía sentido dejarme dominar por tabús irracionales. Cuando me detuve ante la puerta, me temblaban las manos y todo el cuerpo. Permanecí allí mucho tiempo, parado a menos de un metro de distancia, reuniendo fuerzas para enfrentarme a lo desconocido.

Me atreví a introducir la llave, por fin, y, sin que el temblor me abandonara, empecé a girarla. ¡Abría, era la llave auténtica! Ahora faltaba agarrar el tirador y empujar la puerta. Lo intenté, juro que lo intenté varias veces, pero los temblores de mi cuerpo iban en aumento y acabé por reconocer que no me sentía capaz de hacerlo. Volví a girar la llave, para dejarlo cerrado tal como había estado siempre, y regresé a la biblioteca.

Aquella noche los sueños se hicieron más intensos y más vívidos. Me volvía a ver junto a la puerta, sólo que esta vez la abría y entraba en una oscuridad que parecía no tener fin. Caminaba y caminaba, pero la sensación era la de encontrarme perdido en un laberinto de negrura, dominado por una fuerza irracional que me empujaba a continuar.

Ni que decir tiene que me desperté bañado en sudor, pero con una extraña lucidez: una energía interna me obligaba a levantarme y a dirigirme hacia la puerta misteriosa. Tomé la llave que había dejado sobre la mesilla de noche y salí del dormitorio. Estaba viviendo las primeras horas del día trascendental en que conocería el secreto de mi tío, había llegado el momento de saber qué ocultaba Vladimiro Montenegro en aquel cuarto prohibido. Me acerqué a la puerta, introduje la llave y la giré con decisión. Después, respiré varias veces y, con los ojos cerrados, agarré el picaporte y empujé la puerta.

5

Cuando abrí los ojos, las primeras sensaciones fueron de estupor y desconcierto. La estancia que tenía ante mí carecía de ventanas y, a la escasa luz procedente del pasillo, parecía estar vacía.

Busqué a tientas en la pared con mi mano izquierda y encontré un interruptor eléctrico. Al accionarlo, un sistema de luces hábilmente distribuido iluminó la habitación, y entonces pude ver con claridad el espacio rectangular y los escasos objetos que en él había.

El primer objeto que observaron mis ojos fue la magnífica pintura que ocupaba una buena extensión de la pared situada frente a la puerta. Se trataba de una copia, muy ampliada, del famoso cuadro *La voz de la sangre*, que René Magritte pintó en 1959.

Me quedé impresionado. Sus dimensiones debían de ser el doble de las del original que yo había tenido ocasión de contemplar, hacía dos años, en el Museo de Arte Moderno de Viena. Tal como estaba colgado, el cuadro producía el efecto de ser una amplia ventana abierta en la pared, a través de la cual se veía el paisaje representado en la pintura: un espacio nocturno, ocupado casi totalmente por un inmenso roble que se yergue, vertical y solemne, con la silueta recortada contra el cielo azul oscuro. Podría ser una imagen tomada de la realidad, dado el minucioso realismo tan característico de Magritte, si no fuera porque en la parte inferior del tronco se abren dos puertas imposibles que permiten ver el contenido de los compartimentos interiores: en el de arriba reposa una esfera azulada y en el de abajo, una casa con las ventanas iluminadas.

La impresión producida por la pintura hizo que tardara en reparar en los otros objetos que había en la habitación. La parte central del piso aparecía cubierta por una alfombra cuadrada, de color granate, que no tendría más de un metro de lado. Sobre ella había un sobrio atril de pie, hecho con madera de roble barnizada de un color que acentuaba su oscuridad. Sobre el atril, estaba dispuesto un libro de tapas gastadas, con su título grabado en la portada: *La voz de la sangre*, el mismo que el del cuadro que presidía la estancia.

Lo abrí, dominado por un temor reverencial. Se trataba de un manuscrito de hojas gruesas, como apergaminadas, en el que enseguida reconocí la familiar caligrafía de mi tío. Sentí un violento deseo de leerlo, a pesar de tener conciencia de que me disponía a desvelar secretos que quizá él preferiría mantener ocultos, incluso después de su muerte. Pero mis temores desaparecieron cuando leí el

encabezamiento y, vencido por el asombro, comprendí que aquel texto estaba escrito para que yo fuera su único lector:

Mi querido Ismael:

Si estás leyendo estas líneas, es señal de que el destino te ha arrastrado a descubrir la llave escondida en el volumen de René Magritte, ese genio único que nos desveló con sus pinturas las facetas ocultas de la realidad. Y será señal también de que has conseguido reunir el valor necesario para entrar en esta habitación cerrada que tanto te atemorizaba de niño. Ahora estás por fin en el lugar que yo he preparado durante años para ti.

Has superado las prevenciones y los miedos, has vencido la resistencia que albergabas en tu interior. Has dado el primer paso para conocer otras realidades distintas. Estás preparado para desvelar los arcanos más profundos que habitan en ti desde el mismo día que naciste.

En tus manos está conocer el secreto que le dará sentido a tu vida, del mismo modo que se lo dio a la mía, y antes a la de mi padre. Pero debes meditar bien tus decisiones, porque emprenderás un viaje del que es imposible regresar. Si renuncias a seguir adelante, podrás gozar durante el resto de tus días de una vida tan placentera y vulgar como la de cualquier persona acomodada. Elegir uno de los dos caminos que te muestro: ésta es la encrucijada en la que te encuentras.

Si escoges llevar una vida rutinaria, termina la lectura de esta página y no pases a la siguiente. Deja el libro sobre el atril, tal como lo has encontrado, cierra la puerta de nuevo y devuelve la llave a su escondite secreto. Si finalmente contraes matrimonio y tienes descendencia, déjale esta casa en herencia a tu primogénito. Y si no llegas a tenerla, o el azar de la genética sólo te proporciona hijas, cédele esta mansión al primer hijo que tenga cualquiera de tus primas Helena y Sandra. Pues es mi voluntad que este edificio y estos terrenos pasen a manos de otro hombre que lleve en sus venas nuestra sangre familiar.

Aquí finalizaba el texto escrito en las dos primeras páginas. Para continuar con la lectura, si quería saber cuál era la alternativa a la vida vulgar y rutinaria que mi tío despreciaba, era necesario pasar la hoja, enfrentarme a la continuación del texto que Vladimiro Montenegro había escrito para mí. No era capaz de imaginar las revelaciones que me esperaban, las palabras anteriores no anunciaban nada de lo que podía venir. Intuía que tendrían que ver con aquel cuarto misterioso y, posiblemente, con la pintura de Magritte que tenía ante mí. ¿Debía dejarme arrastrar por la seguridad de una vida cómoda —otros lo llamarían cobardía— o por mi ansia de saber? Fijé la vista en la enigmática mansión encerrada en el tronco del roble y, tras unos tensos minutos de indecisión, pasé la hoja.

Debo felicitarte, Ismael. No me equivocaba en mis apreciaciones: eres

inteligente y atrevido, eres curioso y osado, tal como había observado en las visitas que de niño me hacías con tu madre, mi querida Morgana.

El cuadro que tienes ante ti, como con seguridad ya sabes, se llama La voz de la sangre. *En esas cinco palabras con las que Magritte lo tituló está resumido el mensaje que te debo transmitir. La voz a la que me refiero es la que tú acabas de escuchar, la misma que resonó en mis oídos y en los de mi padre, la misma que algún día tu hijo también escuchará. ¡La voz de la sangre que corre por tus venas!*

Nuestra estirpe posee una rara característica cuyo origen se pierde en la niebla de los siglos. Una cualidad que permanece larvada durante años en nuestro interior y que sólo los primogénitos pueden activar en algún momento de su existencia. Ha llegado para ti ese momento. Cuando des los siguientes pasos estarás entrando en una vida diferente. Te corresponde ir descubriendo las potencialidades que guardas, desvelar todo lo que se esconde dormido en tu interior.

Tienes garantizado el éxito económico y social, podrás hacer cuanto desees hasta los 99 años. Cuando llegues a esa edad, recibirás la visita de la Señora de las Sombras, tal como me ocurrió a mí. En la literatura escrita sobre nosotros, que irás conociendo con el tiempo, se habla de que podemos ser inmortales, vivir cada uno de los siglos de la historia de la humanidad. No es cierto, muy a mi pesar. Todo acabará la víspera de los cien años; es una parte de nuestro destino que también hay que aceptar.

Cuando acabes de leer estas líneas, cierra el libro y separa la alfombra roja sobre la que está dispuesto el atril. El resto del camino deberás hacerlo tú solo. Mi ayuda acaba aquí.

6

Cerré el libro y permanecí de pie durante mucho tiempo, agarrado al atril con ambas manos, intentando dominar la emoción que me inundaba. Percibía cómo en mi interior nacía la conciencia de iniciar un camino que nunca podría desandar. Cruzaba una línea y pasaba al otro lado: una decisión que marcaría mi vida, si creía en las palabras de mi tío. Decidido, separé el atril y aparté la alfombra roja.

Mentiría si dijera que me sorprendió descubrir la existencia de una trampilla de madera hábilmente encajada en las tablas del piso. La madera tenía un rebaje circular para ocultar la existencia de la argolla de hierro que permitía abrirla. ¿Qué habría allí debajo?

Tiré de la argolla y la trampilla se abrió con facilidad. La iluminación del cuarto permitía ver el comienzo de unas escaleras de piedra que se perdían en la oscura profundidad. Mientras pensaba en la conveniencia de regresar en busca de una linterna, me di cuenta de que mi tío había pensado en todos los detalles: la encontré colgada en una de las paredes laterales que servían de límite a las escaleras.

La encendí y, con ella en la mano, inicié el descenso. Fui contando los peldaños que bajaba por aquella escalera que, en el escalón treinta y cuatro, daba un giro a la izquierda de casi noventa grados. Cuando llegué al peldaño número sesenta, comprobé que desembocaba en una estancia abovedada, construida con seguridad a partir de alguna cueva subterránea de origen natural. Y comprobé también que ya no necesitaba la linterna, porque un sistema de luces se activó al detectar mi presencia e iluminó todo el espacio del recinto.

El mobiliario que contenía era sencillo: una cama de una sola plaza, un ropero, una mesa con su silla, un armario de vitrina repleto de libros, un reloj de pared y un espejo de pie, colocado tras la cabecera de la cama.

Sobre la mesa, además de algunos útiles de escritura, había un cuaderno de tapas acartonadas y hojas de color violeta. Leí ansioso el contenido de sus páginas, escritas también por Vladimiro Montenegro, en busca de una revelación que me ayudara a orientarme. Pero con lo que tropezaron mis ojos fue con un simple listado de nombres femeninos, cada uno acompañado de anotaciones crudamente reveladoras.

Tuve que sentarme en la silla, preso de un mareo intenso y repentino. Reconocía algunos de aquellos nombres, acababa de leerlos hacía unas horas en la pantalla de mi ordenador. Conté los que allí

había escritos, con la mano temblorosa mientras mis dedos recorrían las hojas. Eran, en total, treinta y siete nombres. Luego conté los que tenían una (D) escrita a su lado: doce. ¡Justo el mismo número de víctimas que la policía había descubierto al investigar los crímenes!

Dejé todo tal como estaba, subí atropelladamente las escaleras, cerré la trampilla con violencia y regresé al cuarto cerrado. Una vez allí, apoyado en el atril, permanecí ensimismado en la contemplación del inmenso árbol de Magritte. Mi corazón latía acelerado y sin control, era muy duro asimilar el espantoso secreto que acababa de descubrir.

Poco a poco, la paz y la calma se fueron apoderando de mí. Comprobé que un raro sosiego dominaba lentamente mi cabeza, que una desconocida tranquilidad interior recorría cada célula de mi cuerpo. Eran los primeros signos de la aceptación gozosa de mi destino.

Levanté de nuevo la trampilla y bajé otra vez aquellos peldaños sombríos. Examiné la estancia, procurando alejar la vista del cuaderno situado sobre la mesa. Decidí centrar mi atención en la vitrina donde mi tío guardaba los que debían de ser sus libros más queridos. Al abrirla, además de los libros, encontré en el estante central una llave electrónica, similar a las utilizadas para abrir automáticamente algunas puertas. La dejé sobre la mesa, sin atreverme a utilizarla, y me centré en el examen de aquellos volúmenes.

Fui sacándolos uno a uno, colocándolos en columnas sobre las baldosas del suelo. La mayor parte eran obras antiguas, escritas en tres o cuatro lenguas diferentes, de autores de los que nunca había oído hablar, salvo contadas excepciones. No era necesario abrirlos para intuir su contenido, los títulos eran suficientemente reveladores: *Genealogie van Vampier*, de Hartmann Schedel (Nuremberg, 1911); *History of the Secret Cults*, de Walter Skeat (Edimburgo, 1899); *La psicología de la transferencia*, de C. G. Jung (Buenos Aires, 1954); *Les pouvoirs secrets*, de Pierre de la Rochelle (Brest, 1913); *The Book of Dzyan*, de Madame Blatvatsky (Londres, 1897); *Untersuchungen über Vampirismus*, de Niklas Mueller (Praga, 1928); *Livro dos caminhos soterrâneos*, de Sebastião de Cunha (Lisboa, 1767); *Through the Gates of the Silver Key*, de H. P. Lovecraft (Providence, 1933)… Y así hasta llegar al volumen que hacía el número cien, un antiquísimo ejemplar manuscrito del *Necronomicon*, el libro demoníaco del árabe Abdul Alhazred, del que más de una vez había oído hablar a mi madre; un volumen que, incluso sin abrirlo, con su presencia parecía transmitir enseñanzas terribles.

En las siguientes jornadas, pasé largas noches en la cripta, leyendo uno detrás de otro los libros que mi antepasado había ido reuniendo en aquella biblioteca secreta. En los volúmenes en los que el idioma

me resultaba desconocido, me eran de gran ayuda las exhaustivas anotaciones que Vladimiro Montenegro había escrito en los márgenes o en pequeñas fichas distribuidas entre las páginas. ¡Y aprendí, claro que aprendí! Adquirí una sabiduría a la que nunca había soñado tener acceso, una realidad secreta que las personas desconocen, un mundo oculto que sólo algunas criaturas pueden alcanzar. Y, sobre todo, tomé conciencia clara de mis poderes y de cuál era mi estirpe. Sí: me había llamado la voz de la sangre y yo había respondido como se esperaba de mí. ¡Cuánta razón tenía Magritte!

7

La noche del 31 de octubre bajé a la cripta dispuesto a poner en práctica el inmenso caudal de saberes que había adquirido. Esperé la llegada de la medianoche y cuando el reloj dio las doce campanadas accioné el mando de apertura electrónica. Un trozo de pared se deslizó en silencio y dejó al descubierto un paisaje que me era familiar: las rocas más inaccesibles de los acantilados próximos a la casa y el mar inmenso que tantas veces había contemplado desde la ventana.

Salí al exterior, embozado en mi capa, y me dejé devorar por la oscuridad de la noche. A pesar de ser la primera vez, todo fue más fácil de lo que yo esperaba. Sólo había que dejarse guiar por el instinto de mi nueva naturaleza, la fuerza de la estirpe me orientaba como la más fiable brújula.

Ya comenzaba a retirarse la oscuridad cuando regresé a la cripta. Eran «las siniestras horas crepusculares de la aciaga mañana siguiente a Halloween», por decirlo con las palabras que había aprendido de Lovecraft, el lúcido cronista del más puro horror. Antes de acostarme para el sueño reparador de las cuatro horas necesarias, me coloqué ante el espejo de cuerpo entero. Reflejaba la pared del fondo y la porción de cama que entraba dentro de su campo. Pero de mi cuerpo no reflejaba nada. ¡Qué extraño el poder de los espejos para detectar nuestra naturaleza!

Cuando me desperté, justo cuatro horas más tarde, volví a mirarme al espejo. Allí estaba mi imagen de siempre, contemplándome con una sonrisa entre irónica y sorprendida. Me sentía preparado para regresar a la existencia cotidiana, esa rutina que me serviría para ocultar la vida secreta iniciada en esa noche primordial.

Mientras subía las escaleras que me acercaban a la trampilla, una idea súbita llegó a mi cabeza. Si los policías, tras tantos años de inactividad, habían dado por cerrado el caso de los asesinatos de la Costa Norte, se verían en la obligación de volver a abrirlo en las próximas semanas. Y, si todo discurría como estaba previsto, serían muchos los años en que se enfrentarían a un enigma que nunca podrían resolver.

NOTA DE AUTOR

Una buena parte de la obra de René Magritte puede visitarse virtualmente a través

de las páginas web de los dos museos que Bruselas le dedicó: el de la casa donde vivió (www.magrittemuseum.be) y el inaugurado en 2009 por el Gobierno belga en Hôtel Altenloh (www.musee.magritte.be).

LOS HIJOS DE HAMLET

1

Ya estaba cansada de cargar toda la tarde con la maleta, mi paciencia no tardaría en agotarse. Hacía más de dos horas que había empezado a hacer autostop, con la confianza de que pronto pararía alguien, como había ocurrido en las otras ocasiones que lo había intentado. Pero los coches atravesaban veloces la recta donde me había colocado, indiferentes a mis gestos, envolviéndome en la polvareda que levantaban tras ellos. Tampoco es que pasaran muchos; aquella carretera comarcal tenía un tráfico muy escaso desde que habían inaugurado la autovía. Y los pocos vehículos que circulaban no se paraban a recoger a nadie, ni siquiera los camioneros que frecuentaban aquella ruta para visitar algunas casas de comidas que aún permanecían abiertas. Tal vez habían surtido efecto las historias truculentas sobre autostopistas que se aprovechaban de la buena fe de conductores ingenuos, rumores que se habían extendido en los últimos tiempos. La gente puede ser muy desconfiada, y ahora me tocaba a mí pagar por la mala fama que habíamos adquirido.

Barajé la idea de abandonar; estaba a punto de anochecer, sería mejor intentarlo al día siguiente. Podría dejar la maleta oculta en algún lugar del bosque y regresar a casa de vacío, no sería la primera vez. Pero me encontraba débil, llevaba ya un tiempo excesivo sin probar alimento, así que decidí continuar una hora más. Me senté sobre la maleta y me dispuse a hacer las últimas tentativas.

A lo lejos apareció un nuevo vehículo. A medida que se acercaba, sentí renacer mis esperanzas. Se trataba de una furgoneta Renault, de esas que tienen puertas laterales corredizas. Estaba vieja y con la carrocería repintada, seguramente era de segunda mano. Pasó por delante de mí a tan escasa velocidad que me dio tiempo a leer con claridad las palabras de vistoso color rojo pintadas en el lateral: LOS HIJOS DE HAMLET.

Mientras la veía alejarse por la carretera, pensé que se trataba de otra oportunidad perdida. Otra más. ¡Aquél no era mi día de suerte! Cuando ya me invadía el desánimo, comprobé que la furgoneta aminoraba su marcha y se paraba unos cien metros más adelante. Me levanté rápidamente, dispuesta a caminar hasta el lugar donde se había detenido, pero entonces el vehículo comenzó a desplazarse marcha atrás y no paró hasta detenerse a mi lado.

Dentro de la furgoneta viajaban cuatro chicos. O, para ser precisa, dos chicos y dos chicas. Apostaría que ninguno de los cuatro pasaba

de los veinticinco años, si bien parecían querer aparentar más edad. Uno de ellos, el que conducía, llevaba una barba muy descuidada y tenía el pelo con unas melenas que le llegaban hasta los hombros. La chica que iba a su lado, con el pelo rapado casi al cero, lucía un largo vestido floreado, como los que había popularizado la moda *hippie*. Los otros dos dormían en los asientos de atrás e iban vestidos de manera semejante: pantalones vaqueros y una camiseta negra con la misma leyenda que figuraba en la furgoneta, impresa en letras amarillas. Debían de arrastrar sueño atrasado, porque la parada del vehículo no importunó su descanso.

—¿Qué, señora, está disfrutando del paisaje o quiere que la llevemos? —preguntó la chica del vestido floreado, en un tono irónico.

La miré con simpatía, siempre me han caído bien las personas que tienen sentido del humor.

—Me gustaría que me acercarais a mi casa, si sois tan amables —respondí, con un cierto aire de desvalimiento—. No está lejos de aquí, a unos treinta kilómetros; hay que desviarse un poco antes de llegar al cruce de Vilamoura. No sé si os pilla de camino.

—¡No hay problema! —intervino el conductor—. Total, se trata de un pequeño rodeo; no pasa nada porque nos retrasemos un poco. La única urgencia que tenemos es estar pasado mañana en Santander, así que nos sobra tiempo para llevarla a donde usted quiera.

Me parecieron simpáticos aquellos chicos. Un poco desnutridos, eso sí, se notaba que no comían caliente desde hacía tiempo. La excepción era la chica de atrás, que estaba más bien gordita y que se despertó preguntando «¿Por qué paramos?» con expresión asustada. La joven del vestido floreado zarandeó al otro durmiente y, tras forzarlos a reparar en mi presencia, les explicó a los dos el motivo de la parada.

El conductor se bajó de la furgoneta, abrió la puerta trasera y colocó mi maleta entre los bultos y mochilas que llevaban. Después corrió la puerta lateral y me invitó a sentarme atrás, al lado de la pareja que acababa de despertarse.

Cuando la furgoneta reinició la marcha, la chica de delante se arrodilló en el asiento y se volvió hacia nosotros, dispuesta a charlar.

—¿Y cuál es su nombre? —me preguntó.

—Me llamo Morgana —mentí de nuevo, al tiempo que sonreía agradecida—. Mi padre era un apasionado de las historias artúricas, por eso me puso ese nombre. Y mi hermano, que es un poco más joven, se llama Percival.

La gordita que se sentaba a mi lado pareció despertarse del todo al escucharme. Sonrió de oreja a oreja y me informó de que a ella le entusiasmaba todo lo relacionado con el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, había leído varios libros sobre el tema. Cuando

comenzó a hablar sobre la figura de Morgana y las relaciones que mantenía con Arturo y Merlín, me arrepentí de no haber elegido otro nombre menos comprometido. Felizmente, la del vestido de flores salió en mi ayuda, deseosa de continuar el interrogatorio:

—¿Y cómo es que se ha quedado así, abandonada en medio de este páramo? Porque supongo que no habrá venido andando desde la ciudad.

—¡Qué va, mujer! Vengo del aeropuerto de Santiago. Pasé unos días en Barcelona y he llegado hoy por la mañana, en el avión que sale de allí a las doce. Como he perdido el autobús de línea, un conocido me ha traído hasta el lugar donde me habéis recogido. Él tenía que desviarse para su pueblo, llevaba mucha prisa por un asunto familiar, así que le pedí que me dejase en la recta de ahí atrás, con la confianza de que alguien me acercaría hasta casa. Y al poco rato habéis aparecido vosotros.

Era una mentira convincente, que todos aceptaron con naturalidad. Como no tenía ganas de soportar ninguna pregunta más, para que no continuasen con ellas, decidí ser yo la curiosa:

—¿Y vosotros quiénes sois? ¿Acaso estáis de vacaciones?

—Disculpe por no habernos presentado antes, somos unos maleducados —respondió enseguida la del vestido floreado—. Yo me llamo Cárol, y ésta de su lado es Ana. El que conduce se llama Ricardo, aunque todos lo conocemos como Ricki. Y este otro con cara de formalito que se sienta a su derecha y aún no ha dicho una palabra es Sebastián.

—¿Y qué se os ha perdido por Santander, si no es mucho preguntar?

—¿No se ha fijado en lo que hay escrito en la furgoneta? ¡Los Hijos de Hamlet! Somos un grupo de teatro independiente, ése es el nombre de nuestra compañía. Venimos de actuar en Compostela, en la sala NASA, tal vez haya oído hablar de ella. Y ahora viajamos a Santander para participar en el Festival de Teatro que se celebra allí todas las primaveras.

Las palabras de Cárol provocaron que los otros también se animaran a participar en la conversación, ofreciéndome entre todos una explicación pormenorizada de su trabajo y de la vida que llevaban. Los cuatro habían estudiado en la Escuela de Arte Dramático de Vigo; allí había nacido el grupo, en el último año de la carrera. Ensayaban en un bajo que les prestaban los padres de Ricki, en el barrio de Teis. El nombre, Los Hijos de Hamlet, lo habían escogido porque, para ellos, *Hamlet* era la más sublime creación de Shakespeare, la que conservaba tanta fuerza y vigencia que parecía escrita para los tiempos actuales. *«Morir, dormir; dormir, tal vez soñar: sí, ahí está el problema, pues tiene que preocuparnos qué sueños podrán*

llegar en ese sueño de muerte, cuando nos liberemos por fin de este envoltorio mortal», declamó enfáticamente Ricki, que recibió agradecido nuestros aplausos.

Cárol era quien ejercía de directora, aunque los cuatro participaban en el diseño de los espectáculos. Era dura la vida teatral, estaba mal pagada y exigía mucho esfuerzo; provocaba un gran desgaste personal, pero lo hacían con gusto porque se trataba de la pasión de su vida. «¡Nada se puede comparar a lo que uno siente cuando está sobre el escenario!», concluyó Ricki con entusiasmo.

Cuando les pregunté si no eran pocas personas para formar una compañía, me explicaron que lo preferían así; al ser cuatro, los gastos se reducían y podían arreglarse bien con la furgoneta. A veces, si necesitaban más actores, echaban mano de algún colega, pero sólo cuando era imprescindible.

—Montamos obras que no tengan más de cuatro personajes o en las que sea fácil desdoblarse. Son muchas las que cumplen esa condición —me explicó Cárol—. Y algunas las escribo yo, después de discutir las ideas con el grupo. No se me da nada mal, incluso he ganado ya algún premio para textos teatrales.

—¿Y qué estáis representando ahora?

—Representamos *Esperando a Godot*, una obra muy conocida de Samuel Beckett, seguramente habrá oído hablar de ella. Y también llevamos otro montaje para el público infantil, una adaptación de *Las aventuras de una espina de tojo llamada Berenguela*, de Manuel María, un espectáculo muy divertido —como yo nada decía, añadió—: No se lo creerá, pero la obra para niños es la que nos da más dinero. Suelen contratarnos los ayuntamientos, que pagan bastante bien. ¡Un trabajo alimenticio, como diría el gran Luis Buñuel!

Comprendí que tenía mi día de suerte, unos jóvenes así era justo lo que andaba buscando. Decidí arriesgarme, antes de que fuera demasiado tarde:

—¿Y vais a seguir hoy camino de Santander? No tardará en hacerse de noche, tendréis que parar en algún hotel o en una pensión.

—¡Qué va, no podemos permitirnos esos lujos! —exclamó Ricki—. Ni nos lo planteamos. En casos así solemos dormir por el camino. Aparcamos la furgoneta en un sitio tranquilo, abatimos el asiento de atrás y extendemos dentro los sacos de dormir. Durante el verano, si hace una buena noche, hasta es un placer tumbarse bajo la luz de las estrellas.

Era tal como yo suponía, la oportunidad perfecta. Guardé silencio durante un rato, como si estuviera meditando, y después les propuse:

—Estoy pensando… ¿Por qué no os quedáis esta noche a dormir en mi casa? Tengo camas de sobra: cinco dormitorios, sin contar el mío. Así, mañana podréis llegar a Santander con el cuerpo descansado.

Cárol interrogó con la mirada a los otros tres. Mantuvieron un breve intercambio de opiniones, en el que pronto acabó triunfando la idea de aceptar mi invitación.

—¿Y usted vive sola, en una casa tan grande? —me preguntó Ana —. ¿No tiene miedo por las noches?

—Sí, vivo sola, y algunas noches sí que siento algo de miedo. Por eso me gusta recibir invitados siempre que puedo, ayudan a llevar mejor la soledad. Y más si son jóvenes y divertidos, como vosotros.

—¿Y la cena? —intervino de nuevo Ricki—. Porque si usted falta de casa desde hace días, poca cosa vamos a encontrar en la nevera, digo yo. Y nosotros necesitamos cenar algo consistente, que hoy hemos comido sólo unos miserables bocadillos. Podemos parar y cenar antes en algún sitio, seguro que sabe de alguno barato por aquí.

—Tienes razón en lo de la nevera. Pero lo de la cena tiene fácil arreglo, no hay por qué pasar hambre —intervine rápida—. Un poco antes de llegar a mi propiedad hay una aldea de seis o siete casas, y en el bajo de una de ellas hay un ultramarinos. Allí podremos comprar lo necesario.

—¿Un ultramarinos? —comentó Sebastián, que parecía algo tonto —. ¡Ni que estuviéramos en un puerto de mar!

—No seas imbécil —le riñó Cárol—. Un ultramarinos es como un supermercado pequeño, que hace de tienda y de taberna. ¡Ya verás como en él encontramos de todo!

Yo iba atenta a la conducción, no nos fuéramos a pasar de largo, y avisé a Ricki en cuanto vi que nos aproximábamos al desvío que debía tomar. La carretera que llevaba a mi casa era muy estrecha, no cabía más de un coche, y le pedí que condujera con cuidado, pues algunas curvas eran muy cerradas y ya había habido en ellas más de un accidente.

No tardamos en llegar al ultramarinos de Leandro. Como todas las tardes, algunos paisanos mataban el tiempo en las mesas de fuera, entre vinos y charlas. De ninguna manera deseaba que se fijaran en mí; todo mi plan fracasaría si me descubrían. Delante de los chicos, pretexté que no me llevaba bien con el dueño y que era mejor que bajase alguno de ellos a comprar las viandas que necesitábamos.

Se ofrecieron Cárol y Ana. Saqué del bolso dos billetes de cien euros y se los di, con el encargo de que no repararan en el dinero. «Invito yo. Hoy venís a gastos pagados», les dije. Mientras ellas hacían la compra, me quedé en la furgoneta con los dos chicos, que seguían contándome anécdotas de la vida del grupo. A mí no me interesaba nada de lo que decían, pero mantuve una expresión atenta en todo momento. No era cuestión de ahuyentarlos, ahora que ya había conseguido lo más difícil.

Las chicas volvieron al poco rato, cargadas hasta arriba de bolsas

de plástico de las que sobresalían botellas, barras de pan, una ristra de chorizos, algunos tomates… Habían comprado de todo lo que encontraron, desde huevos hasta jamón y otros fiambres, así como un queso entero de San Simón y un membrillo con nueces que sería perfecto para acompañarlo. Traían también cuatro botellas de un excelente vino Godello de la zona de Valdeorras.

Tras bordear una colina cubierta de eucaliptos que tapaban las vistas, la casa se hizo visible. Los cuatro chicos lanzaron expresiones de asombro, tal como suponía, pues era la reacción que exteriorizaban todos mis invitados al contemplarla por vez primera. Había razones sobradas, porque el edificio, una sólida construcción de finales de los años veinte, llamaba la atención por la armonía de sus formas y por la amplia galería que recogía todo el sol de la tarde. No necesité disimulos para manifestar mi alegría. ¡Estaba en casa, y esta vez no regresaba sola!

2

Ricki aparcó la furgoneta junto al muro de piedra que rodea la finca. Bajamos del vehículo y, tras abrir la cancela de hierro, los invité a que me acompañaran. Atravesamos el jardín delantero, muy descuidado, y llegamos a la puerta principal. Le indiqué a Cárol que mirara debajo de un tiesto donde un rosal mostraba la fuerza de la primavera y ya ofrecía algunos capullos medio abiertos. Allí estaba la llave, era el lugar donde siempre la dejaba. Le pedí que abriera, pretextando que la puerta estaba un poco recia y mis fuerzas eran escasas, cosa que hizo con gusto. Finalmente, entramos los cinco en el edificio.

—Los dormitorios están todos en el piso de arriba. Elegid los que queráis e instalaos a vuestro gusto —les dije, señalando las escaleras que se iniciaban en el amplio recibidor—. Antes dejad la compra en la cocina, tenemos que preparar todo para la cena en el salón.

—A mí y a Ricki nos basta con una habitación que tenga la cama grande. Somos pareja, por si aún no se ha dado cuenta —explicó Cárol.

Sonreí con aire cómplice. Después miré a Ana y a Sebastián, que permanecían indecisos, sin saber qué opción escoger. Fue la chica quien tomó la iniciativa:

—Yo estoy muy cansada. Cenaré un poco y después me voy pronto a la cama —luego se dirigió a su atontado compañero y añadió—: Hoy prefiero dormir sola, ya hablaremos mañana.

Sebastián se quedó inmóvil, con expresión de asombro; era evidente que no se esperaba las palabras de Ana y no sabía qué decir. Cárol, guiñándome un ojo, me informó:

—Ellos también son pareja, pero han discutido en Santiago y llevan un día entero de morros —dirigiéndose a Sebastián, añadió—: Tranquilo, hombre, que no es para tanto. Y a ti tampoco te vendrá mal dormir una noche solo, así aprovechas para pensar por qué estará ella tan enfadada.

—De cualquier manera, tendremos que cenar. ¿Qué os parece dentro de media hora, en el salón? —propuse—. Hay espacio suficiente, y podemos encender la chimenea, que aquí por las noches refresca bastante.

—¡Buen plan, sí, señora! —exclamó Ricki—. Bajo enseguida y le ayudo a encenderla. ¡Hacer fuego es mi especialidad!

Un rato después, con mis invitados duchados y descansados, nos

reunimos los cinco para cenar. Ricki había conseguido encender un buen fuego, y los demás, siguiendo mis instrucciones, arrimaron varias butacas y formaron un semicírculo alrededor de la mesa de patas bajas que colocamos junto a la chimenea. Bandejas y platos, botellas y copas, cubiertos y candelabros… Se habían dado muy buena maña y habían arreglado la mesa que daba gusto verla.

Yo apenas probé bocado, alegando que tenía el estómago revuelto y que no estaba acostumbrada a cenar fuerte; me conformaría con beber una taza de leche caliente antes de acostarme. En cambio, mis invitados hicieron los honores a todas las viandas que habían comprado. Comieron y bebieron con tanto apetito y entusiasmo como sólo puede tener la juventud. O como sólo podía tener yo, tras tantos días de obligada abstinencia.

Ana no tardó en marcharse. Se caía de sueño, explicó, y además le dolía la cabeza. Necesitaba dormir muchas horas para enfrentarse al trayecto que emprenderían al día siguiente. Los otros tres continuaron bebiendo tras dar buena cuenta de la tortilla, el fiambre, el queso y el membrillo… En el aparador había una abundante provisión de bebidas espirituosas, y atacaron con entusiasmo las reservas de vino de Oporto y de licor de hierbas.

Como se lo rogué, aparentando sentir curiosidad, no tuvieron reparo en representar para mí algunas escenas de *Esperando a Godot*, así como de otra pieza del mismo autor que estaban ensayando, *Días felices*. Las dos hacían reír, aunque era una risa negra y cruel, teñida de una enorme amargura. Los dejé seguir hasta que se cansaron, y aplaudí sin necesidad de disimulo; aquel Samuel Beckett tan trágico y al mismo tiempo tan gracioso era alguien que, visto lo que había escrito, me habría gustado conocer.

El reloj del salón dio las doce de la noche. Unas campanadas graves y prolongadas, que nos llevaron a todos al silencio. Sebastián, que ya cabeceaba, pareció reaccionar de pronto y exclamó:

—¡Las doce! ¡Ya es medianoche! ¿Hoy no era treinta de abril? ¡Pues, por si no lo sabéis, os anuncio que acaba de comenzar la Noche de Walpurgis! ¡La noche en que los espíritus del mal invaden el mundo!

—¡Tú sí que eres un buen Walpurgis! —lo atajó Ricki, burlón, y se dirigió a mí como disculpándose—: Éste siempre está igual, con las historias macabras que tanto le gustan. Le vuelven loco, no sabe lo pesado que se pone a veces.

—¿Es que tú no crees que, más allá del mundo de las personas, haya otras realidades? —pregunté, en un tono tranquilo.

—Pues no, yo no creo en nada de eso. Me parecen historias para asustar a ignorantes y a niños pequeños —respondió, con los ojos brillantes, buscando la aprobación de Cárol.

¿Qué les podía decir yo? No valía la pena discutir, y menos desde que el alcohol los había dejado sin defensas. ¡Mal podían saber que aquellas doce campanadas señalaban el inicio de mi reinado! Decidí que había llegado el momento de abandonar mi apariencia de mujer. En esta ocasión también había demostrado ser la más útil para atraer a mis presas, pero ya no tenía sentido prolongarla. Dejé de bloquear su percepción de la realidad y me mostré ante ellos con mi verdadera imagen.

En los rostros de mis invitados pude ver las sucesivas expresiones de sorpresa, de incredulidad, de miedo, de pánico, del terror más absoluto. No fue necesaria la violencia, pues el espanto los había dejado paralizados como pajaritos ante una serpiente. ¡Los Hijos de Hamlet, infelices!

Cuando ya había acabado con Cárol y Sebastián, y me disponía a hacerlo con Ricki, levanté la cabeza y contemplé mi imagen, reflejada en el espejo del aparador situado junto al reloj. ¡Tengo tan pocas ocasiones de verme tal como soy! Contemplé mi rostro afilado, los grandes ojos rojos, el brillo de mi pelaje, las mandíbulas succionadoras, los múltiples brazos con las uñas afiladas como cuchillos… Y después, satisfecha, continué con mi trabajo hasta acabarlo.

Yo también soy de las que reservo el mejor bocado para el final de la comida, es una manía como otra cualquiera. En el piso de arriba me esperaba Ana, durmiendo con placidez, agotando en el sueño los últimos minutos de su vida. La frágil e indefensa Ana, tan rechoncha ella, tan apetitosa. Empecé a reptar escaleras arriba, ágil y silenciosa como suelo ser. Tras recorrer el pasillo, me detuve ante su cuarto. Después así con una de mis garras el tirador de la puerta y la abrí sin hacer ningún ruido. En la cama, dormido con esa inocente placidez que los humanos son capaces de lograr, estaba el cálido cuerpo de Ana. Era un postre apetitoso, el ideal para culminar la mágica noche de Walpurgis y regresar después a mi cubil. ¡Allí descansaré satisfecha durante los largos meses de letargo, esperando la hora en que la necesidad me obligue a regresar al mundo de los humanos y a emprender una nueva cacería!

EL POZO

1

Mucha gente cree que la memoria es frágil y benévola, que el recuerdo de los hechos pasados se desvanece con el paso de los años, sobre todo si tales hechos han dejado un poso amargo en nuestro interior. ¡Cuánto iluso! ¡Ojalá fuera cierto! Ojalá las personas tuviéramos esa capacidad de borrar los sucesos que algún día nos perturbaron.

Por mi parte, desde hace ya tiempo, soy consciente de que no olvidamos nunca; de que nuestro cerebro, siempre a la defensiva, se limita a arrojar paladas de tierra sobre las experiencias que nos desazonan, alimentando así la ilusión de que olvidamos.

Tal vez es bueno que sea así, tal vez es un mecanismo necesario para poder seguir viviendo sin que nos devoren los remordimientos. Pero, en el fondo, se trata de esfuerzos baldíos, movimientos inútiles que llevan impresa la marca del fracaso, pues los terrores habitan dentro de nosotros, y cualquier chispazo fortuito los hace aflorar. En ese instante es cuando regresan los fantasmas que creíamos sepultados, tan vivos como el primer día. Así me ocurre a mí en este tiempo de inquietud, pues ahora sé que han estado siempre ahí, ocultos en mi interior, desde los días luminosos del que fue el último verano de mi infancia.

La historia es larga, y necesito contarla desde el principio. Debo retroceder varias décadas, situarme en la época en que abandoné para siempre el territorio de la ingenuidad, aquel verano de 1975 en el que cumplí los doce años.

Aunque durante el curso vivíamos en Salamanca, al llegar el mes de julio mi familia viajaba a Galicia para pasar los dos meses del verano cerca del mar. Mi madre era de A Coruña y había vivido allí hasta que comenzó sus estudios universitarios. Consideraba aquellos meses imprescindibles para recuperar el contacto con el mar, que tanto echaba en falta durante los duros inviernos castellanos. Sospecho que a mi padre le daba igual ir o quedarse, que con gusto pasaría también en nuestra casa los días calurosos del verano, siempre que pudiera continuar haciendo vida social en el casino y asistiendo a las tertulias que frecuentaba con asiduidad. En aquel tiempo ejercía como profesor en la Facultad de Derecho, colaboraba habitualmente en *El Adelanto* y maniobraba para situarse en un buen lugar en la nueva etapa política que ya se vislumbraba. Mamá era profesora de instituto, daba clases de literatura; la recuerdo siempre vitalista y

alegre, era la persona más apasionada por la lectura que he conocido nunca. En aquellos años estaba trabajando en su tesis, «La mujer en la obra de Carmen Martín Gaite», que se editaría en forma de libro años más tarde. Levanto la vista y lo veo entre los volúmenes de mi biblioteca. Fue el único texto que publicó en vida.

Ya que hablo de mis padres, debo referirme también a mi hermana Sonia, que aquel curso había acabado octavo de EGB y el próximo empezaría Bachillerato en el instituto. Yo era dos años más joven; acababa de cursar sexto de EGB, y la perspectiva de comenzar séptimo me resultaba muy atractiva; el alumnado de los dos últimos cursos gozaba de un estatus privilegiado en el colegio, y todos ansiábamos formar parte de la tribu de los mayores.

Desde que yo tenía memoria, alquilábamos cada verano la misma casa en el pueblo de Santa Cruz, a pocos kilómetros de A Coruña, pero aquel año no estaba disponible. No recuerdo bien los detalles, pero creo que fue la misma agencia la que les ofreció a mis padres como alternativa una mansión magnífica en Pontedeume, por la que tendrían que pagar un poco más. Los dos acogieron el cambio con agrado; si bien estaba algo más lejos de A Coruña, Pontedeume tenía fama de pueblo alegre y de ambiente festivo, además de ser el lugar donde veraneaban algunas familias que mi padre juzgaba interesante tratar. Supongo que esto último no le quitaba el sueño a mi madre, ella se conformaba con estar cerca de la costa. A Sonia y a mí nos fastidiaba la idea de perder la relación con los amigos que ya teníamos de los veranos anteriores; pero, por otra parte, también nos atraía conocer un lugar distinto y hacer nuevas amistades.

Habíamos alquilado la casa para los meses de julio y agosto, así que el primer día de julio abandonamos nuestro piso de Salamanca y pusimos rumbo a Galicia. El viaje se nos hizo pesado e interminable; por aquel entonces no existían las carreteras que disfrutamos actualmente. Pero olvidamos la fatiga en cuanto el aire cargado de humedad y de salitre comenzó a entrar por las ventanillas del coche. Quien conozca Pontedeume, y más en aquellos años en que la autopista y la construcción voraz aún no habían destruido parte de sus encantos, podrá imaginar perfectamente la alegría que experimentamos al contemplar, desde las curvas de Campolongo, el paisaje extraordinario de la ría, con el puente de catorce ojos que el Eume atraviesa antes de morir en el mar, y con la playa de Cabanas brillando en la distancia.

Entramos en el pueblo, ya ensombrecido por el monte Breamo a aquellas horas de la tarde, y lo atravesamos en su totalidad, porque la vivienda que habíamos alquilado estaba situada a las afueras, junto a la carretera de la costa que une Pontedeume y Miño.

—Éste es el crucero que me indicaron. Y ésta es la pista que sube

hasta la casa —exclamó mi padre, deteniendo el coche a un lado de la carretera—. Tiene que ser la que está en esa colina.

Los cuatro nos quedamos sin habla durante varios minutos, pues la vivienda que mi padre señalaba era mucho más hermosa de lo que habíamos alcanzado a imaginar. Estaba construida en el centro de una parcela amurallada, y se accedía a ella por una pista que subía en curva para mitigar la pendiente pronunciada que había desde la carretera. El terreno formaba una meseta más elevada que las otras fincas circundantes, como un castillo medieval que dominara las tierras de alrededor. Un terraplén de aproximadamente cuatro metros de desnivel servía de separación entre nuestra parcela y un extenso campo situado más allá.

La casa era de dos plantas y, en realidad, tenía dos fachadas. Una más convencional, que daba al camino, y la de la parte de atrás, invisible desde la carretera y abierta al paisaje de la ría. En esa fachada posterior habían dejado sin cerrar un amplio espacio de la planta baja, cubierto sólo por la placa del piso de arriba, de manera que se formaba un espacioso soportal que tendría unos cuatro metros de fondo.

El administrador de la casa, a quien mi padre había telefoneado cuando llegamos a Lugo, nos esperaba en la entrada. Era un hombre bajito y con unos cuantos kilos de más, que me llamó la atención por lo mucho que transpiraba. Nos informó de que había abierto las ventanas al mediodía, para que las habitaciones estuvieran ventiladas cuando llegáramos. Ayudó a transportar las maletas y bultos que traíamos en el coche y les enseñó a mis padres la cocina y el resto de las dependencias de la vivienda.

Apenas hubo discusión sobre cómo distribuir los cuartos de arriba, un reparto en el que yo salí perdiendo, como siempre me ocurría. Mis padres se instalaron en el dormitorio que quedaba sobre el soportal de atrás, con una pared ocupada casi por entero por una ventana espléndida desde la que se veía todo el mar, y a mi hermana le asignaron otro de semejante amplitud en la fachada delantera, alegando que tenía dos camas y era el ideal por si venía alguna de sus amigas a pasar unos días con nosotros. A mí me tocó la habitación que daba a la finca del terraplén, un terreno donde crecían frondosas las zarzas, tan abundantes que casi ahogaban unos raquíticos árboles frutales que alguien había plantado hacía años, pero que nadie debía de cuidar.

Desde la ventana, además de aquella finca sin cultivar, podía ver una parte de nuestro terreno, con dos manzanos y una enorme higuera que crecían en uno de los extremos de la propiedad. A unos tres metros del muro que nos separaba del terraplén, había también un pozo solitario, cerrado a cal y canto, que parecía estar en desuso. Más

allá, lo único que podía ver eran prados en pendiente y diversas plantaciones de eucaliptos que impedían contemplar las colinas distantes que seguramente cerraban el valle.

Mientras mamá y Sonia deshacían las maletas, el administrador llamó a mi padre y le explicó a qué puerta correspondía cada una de las llaves que le entregaba. Después le pidió que lo acompañase hasta el pozo que yo acababa de ver desde la habitación que me había correspondido. Sin dudarlo, desoí las peticiones de ayuda de mi madre y fui tras ellos dos.

El brocal del pozo, que tendría poco más de un metro de alto, era de forma cuadrada y había sido construido con un tipo de piedra plana que aparecía parcialmente recubierta de cemento. La boca también era cuadrada y estaba protegida con una cubierta de madera que se abría en dos hojas desde el medio, como las contras de una ventana. Sobre esa tapa aún había una reja metálica sujeta a una estructura de acero, encajada alrededor del brocal. La reja se abría también con dos hojas, transversales a las de la cubierta de madera, que aparecían cerradas con un candado anormalmente grande. Si alguna vez había habido una roldana con su cubo para extraer agua del pozo, de ella no quedaba ni rastro.

—Este pozo es muy antiguo, hace un montón de años que está en desuso. El agua no es potable; será mejor que beban la de la traída, que es mucho más rica —explicó el administrador—. Mi consejo es que se olviden del pozo mientras estén aquí. No hagan caso de él. ¡Como si no existiera!

Mi padre observó el enrejado y después lo sacudió con energía, como si tuviese intención de abrirlo.

—¡Está bien asegurado! ¡Cualquiera intenta beber de esta agua! Es evidente que quien se preocupó de hacer tanta obra no quería que nadie accediera al interior del pozo —comentó mi padre—. ¿Es que no llegaba con la tapa de madera?

El hombre, tras unos momentos de indecisión, se acercó más a mi padre y le habló con un hilo de voz, como si le estuviera transmitiendo el mayor de los secretos:

—Mire, le voy a contar la verdad. No creo que por esto vaya usted a renunciar al alquiler de la casa. Los dueños de esta vivienda residen en Santiago y hasta hace algún tiempo la tenían como residencia de verano. Hará unos tres años, su hija pequeña, que sería de la edad de este niño suyo, se cayó al pozo y se ahogó. Por más que lo dragaron, nunca se consiguió recuperar el cadáver. De ahí viene lo del doble cierre, para evitar que vuelva a suceder algo semejante.

—¿Y cómo supieron que se había caído al pozo, si nunca se encontró el cuerpo?

—Pues porque encontraron abierta la tapa de madera, la única que tenía entonces, y las sandalias de la niña aparecieron junto al brocal. Incluso llamaron a un ingeniero para dirigir el rescate del cuerpo, pero todo fue inútil.

—¡Cuesta creer que no lo encontrasen! —exclamó mi padre—. ¿No se les ocurrió pensar en otra posibilidad?

—Es que no había otra. Por eso todos los esfuerzos se concentraron en el pozo. Es muy hondo, según tengo entendido. Los técnicos comentaron que conecta con un río subterráneo, y que esa corriente fue la que pudo arrastrar a la niña. Lo que nunca se supo es a dónde fue a parar.

—¿Y cómo decidieron hacer un pozo tan profundo? —insistió mi padre—. En esta tierra tiene que haber algún manantial más próximo a la superficie.

—No le sabría decir. El pozo ya estaba ahí cuando construyeron la casa. De hecho, esta finca siempre ha sido conocida como «la del pozo». Lo que no sé es si se utilizó alguna vez. Yo lo recuerdo tapado desde que era niño.

—¿Estás oyendo al señor? —me interpeló mi padre, mirándome con expresión seria—. ¡Nada de acercarse al pozo! Esta parte de la huerta es como si no existiera para ti, hay campo suficiente por los otros lados. Y ya puedes avisar también a tu hermana.

Luego, dirigiéndose de nuevo al administrador, añadió:

—No se preocupe, no veo por qué habríamos de renunciar a la casa. Un accidente puede suceder en cualquier lugar. Tal como está de asegurado, me parece imposible que nadie acceda a él.

También a mí me parecía imposible que alguien venciera aquellas barreras, pero no pude evitar un escalofrío al pensar que allá abajo, en las profundidades de la tierra que pisábamos, corría un río subterráneo, y que, en alguno de los recovecos formados con su tenaz erosión, el agua acariciaba el cuerpo de aquella niña que había tenido la desgracia de caer al pozo.

2

No tardé en hacer amigos; cuando uno es joven, resulta fácil entablar nuevas relaciones. Mis padres conocían a otro matrimonio que veraneaba en Pontedeume desde hacía varios años; esto me llevó a establecer amistad con uno de sus hijos, Adolfo, que era un año mayor que yo. Fue a través de él como entré en contacto con los que serían mis nuevos amigos.

Cuando tenía ocho años, Adolfo había pasado a formar parte de una pandilla de niños del pueblo, hijos de marineros, que disfrutaban de libertad durante todo el día. Ellos fueron la puerta abierta a otro mundo que enseguida me fascinó. Toño, Carlos, el Faneca, Cheroke, Tito… Sus familias eran pobres, no como la de Adolfo o la mía, pero ellos gozaban de una libertad que los dos envidiábamos y poseían unas pautas de conducta muy alejadas de las mías: fumaban a escondidas, decían tacos todo el rato y siempre estaban contando historias picantes que me descubrían los misterios del sexo y me hacían sonrojar. Con ellos navegábamos en las lanchas de sus padres, nos bañábamos en una playa de acceso casi imposible, recorríamos en bici caminos por los que nunca me atrevería a internarme solo… Aquél fue el primer verano de mi vida en que viví con plenitud la libertad.

Como era previsible, no había historia del pueblo que no conociesen. En cuanto me gané su confianza y me aceptaron plenamente en el grupo, no tardaron en aparecer las alusiones al pozo de la casa que había alquilado mi familia. Como me mostré muy interesado en aquellos rumores, por lo que después narraré, les pedí que me contaran todo cuanto sabían. Al relato del accidente que yo ya conocía, el único hecho real y demostrable, no paraban de añadir comentarios inquietantes e historias fantasiosas, contados siempre con un aire de misterio que contribuía a darles credibilidad.

Por lo que saqué en claro, se trataba de un pozo que debía de ser antiquísimo, pues hasta los más viejos del pueblo lo recordaban siempre en ese terreno. Se hablaba de que varias personas se habían ahogado en él, algunas hacía ya muchos años. A esto se unía la sospecha de que el agua estaba envenenada y beberla podía provocar enfermedades terribles… Eran historias que se mezclaban con otras de casas embrujadas y lugares del bosque donde nadie se atrevía a entrar. A pesar de ser relatos con escasa base real, dejaban siempre, muy a mi pesar, un oscuro rastro de miedo en mi interior.

Todo esto se veía acrecentado por el libro que había empezado a leer en las vacaciones: *Los mitos de Cthulhu*, de Howard Phillips Lovecraft. Sonia y yo habíamos heredado de mi madre el vicio de la lectura y siempre había varios libros sobre nuestras mesillas de noche. El volumen de Lovecraft había sido un regalo de uno de los pretendientes que periódicamente cortejaban a mi hermana; ella me lo pasó a mí en cuanto leyó unas páginas, con la excusa de que eran relatos de terror que le desagradaban. No hizo falta que añadiera más para lanzarme sobre el libro y descubrir que, ciertamente, contenía las historias más terroríficas que nunca había leído.

Ya es sabido que las cosas prohibidas ejercen sobre nosotros una atracción irresistible. Así que, cuando me quedaba solo en casa o cuando mis padres se encontraban distraídos u ocupados en algún menester, yo me acercaba al pozo y, con las manos en el brocal, aproximaba la cabeza a la cubierta enrejada y me esforzaba en mirar a través de las finas rendijas que quedaban entre las tablas. Pero no veía más que aire negro, una negrura propicia para excitar todavía más mi imaginación.

Una de esas veces en que me quedé solo en casa, mientras leía en mi cuarto el libro de Lovecraft, una inquietud difusa se apoderó de mí. Me levanté de la cama, como si una energía desconocida activase algún mecanismo en mi cerebro, y me asomé a la ventana. La visión del pozo aumentó la inquietud, al tiempo que hacía nacer en mí una fuerza interior que, como la que ejerce el imán sobre el hierro, me urgía a acercarme a él. Cuando bajé a la huerta y repetí la observación a través de las grietas, me pareció sentir allá abajo un chapotear apagado. Como si algo enorme se moviera en el agua y rozase contra el limo de las paredes. Sin embargo, el ruido parecía proceder de tan lejos que hasta yo me daba cuenta de que sólo podía ser una fantasía favorecida por mis lecturas. Aun así, permanecí junto al pozo, fascinado por aquel ruido, hasta que la llegada de mis padres me devolvió a la realidad.

Ya he explicado antes que la ventana de mi cuarto daba a la zona de la huerta donde estaba el pozo. Algunas noches, asomado a la ventana, mientras escuchaba el zumbido monótono de los insectos, me parecía oír con claridad un sordo rumor que provenía de las entrañas del pozo. Puede que fueran imaginaciones mías, provocadas por los monstruos terribles que encontraba en las páginas de Lovecraft. Eso era lo que yo quería creer, aunque no podía evitar que aquellos ruidos ominosos me provocasen un estremecimiento que no podía atribuir al relente de la noche.

Cuando ya llevaríamos casi cuatro semanas viviendo en la casa, una noche me desperté de repente en medio de la oscuridad. Mi

despertar no se debía a ninguna pesadilla ni a nada semejante. Lo que me había desvelado era ese sexto sentido que tenemos las personas, ese radar que se activa dentro de nosotros cuando nos ronda algún peligro. La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas e iluminaba débilmente la habitación. Toda la casa estaba en silencio, como si también el edificio esperara dormido la claridad del amanecer.

Sentado en la cama, anormalmente despejado, intenté descubrir el motivo de aquel súbito despertar. Enseguida me di cuenta de que algo anormal estaba sucediendo cerca de mí. Me había dejado la ventana medio abierta, y a través de ella me llegaba un ruido extraño que procedía del exterior y no se parecía en nada a los sonidos del conjunto de bichejos nocturnos que ya me había acostumbrado a escuchar. Me levanté y, desde la ventana, dirigí mi mirada al pozo. Como la luna estaba casi llena, había claridad suficiente para distinguir todos los detalles con nitidez.

Lo que se escuchaba eran unos golpes rítmicos y constantes. Y venían del pozo, eso era incuestionable. Pero lo extraño era que procedían del interior, como si alguien estuviera golpeando desde dentro la tapa de madera que lo cubría. En un momento dado, los golpes se hicieron más intensos, pues vislumbré cómo las tablas se combaban y cómo temblaba la estructura de acero que soportaba la reja.

¡Alguien estaba golpeando con furia desde dentro del pozo! Alguien que quería salir al exterior, romper aquellas maderas que le impedían hacerlo. La razón me decía que eso era imposible; el pozo llevaba cerrado años y años, allí dentro no podía haber otra cosa que el agua y el negror de la nada. Y no obstante, hasta mí llegaban nítidos aquellos golpes turbadores. Cada vez más intensos y frecuentes, tanto que en algún momento temí que las tablas, las rejas, los candados…, todas las barreras acabasen saltando por los aires.

De pronto, los golpes cesaron y el silencio volvió a envolver la casa. Permanecí no sé cuánto tiempo en la ventana, como hipnotizado, esperando temeroso a que aquel fenómeno se repitiera. A mi cabeza venía la imagen terrible del dios Cthulhu y de otros monstruos abisales que Lovecraft había plasmado en sus relatos. Pero no sucedió nada más; o, si sucedió, yo no fui consciente, porque el sueño me venció en algún momento de la noche. Por la mañana me desperté tumbado sobre la cama y tiritando de frío.

Desde aquel incidente, del que nada conté en casa, no hubo día en que no me asaltaran las pesadillas. Me despertaba asustado en medio de la noche y empapado en sudor, después de proferir gritos tan grandes que despertaban a toda la familia. Mi madre me quitó el libro de Lovecraft en cuanto me lo descubrió, y me riñó por leer aquellos

relatos para los que, según ella, aún no tenía edad suficiente.

Pero no eran los relatos los que me atemorizaban. El miedo se apoderaba de mí en cuanto el sol se apagaba y comenzaban las sombras. Retrasaba todo cuanto podía la hora de acostarme, tomaba infusiones relajantes, mi madre me acompañaba como cuando era un niño pequeño… Daba igual lo que hiciera; en algún momento de la madrugada, las pesadillas aparecían otra vez y me despertaba entre gritos de terror.

El inquietante sueño era siempre el mismo, con ligeras variantes. Yo me encontraba en una habitación desconocida, sin ningún mueble, y no podía abandonarla. Lo que me lo impedía era la certeza de que algo terrible me esperaba fuera, algo que me podía aniquilar en pocos segundos si salía del cuarto. Esa presencia que no veía, pero que imaginaba monstruosa, respiraba con un jadear agitado que me recordaba cada segundo su existencia. En un momento dado, yo miraba hacia la única ventana de la habitación y veía una cabeza enorme, porque tenía que ser una cabeza, aunque poco más atisbaba que uno de sus ojos. Un ojo que ocupaba el espacio de los cristales y movía la pupila a un lado y a otro, como si estuviera explorando cada rincón de la estancia. En algún instante de esa exploración, cuando el ojo abría y cerraba unos párpados monstruosos, cuando la ventana se combaba antes de quebrarse en mil pedazos, era cuando yo gritaba con angustia y me despertaba bañado en sudor.

Mamá, cada día más preocupada por los insistente terrores que me asaltaban, habló con la madre de Adolfo para que, durante algún tiempo, yo pudiera ir a dormir a casa de mi amigo. Para mí fue un alivio, y no sólo por compartir las horas con Adolfo. En la nueva casa, en la habitación de dos camas que daba a las aguas tranquilas del puerto, mis pesadillas desaparecieron como si la brisa marina las hubiera barrido. Eso confirmó aún más mis sospechas de que el pozo maldito era el responsable de lo que me ocurría, pero no me atreví a confesarlo. A mi amigo le conté sólo lo que me pasaba en el sueño, pero nada le dije de la experiencia de la noche en la que vi vibrar y combarse la tapa del pozo. ¿Cómo explicarle a nadie un hecho en apariencia tan absurdo?

3

El primer sábado de agosto, un matrimonio amigo de mis padres que vivía en A Coruña vino a pasar la tarde con nosotros. La pareja tenía dos hijas: Tania, que era de la edad de mi hermana, y Mónica, unos meses mayor que yo. Desde que el coche aparcó bajo la higuera, desde que Mónica se bajó de él y me miró con curiosidad, no pude dejar de contemplarla con una fascinación que nunca antes había experimentado. Aquella melena de color castaño oscuro, aquel vestido amarillo que resaltaba aún más su piel bronceada, aquella manera de moverse, aquella sonrisa fascinante, aquellos ojos que parecían hablar cuando me miraba…

Aquel día aproveché cada minuto para desplegar todas mis plumas: le enseñé la colección de conchas que había ido recogiendo en la playa y por las rocas, le mostré mi cuaderno de dibujos (en aquel tiempo creía que dibujaba bien porque me gustaba copiar las viñetas de mis héroes del cómic y lo hacía con cierta habilidad), la mantis religiosa que había cazado con el Faneca y que guardaba en una caja de cartón debajo de la cama…

No es éste el momento de hablar de Mónica, la primera niña que me fascinó, la primera a la que miré de una forma diferente, muy lejos de como veía a mis compañeras de colegio, seres remilgados que los niños despreciábamos. Supongo que aquél fue el verano en que empecé a hacerme mayor y a comprobar con asombro cómo cambiaban mis intereses. Pero esto, como he dicho, no es lo que debo relatar aquí.

El caso fue que en las horas del atardecer, cuando todos nos encontrábamos sentados en el soportal, alrededor de la mesa que mis padres habían preparado para la cena fría que habían decidido servir, el padre de Mónica, tal vez con afán de iniciar un nuevo tema de conversación, le preguntó al mío:

—¿Y ese pozo que hay cerca de la higuera? ¿Cuál es la razón de que esté cerrado?

—¡Cualquiera lo usa, después de todo lo que nos han contado sobre él! —exclamó mi padre—. Parece ser que es un pozo muy antiguo, ya estaba en esta finca antes de que construyeran la casa.

—Que sea antiguo no es razón para mantenerlo cerrado. ¿Qué os han contado?

—Por el pueblo circulan un montón de historias bastante truculentas referidas al pozo. Casi todas sobre gente que cayó en él y

de la que nunca más se volvió a saber —contó mi padre, que parecía satisfecho por el nuevo rumbo de la conversación.

—Los dueños de esta casa lo cerraron hace tres años, después de que se les ahogase una hija en él —intervino mamá—. ¡Pobres padres, tuvo que ser terrible!

—Lo extraño no es que se ahogara, nadie está libre de una desgracia —añadió mi padre—. Lo más raro es que nunca pudieron recuperar su cuerpo.

Nuestro invitado guardó silencio, como si diera por zanjado aquel tema. Pero, al cabo de un rato, cuando mamá y Sonia ya se afanaban en trasladar las bandejas desde la cocina, volvió a abordar el mismo asunto:

—¡Qué casualidades tiene la vida! ¿Sabéis que estoy escribiendo una novela en la que, precisamente, hay un pozo que tiene cierta importancia en la historia? No me vendría mal ver cómo es el vuestro, para documentarme.

—No hay problema. La llave del candado está con las otras de la casa —informó mi padre—. Podemos echarle un vistazo antes de que caiga la noche.

Papá se levantó y fue a buscar la llave. Cuando volvió con ella, los dos se marcharon en dirección al pozo. Y yo, incapaz de reprimir mi curiosidad, fui tras ellos.

Desde una distancia prudencial, vi cómo mi padre abría el candado y levantaba la reja metálica. Después procedió a descorrer los cerrojos que mantenían fija la doble tapa de madera y la abrió como si se tratase de unas contraventanas. El rectángulo oscuro del pozo quedó al descubierto. Un tufo nauseabundo salió de aquella profundidad y se extendió por el entorno.

—¡Ufff! ¡Cómo apesta! ¿Qué hay ahí dentro?

—Serán aguas sulfurosas —aventuró mi padre—. No me extraña nada que decidieran cerrarlo, sólo por no soportar este hedor.

Cuando el olor se suavizó, los dos se asomaron al brocal. Y yo me coloqué detrás de ellos, devorado por la curiosidad.

—Parece muy hondo, no se ve nada.

—Tal vez esté seco —comentó el padre de Mónica.

—Eso lo comprobamos inmediatamente —contestó papá—. Y, de paso, nos enteramos de lo hondo que es.

Buscó una piedra de las que había junto al muro y la dejó caer en el interior del pozo. Tras unos segundos que me parecieron interminables, se escuchó el ruido que la piedra provocaba al chocar con la superficie del agua.

Entonces, mientras los dos debatían sobre la anormal profundidad que parecía tener, yo me acerqué al brocal y asomé la cabeza. Vi el oscuro interior, con las paredes de piedra menuda que rezumaban una

sustancia viscosa, unas paredes que se estrechaban conforme aumentaba la profundidad. Cuando observaba aquella negrura, llegó a mis oídos un chapotear agitado que venía de allá abajo, como si la piedra provocase un movimiento del agua que era a todas luces excesivo.

Fascinado por aquel fenómeno, me apoyé en el borde del brocal y asomé la cabeza todo cuanto pude. Y entonces vi allá abajo, muy abajo, dos pequeños círculos que brillaban en medio de la oscuridad. Dos círculos que no podían ser el reflejo de ninguna luz en el agua, pues eran de una intensidad anormal y permanecían fijos en el mismo lugar.

Cuando los miraba con una mezcla de curiosidad y temor, me pareció entrever una masa oscura que se movía allá abajo, como si las tinieblas pudieran aún albergar una oscuridad mayor. Fue entonces cuando me fijé en que los dos círculos brillantes emergían por encima de lo que debía de ser la superficie del agua y, como si de ellos salieran unos rayos invisibles, se centraban en mí y parecían penetrar en mi cerebro. Experimenté un súbito espanto, un miedo irracional, un temor a que aquella negrura saliera al exterior y me tragase. Noté cómo las piernas se me doblaban y la cabeza se me iba en un extraño vértigo, como si me inundase la oscuridad que parecía emanar del pozo.

Según me contaron después, cuando estaba asomado al brocal, sin causa que lo provocase, caí desmayado al suelo, dándoles un buen susto a mi padre y a su amigo, que me recogieron y enseguida me llevaron donde las mujeres. Cuando me desperté, me encontré tumbado en una de las hamacas, rodeado por mi familia y la de Mónica, todos mirándome con expresión preocupada. No entendían a qué podía deberse mi desmayo y aventuraron diversas conjeturas. Al final, acabó imponiéndose la idea de que debía de haber sufrido un mareo, provocado por una contracción de las vértebras cervicales al forzar la cabeza en mi intento de asomarme al pozo. También yo di por buena esa explicación, aunque sabía perfectamente que se trataba de una de esas interpretaciones con las que intentamos disfrazar lo incomprensible. ¿Cómo les iba a explicar el inmenso terror que me habían provocado los dos círculos brillantes que había visto, o que había creído ver, en el fondo del pozo? ¿Qué pensaría Mónica de mí, cómo reaccionarían mis padres? Mejor callar y olvidar aquella insólita experiencia.

4

Mónica y sus padres se marcharon a eso de las once. Tania se quedó a dormir en la habitación de mi hermana, pues decidieron que pasaría con nosotros algunos días de las vacaciones. Aquella noche retrasé todo lo que pude la hora de dormir, y no subí a la habitación hasta que mamá se puso seria y me ordenó hacerlo.

Ya en el dormitorio, me dispuse a luchar contra los miedos que la experiencia del pozo había sembrado dentro de mí. Puse la radio muy bajita y me acomodé para leer en la cama, a la espera de que me venciera el sueño. Y sí, el sueño llegó sin que me diera cuenta, pero no con la tranquilidad de otras noches. A eso de las tres de la mañana me desperté de repente, con la misma sensación de peligro que había experimentado días atrás. Pronto reparé en la causa: desde el exterior llegaban, acrecentados, los ruidos abominables que ya conocía bien.

Salté de la cama y corrí a la ventana, con el corazón descontrolado. Dirigí la vista al pozo y comprobé con asombro que la reja metálica se encontraba abierta; seguramente a mi padre se le había olvidado poner el candado. Sólo permanecía cerrada con los cerrojos la frágil tapa de madera. Desde mi observatorio pude ver cómo las dos hojas de la tapa se combaban por la presión que alguien hacía sobre ellas desde el interior. Al mismo tiempo, además del que provocaban los golpes en la madera, también llegaba a mis oídos un ruido nuevo y desconocido: un jadeo rítmico e intenso, como la respiración agitada de un gran animal.

Mientras yo permanecía como hipnotizado junto a la ventana, las sacudidas se hicieron más y más insistentes, hasta que los cerrojos de la tapa saltaron con la presión y las dos hojas se abrieron con violencia. Y entonces, desde la profundidad del pozo, *algo* informe asomó por el borde del brocal. Y digo *algo* porque no se me ocurre otra forma de definir aquella masa oscura y gelatinosa que luchaba por salir al exterior, aquellas extremidades que se enroscaban en la estructura metálica como tentáculos, aquellos dos botones luminosos que brillaban en la parte superior de aquella masa repulsiva. Unos ojos, si es que lo eran, que miraron directamente a la ventana de mi cuarto. Me observaban a mí y, como en una especie de transmisión telepática, me llenaban la cabeza de imágenes terribles y de pensamientos malignos que ni siquiera sospechaba que pudieran existir.

En algún momento logré cerrar los ojos y cortocircuitar aquella

horrible transmisión. Fue entonces cuando abandoné la ventana y huí de mi cuarto, echando a correr escaleras abajo. Los gritos de espanto se tuvieron que oír en toda la casa. En mi huida alocada, apoyé mal el pie en uno de los escalones y caí dando tumbos por la escalera. Quedé sin sentido como resultado del impacto que di con la cabeza en el suelo.

Esto último lo sé porque fue lo que luego me contaron mis padres, que, alertados por los gritos, habían acudido en mi ayuda. La peligrosa caída y las frases sin sentido que empecé a pronunciar en cuanto recuperé el conocimiento los dejaron tan preocupados que decidieron llevarme inmediatamente al Sanatorio Modelo de A Coruña, donde estuve internado cinco días.

Al principio sólo decía frases inconexas y mostraba una continua inquietud, así como unos ataques puntuales de pánico que hacían dudar a los médicos de mi recuperación. Pero fui mejorando día a día, y no tardaron en darme el alta para continuar la convalecencia en casa.

En vista del estado en que me encontraba, mis padres decidieron dar por concluidas las vacaciones, a pesar de que aún estábamos a mediados de agosto. Sonia y Tania se quedaron hasta las fiestas de septiembre en casa de una amiga común. Y nosotros regresamos a Salamanca, donde me sometieron a diversas pruebas y análisis hasta confirmar con toda seguridad que nada malo me ocurría.

Aunque trataron de ocultármelo, supongo que por no intranquilizarme más, cuando mi hermana regresó a Salamanca, me enteré de la noticia que había conmocionado Pontedeume desde el día de mi accidente: dos chicos del pueblo habían desaparecido y, por más que los habían buscado, no había ni rastro de ellos. Entre la hipótesis del rapto y la de la huida de casa, fue esta última la que se impuso. Pero ya habían pasado bastantes días y los chicos seguían sin aparecer. Como suele suceder en estos casos, el interés de la noticia fue decayendo con el paso de las semanas y no tardó en desaparecer de los periódicos. No así de mi cabeza, pues no podía dejar de pensar en otra hipótesis bastante más temible.

También tardaron en abandonarme las pesadillas. Volvían noche tras noche, siempre con imágenes semejantes a las que había vivido en la casa de Pontedeume, siempre con la angustia dominándome por completo. Con el paso del tiempo, y con ayuda de la medicación y de las sesiones con el doctor Monteverde, el mejor psiquiatra de la ciudad, fueron espaciándose más y más, hasta que acabaron por desaparecer.

Después entré en la adolescencia y la vida comenzó a exigirme que jugara mis cartas. Estudié Sociología en Madrid e hice la tesis doctoral en París, en la Universidad de la Sorbona. Tras unos cursos en

Granada, acabé ganando la cátedra de Estadística Social en la Universidad de A Coruña, la misma que ocupo en la actualidad. En mi vida sentimental fui bastante menos afortunado que en la académica: de las diferentes relaciones amorosas que mantuve ninguna fructificó, tal vez por mi culpa; no debe de ser fácil convivir con una persona como yo, pues las experiencias que guardo en la memoria me hacen vivir en una inquietud permanente.

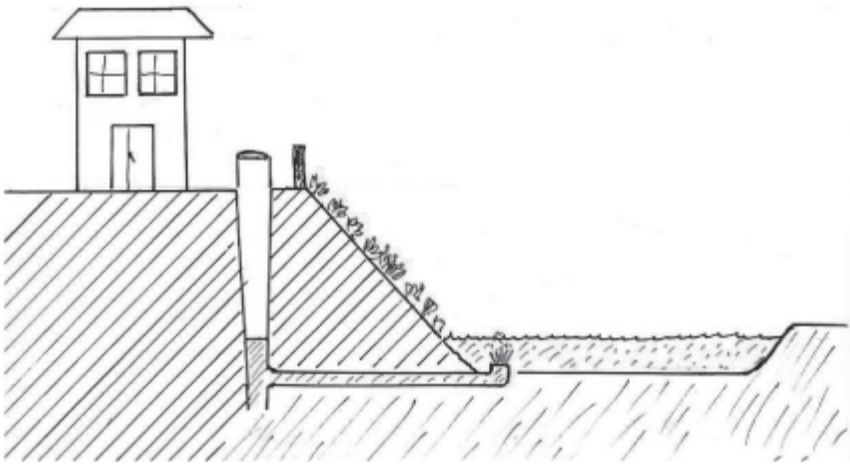
A pesar de su cercanía, lo cierto es que siempre evité volver a Pontedeume, excepto en alguna visita puntual que me fue imposible rechazar. Sin embargo, mi interés por el pueblo continuó vivo, y adquirí la costumbre de leer las noticias de los periódicos que a él se referían; así que, aunque fuera a distancia, estaba al tanto de los sucesos que allí ocurrían.

Hace unos días, con motivo de las fiestas de septiembre, el diario *La Voz de Galicia* dedicó un suplemento especial a Pontedeume. Y en él, ocupando una doble página, me volví a topar con los terrores que creía tener guardados bajo siete llaves. En el reportaje se contaba que, en los últimos años, la villa había crecido y se había expandido a lo largo de la carretera de la costa. Para dotar de servicios al nuevo barrio que se había configurado, el ayuntamiento había rehabilitado una casa que había recibido en donación varios años atrás y había adquirido el terreno contiguo, una finca abandonada durante décadas. La casa sería destinada a biblioteca y a otros servicios culturales, y en el terreno acababan de inaugurar un parque infantil que, según el concejal, «se había diseñado siguiendo los parámetros usuales en los países europeos más desarrollados».

Enseguida reconocí la casa del pozo, pues habían conservado la estructura en su restauración. Y, a pesar de las transformaciones llevadas a cabo en el terreno, era fácil ver que el parque se había construido en la extensa finca abandonada que existía más allá del terraplén. Un malestar difuso se fue apoderando de mí a medida que leía el reportaje. Pero el desasosiego se convirtió en inquietud irrefrenable cuando empecé a leer las explicaciones que la alcaldesa le daba al periodista. En ellas contaba que la mayor atracción del nuevo parque era una laguna artificial que ocupaba uno de los extremos del terreno. Una laguna que se alimentaba de la corriente subterránea que en otros tiempos aprovechaba un viejo pozo próximo a la casa, ahora definitivamente clausurado.

Aquella misma tarde busqué más datos en Internet. Y los encontré, claro que los encontré. Además de numerosas fotos y de otras noticias relacionadas, di con un vídeo donde un técnico explicaba orgulloso la obra realizada en el parque, incluso con planos que confirmaron mis temores:

Dado el significativo desnivel existente entre el pozo y el parque, no ha sido necesario más que abrir una conducción horizontal desde una cota de dos metros bajo la superficie, en busca de la corriente subterránea que en su día alimentaba el pozo. Esa corriente, tras canalizarla, es la que ahora surte de agua la laguna que ocupa el sector del parque próximo a la biblioteca.



Dominado por el desasosiego, a la mañana siguiente me desplacé en mi coche a Pontedeume. Allí, después de mucho insistir, conseguí que la alcaldesa accediera a recibirme. Tras escuchar mis argumentos, que con tanto detalle había preparado la noche anterior, sonrió con aire indulgente y me despidió con vagas promesas que apenas ocultaban su escepticismo. El mismo resultado obtuve en mi posterior visita a las dependencias de la policía de A Coruña, donde incluso se atrevieron a dudar de mi salud mental. Pensé en recurrir a la prensa, pero pronto desistí, sabedor de que iba a recibir un tratamiento semejante. Igual que el agua fluye pendiente abajo, así lo hace también la vida; es inútil oponerse a lo que tiene que suceder.

Hoy, desoyendo la voz interior que me advertía, he vuelto otra vez a Pontedeume. He aparcado el coche cerca del parque y he ido andando hasta él. Lo he encontrado repleto de niños y niñas que jugaban alegres en las instalaciones. Algunos de ellos chapoteaban en el agua de la laguna, en el extremo donde habían hecho una reducida playa artificial. Me he sentado en un banco próximo al agua y he permanecido inmóvil, consciente de mi impotencia. Con el corazón oprimido por la angustia, he tratado de adivinar cuál de aquellas criaturas serviría para aplacar el hambre del ser monstruoso que, con seguridad, las acecha desde el oscuro escondite donde siempre ha habitado.

Esa angustia que no me abandona es la que me ha llevado a

escribir esta larga confesión. Sé que no tardará en llegar el día en que, al abrir el periódico, encuentre la noticia amarga que espero desde hace semanas. Quizás entonces me crean, quizás entonces cieguen para siempre el conducto que lleva al pozo e impidan que nunca más salgan al exterior los monstruos terribles que moran en las profundidades. Sé que ése también será el momento en que, por fin, recupere la calma interna que perdí hace tanto tiempo, en aquel último verano de mi infancia.

EL ENIGMA DEL MENHIR

1

Hay verdades que sólo la vida nos puede enseñar. El paso de los años nos lleva a aceptar hechos que en otro tiempo nos parecieron insoportables, es el precio que debemos pagar para no caer en la locura. Cuando se llega a mi edad, habituada a convivir de forma permanente con la tragedia que tanto me marcó, la angustia pierde las aristas más afiladas y acaba integrándose en nuestro cerebro como si fuera un invitado molesto que procuramos ignorar.

Pero hay ocasiones en que toda resistencia es inútil y los fantasmas regresan con fuerza inusitada. La noticia que acabo de leer en el periódico de hoy ha producido en mí un efecto perturbador y ha hecho aflorar los peores recuerdos. Las protestas contra la destrucción del monte del Coto del Rey van en aumento; la gente se opone a que la autopista lo atraviese por su parte central y exige un cambio de trazado. Los argumentos de los contrarios a la obra son los de siempre, cuántas veces los habré oído ya: que el monte es una de las pocas zonas del ayuntamiento donde aún crecen masas de árboles autóctonos, que hay valiosos restos arqueológicos de origen prerromano, que su valor paisajístico y ecológico es incalculable…

Yo misma, en otras circunstancias, también suscribiría esa defensa. ¿Cómo puedo explicar entonces el temor que me invade cuando pienso que los políticos del gobierno puedan ceder a tantas presiones? Total, para ellos este lugar no es más que un espacio apartado del noroeste de la Península, un punto en el mapa sin ningún significado especial. Qué les importa transigir y aceptar que la autopista se desvíe, aunque eso obligue a diseñar en los planos una curva más. ¡Si hasta les resulta más económico hacerlo rodeando el monte, pues así se evitan el duro trabajo de excavación!

Y, sin embargo, mi deseo más intenso es que resistan y no hagan caso de las protestas. Que entren cuanto antes en el monte las máquinas excavadoras, las apisonadoras, las taladradoras, los camiones. Que la dinamita haga saltar la roca en mil pedazos. Que talen todos los árboles, que perforen la tierra de medio a medio, que derriben los restos que la gente llama prerromanos. Que no quede nada en pie, que deshagan cuanto allí hay, que no dejen una piedra en su lugar. Y que después lo sepulten todo bajo toneladas de roca y de grava, y echen por encima sólidas capas de cemento y de alquitrán. Es el mejor destino para ese monte maldito, ese lugar que ninguna noche, después de tantos años, he conseguido expulsar del territorio de mis

sueños.

Porque nunca, por mucho tiempo que viva, podré olvidar el verano de 1973, aquellos días terribles que marcaron para siempre mi vida. Por aquel entonces yo acababa de cumplir catorce años y vivía con mis padres en la parroquia de Sillobre, en una aldea con unas cuantas casas que para mí era el centro del mundo. Allí vivían también mis mejores amigos, Rosalía y Carlos, los dos de mi edad. Nos habíamos hecho inseparables desde que, al llegar el tiempo de ingresar en el colegio, descubrimos que los tres éramos los únicos niños del lugar que utilizábamos el autobús para trasladarnos al colegio de Fene, el mayor núcleo del ayuntamiento.

Durante los ocho años de la EGB nos correspondió estar en la misma clase; comíamos juntos en el comedor, hacíamos los deberes en común, nos ayudábamos cuando alguno lo necesitaba… En el colegio ya nos conocían como «los de Sillobre», y nosotros bien orgullosos que nos sentíamos con un nombre así. Estábamos unidos por una de esas amistades que sólo se pueden asentar en la infancia, cuando aún no se conoce la maldad y se mira el mundo con ojos inocentes.

El pasado curso habíamos hecho 8.º de EGB, el último nivel que podíamos estudiar en el colegio. Para el próximo año, mis padres ya habían decidido que yo cursaría el Bachillerato en el instituto de Ferrol, mientras que Rosalía y Carlos posiblemente continuarían en el de Fene. Los años de la infancia quedaban cada vez más lejos; comenzábamos a atravesar la tierra insegura de la adolescencia, pero nuestra amistad, aunque transformada, continuaba siendo muy sólida.

Yo no tenía secretos para Rosalía, mi mejor amiga, la hermana que siempre había deseado tener. Con Carlos, la relación era distinta. Él era un chico y, a pesar de nuestra unión, hay ciertos aspectos donde la diferencia de sexo establece barreras difíciles de cruzar. Además, yo venía notando desde hacía algún tiempo que mi amigo me trataba de forma diferente a como lo hacía con Rosalía. Eran detalles sutiles, cierto brillo especial en su mirada, la manera de apretarme el brazo al sujetarme, algunas frases cargadas de doble sentido… Rosalía ya se había dado cuenta desde hacía tiempo de que Carlos empezaba a enamorarse de mí, pero entonces yo debía de ser muy tonta para las cosas del querer. Era un cambio que me agradaba, para qué negarlo, y al que yo, con la misma discreción, procuraba corresponder.

Esa afinidad no impedía que los tres mantuviéramos nuestra unión. Nos gustaba mucho montar en bicicleta; además de sernos cómoda y útil, era la única manera que teníamos en aquellos años de poder movernos lejos del control familiar. Y aquel verano, quizá porque éramos conscientes de que sería el último de la amistad especial que nos unía, nos esforzábamos por exprimir al máximo las horas de cada día. Así que dedicábamos las tardes a hacer excursiones con la

bicicleta, cada vez a lugares más lejanos, con la ilusión de descubrir sitios donde nunca habíamos estado, parajes que para nosotros constituían territorios inexplorados.

Éramos felices, o eso me parece a mí ahora, cuando traigo a la memoria el recuerdo de aquellos días. Una felicidad inocente, que se quebró bruscamente cuando aquel horrible suceso me reveló la existencia de un mundo oscuro y cruel que las personas nunca podremos entender.

2

La tarde de aquel día fatídico, los tres teníamos previsto hacer una excursión hasta un lugar al que nunca antes habíamos llegado: el monte del Coto del Rey, un cerro que pasaba por ser el punto más alto de todo el contorno. Nos atraía no sólo por distante, sino también porque los mayores, cuando se referían a él, lo hacían con un aire de vago temor, como si se tratara de un territorio prohibido que era mejor ignorar. Y la advertencia de que no debíamos acercarnos por allí, sin ofrecernos razones que la justificaran, la habíamos escuchado más de una vez en nuestras casas. De niños nunca se nos habría ocurrido ir; pero, a los catorce años, la prohibición y el misterio funcionaban como un estímulo irresistible para nosotros.

A última hora, Rosalía nos falló; su madre había decidido visitar a un primo de Ferrol que había sufrido un accidente en el astillero y se encontraba en el hospital, y no le quedaba otro remedio que acompañarla. Así que fuimos sólo Carlos y yo quienes nos subimos a las bicicletas, decididos a no renunciar a la excursión que habíamos programado. La ausencia de Rosalía era un regalo inesperado, pensaba yo de manera egoísta, pues así los dos podríamos hablar con toda sinceridad y manifestarnos los sentimientos que llevábamos tiempo deseando confesar.

Tardamos dos horas en llegar, ya que el monte estaba lejos y, además, paramos a descansar en varias ocasiones. Cada uno de esos descansos era un tiempo de alegría, pues los dos acabamos desvelando la atracción mutua que sentíamos. Irradiábamos felicidad, libres de cualquier mirada ajena en aquel camino solitario; yo tenía la sensación de que estábamos solos en el mundo o en una isla desierta que andábamos explorando. Nos dimos algunos besos fugaces, y también nos acariciamos con algo de vergüenza, así de inocentes éramos entonces. Pero no nos atrevimos a más, nos ganaba la timidez y sabíamos muy poco de las cosas del corazón.

Finalmente, avanzada ya la tarde, conseguimos llegar al pie de aquel cerro que tantas veces habíamos visto desde la distancia. Toda la ladera estaba cubierta por un denso arbolado en el que abundaban los castaños y los robles, pues entonces los eucaliptos todavía no habían invadido los montes del país, como, por ignorancia y codicia, ocurre en la actualidad. Dejamos las bicicletas ocultas tras un muro de piedra que rodeaba los terrenos del otro lado del camino y comenzamos la ascensión.

Caminábamos a buen ritmo por sendas estrechas, decididos a llegar hasta lo más alto del monte. Nadie las debía de haber recorrido en mucho tiempo, pues aparecían tupidas por retamas, helechos y arbustos que se enredaban con las ramas bajas de los árboles y dificultaban nuestro avance.

Cuando ya nos encontrábamos a medio camino de la cima, hicimos un descubrimiento inesperado. La angosta vereda por la que ascendíamos desembocaba en un claro, una estrecha meseta donde los árboles no crecían. Aquel espacio tenía que haber sido aplanado por manos humanas, no se explicaba de otra manera la existencia de aquella insólita planicie en la ladera del monte. Desde abajo no nos habíamos fijado en ella, oculta por los altos árboles que la circundaban. De haber podido contemplarla desde el aire, veríamos un calvero en forma de media luna, con el suelo cubierto de hierba intensamente verde.

Más sorprendente aún que aquel claro en medio de los árboles fue lo que encontramos allí. En el teórico centro de aquel espacio semicircular, había un gran monolito clavado en la tierra, que tendría más de dos metros de alto. A su derecha, descubrimos una charca de agua que aparecía rodeada por un muro de piedras de escasa altura.

Nos acercamos al peñasco, fascinados por aquel inesperado hallazgo. Hoy sé que aquello era un menhir, desgastado por el paso de miles de años, pero entonces lo único que vi fue una roca enorme, semejante al tronco de un árbol de piedra, que parecía plantada en la tierra por un gigante de fuerza descomunal. Diez piedras más pequeñas, como los mojones que se utilizan para señalar los límites de una finca, aparecían dispuestas alrededor de aquel colosal peñasco, formando un círculo que podría tener dos metros de diámetro.

Ahora sé poner nombre a lo que allí había: se trataba de un crómlech construido en torno al menhir, un monumento que sólo se erigía en lugares donde se celebraban ritos sagrados en tiempos antiquísimos. Un vestigio del culto a las piedras, propio de la etapa megalítica, que hace miles de años gozó de amplio predicamento en toda la Europa atlántica.

Tan grande era nuestra ignorancia que ni se nos pasó por la cabeza asociar un lugar así con ningún peligro. No es difícil entenderlo; todavía hoy existe gente que sólo ve en los dólmenes y menhires restos arqueológicos que es preciso proteger. ¡Cuánta desmemoria hay en este país! No queremos saber nada del antiguo poder que estas grandes piedras tuvieron sobre nuestros antepasados, ni de la energía misteriosa que en otro tiempo comunicaban el cielo y la tierra a través de ellos. Un poder y una energía que siguen latentes en estas piedras sagradas, o en el espacio de alrededor, en un sueño frágil que las personas nunca deberíamos turbar.

Sin embargo, más que el menhir y el círculo de piedras que lo rodeaba, lo que enseguida llamó nuestra atención fue la charca. El agua debía de nacer allí mismo, pues en la superficie había un borbotear continuo que indicaba la existencia de varios manantiales subterráneos. El agua era anormalmente oscura, ya desde la propia superficie, algo que atribuimos a la tierra negra que debía de haber en su lecho.

Dimos una vuelta completa a su alrededor, tratando de divisar algo más allá de la superficie, pero no se veía nada.

—¿Cuánta profundidad tendrá? —preguntó Carlos.

Y, acto seguido, tras arrodillarse en la hierba, se inclinó sobre las piedras del muro y metió un brazo en el agua.

—¡No consigo tocar el fondo! —exclamó, sorprendido—. ¿Cómo puede haber tanta profundidad? ¡Parece un pozo, más que una fuente!

—¿Cómo no lo vas a tocar? —le contesté, al tiempo que me colocaba en la misma postura que él y sumergía también mi brazo todo lo que podía.

De repente, noté que, desde dentro del agua, algo semejante a una mano me sujetaba con firmeza por el brazo y tiraba de mí hacia abajo con una fuerza irresistible. Dominada por un miedo irracional, le grité a mi amigo, pidiendo su ayuda. Pero él debía de experimentar lo mismo que yo, pues sólo recibí la respuesta de sus ojos aterrorizados. Unos instantes después nos encontrábamos los dos sumergidos en aquella charca, tragando agua y luchando por volver a la superficie, mientras la fuerza misteriosa seguía tirando de nosotros hacia el fondo, un fondo que parecía estar a una profundidad inacabable.

3

Siempre me han asegurado que todo debió de ser una fantasía, que los recuerdos que conservo de aquella tarde no fueron más que el fruto de mi alocada imaginación. Incluso los médicos me han explicado por qué viví los sucesos como una experiencia terrible, pues mi cuerpo estuvo bajo el agua durante mucho tiempo y el cerebro no recibió el oxígeno suficiente. En estados así nuestra mente fabrica imágenes irracionales, que suelen estar emparentadas con las que, según el psicoanalista Carl Gustav Jung, almacena nuestro cerebro en las capas más profundas, las formadas en las etapas primitivas de la evolución: es el llamado «cerebro de reptil», propio de cuando aún no éramos humanos, que compartimos con otras familias de vertebrados.

De tanto repetirme estas interpretaciones, sobre todo la psicóloga que me ha tratado durante años, es comprensible que me entrasen dudas, aunque en mi memoria permaneciera todo grabado como sólo un hecho real lo puede estar. Pero cuando me hice mayor, cuando, en vez de olvidar, pude viajar y conocer otras culturas, los ojos se me abrieron del todo y para siempre.

Encontré otras experiencias por el mundo sorprendentemente parecidas a las mías, no era yo la única que había vivido una realidad así. Ahora sé de la existencia de las *korrigans* irlandesas, las guardianas de las fuentes situadas junto a dólmenes y menhires. Sé de su belleza y de las transformaciones horribles que pueden adoptar; en Irlanda hay casos y casos que lo documentan. Y lo mismo ocurre con las *lamignak* en Euskadi, o con las *diale* de los oscuros lagos de los Alpes. Las mismas que en Galicia se llamaron *lamias* durante siglos, antes de que la falsa idea del progreso arrasara con los conocimientos ancestrales que nunca debimos olvidar.

Toda la vieja Europa conoció en su día esta realidad y supo respetar a los seres míticos que habitan en la naturaleza, aunque en los libros actuales sólo figuren como leyendas destinadas a aliviar nuestra hambre de fantasía. Y así creemos vivir una existencia ordenada y segura, olvidando que el suelo que pisamos es como una frágil capa de hielo que puede resquebrajarse en cualquier momento y arrastrarnos a las profundidades. Por eso, porque sé que hay otras dimensiones ajenas a nosotros, pero tan reales como el mundo que nos rodea, puedo contar sin reparo lo que en realidad ocurrió en aquel aborrecible lugar.

Cuando mis pies tocaron el fondo del pozo, comprobé que era más

de un ser el que me sujetaba, pues sentí como algo semejante a una multitud de manos exploraba cada centímetro de mi cuerpo. Yo no podía ver a aquellos seres, no sé si por la negrura del agua o porque mi cerebro estaba ya debilitado por la falta de oxígeno. Sí que veía, sin embargo, innumerables puntos fosforescentes que debían de ser sus ojos, pues se desplazaban de dos en dos en aquella oscuridad. Quise gritar, pero de mi boca no salió ningún sonido. Y después no sé qué más ocurrió, porque experimenté una especie de vértigo y acabé perdiendo el conocimiento.

Cuando abrí los ojos, me sorprendió ver la luna llena que brillaba en lo alto del cielo, iluminando el calvero con su luz pálida. Al principio no supe dónde estaba, pero pronto comprendí que me encontraba otra vez fuera del agua, tumbada sobre la hierba del prado y con la ropa completamente empapada. El cuerpo de Carlos, mojado y sin sentido, yacía inmóvil a mi lado. ¿Cuánto tiempo llevábamos allí?

Lo terrible fue descubrir que también habían salido fuera del agua unos seres más pequeños que yo, poseedores de unos ojos tan brillantes que enseguida me recordaron a los que había visto en el fondo de la charca. Su apariencia era la de mujeres de hermoso rostro, cubiertas por unas túnicas blancas que les llegaban hasta los tobillos y dejaban al descubierto unos huesudos pies de cabra. Todas ellas estaban sentadas en el muro que bordeaba la charca, ocupadas en peinar sus cabellos con brillantes peines de oro. A nosotros no nos hacían ningún caso, pues debían de saber que nos encontrábamos paralizados por el miedo y nunca nos atreveríamos a huir.

Al acabar de peinarse, se levantaron y se colocaron alrededor del menhir, formando una circunferencia. Y luego comenzaron a moverse en círculo, iniciando así una rara danza. La ejecutaban al mismo tiempo que entonaban un canto en una lengua extraña, si es que pertenecían a alguna lengua los sonidos que llegaban a mis oídos. La salmodia que recitaban aquellos seres fue creciendo en intensidad hasta acabar por convertirse en una letanía tan obsesiva como un mantra, un sonido inquietante que resonaba ominoso entre los árboles que circundaban el claro. Se desplazaban siguiendo el ritmo marcado por la letanía, una cadencia monocorde e hipnótica que dirigía una de las voces, más alta y nítida que las otras. De vez en cuando extendían los brazos hacia la luna y emitían un grito agudo y prolongado, como una invocación al astro que brillaba en lo alto del cielo.

Después de no sé cuánto tiempo, algunas de aquellas mujeres se acercaron a donde estábamos y obligaron a Carlos a ponerse de pie. Lo arrastraron hasta colocarlo con la espalda apoyada contra el menhir. Y después volvieron a danzar a su alrededor, mientras entonaban una y

otra vez aquel canto hipnótico. Poco a poco fueron cerrando el círculo y aproximándose al menhir, mientras el canto crecía en intensidad. En aquellos momentos pensé en las cosas más terribles, tanto que ni me atrevo a repetirlas aquí. Pero el círculo sólo se cerró del todo durante unos instantes, pues enseguida volvieron a la posición inicial.

Busqué a Carlos con la mirada, pero ya no estaba arrimado al menhir. Pensé que se encontraría caído en el suelo, o que algunas de aquellas mujeres lo habrían trasladado a otro lugar, pero no había nada de eso. Simplemente, el cuerpo de Carlos ya no estaba allí. ¡Mi amigo había desaparecido ante mis ojos!

Cuatro de aquellos seres se acercaron a mí, posiblemente con la intención de repetir conmigo la ceremonia que habían ejecutado con Carlos. Paralizada en el suelo, podía verlo todo, pero me sentía incapaz de ofrecer ninguna resistencia. Unas manos de piel fría y viscosa como las de las culebras me agarraron por las muñecas y me colocaron en posición vertical.

Fue en aquel instante cuando, a lo lejos, se oyeron voces llamándonos a Carlos y a mí. Eran voces que sonaban cada vez más cerca, y pronto pude ver unas luces que se movían entre la masa oscura de los árboles.

Ahora sé que era la gente de Sillobre y de Fene. Se habían movilizado en nuestra búsqueda a instancias de nuestros padres, asustados porque llegaba la noche y no regresábamos a casa. Gracias a Rosalía, habían podido enterarse de nuestros planes y se habían dirigido sin perder tiempo hacia el lugar correcto. Yo debería de haber seguido con los ojos fijos en aquellas luces, lo sé, ellas eran mi salvación. Pero lo cierto es que, dominada por la curiosidad, volví la cabeza para comprobar cómo reaccionaban las extrañas mujeres. Y fue entonces, impresionada por la terrible visión que quedó grabada en mi retina, cuando no lo pude resistir y perdí el conocimiento.

Nunca sabré si lo que vi en aquellos instantes fue real o no fueron más que los desvaríos de una imaginación aterrorizada. Pero lo cierto es que pude contemplar como, en pocos segundos, los seres de blanca túnica se transformaban en gruesas y repugnantes serpientes de piel verde. Unos reptiles repulsivos y viscosos que, con gran agilidad, reptaron sobre las piedras que rodeaban la charca y se perdieron en el fondo del agua.

El siguiente recuerdo que tengo ya es el rostro de mi padre cerca de mi cara, con una expresión entre alegre y ansiosa. Me tomó en brazos y, ayudado por otros dos hombres, me bajó por los senderos del monte hasta llegar al camino más ancho que lo bordeaba. Allí me metieron en un coche que nos llevó hasta nuestra casa, donde nos esperaba mi madre, que al verme cambió los sollozos de angustia por lágrimas de alegría.

Las patrullas que habían subido al monte continuaron registrando el lugar durante toda la noche en busca de Carlos, sin ningún resultado. Dos hombres se sumergieron varias veces en la charca, de insólita profundidad, pero no encontraron nada. La búsqueda continuó durante los siguientes días, tanto en el claro como en cada uno de los rincones del cerro. Y también en la charca, ya con buceadores profesionales, donde tampoco se encontró nada anómalo. Pasado el tiempo, se hizo evidente para todos que Carlos no aparecería nunca más.

4

Enfermé, y durante varios días incluso temieron que no me recuperara. Por aquel entonces la ciencia médica no había alcanzado los avances de los que disfrutamos hoy, y supongo que mi cuerpo se vio obligado a luchar sin ayudas contra una enfermedad para la que no había medicinas, pues nacía de las experiencias y emociones que bloqueaban mi cerebro. Pero yo era de naturaleza fuerte y acabé recuperándome.

Fue entonces cuando conté todo lo que nos había ocurrido en aquel claro del bosque, tal y como yo lo recordaba. Sin embargo, aunque no me lo dijeron abiertamente, enseguida me di cuenta de que ni mis padres, ni los de Carlos, ni la Guardia Civil, ni los periodistas, ni siquiera Rosalía, se creían mi historia. En el fondo, supongo que entendían mi relato como un desvarío absurdo, como una explicación fantástica que, vistas las circunstancias, me servía para sobrevivir a una experiencia tan terrible. Ellos barajaban otras hipótesis más racionales y previsibles, pero ninguna sirvió para encontrar a mi amigo.

Cuando mejoré lo suficiente como para caminar con normalidad, subí otra vez hasta el calvero, en compañía de mis padres. Los agentes de la Guardia Civil querían hacer una reconstrucción de los hechos, por si yo era capaz de ofrecer alguna nueva pista. Me costó mucho vencer el temor que sentía, a pesar de que eran las doce de la mañana y brillaba el sol con especial intensidad. Me volví a ver en aquel claro del bosque, me acerqué con espanto a la charca de aguas oscuras, contemplé de nuevo el enorme monolito. El terrible menhir, y también las piedras del crómlech dispuestas a su alrededor.

En ese instante un miedo atroz, un terror como nunca había sentido ni volveré a sentir en lo que me quede de vida, me inundó por entero y se infiltró hasta las capas más escondidas del cerebro. Y decidí callar, callar para siempre, guardar el horror tan sólo para mí. Sabía que nunca me creerían, que incluso podrían dudar de mi salud mental e internarme en uno de aquellos lugares terribles donde antes se encerraba a los locos. ¡No! Era preferible que la verdad no saliera nunca de mi boca.

Cuando me encontré ante el menhir, conté mentalmente las piedras del crómlech que lo rodeaba. Ahora había once piedras, y no diez, como había contado aquella tarde. Una de ellas aparecía con la superficie más limpia que las demás, como si se hubiera colocado

recientemente, y el viento y el agua no hubieran tenido tiempo de desgastarla y oscurecerla. Al agacharme y mirarla de cerca, súbitamente alarmada por uno de esos irracionales avisos interiores que a veces experimentamos, lo comprendí todo en un instante. Comprendí que mi primer amor nunca volvería; era inútil seguir buscando. Porque la piedra clavada en el suelo tenía, por una de sus caras, unas formas en relieve, unas formas que guardaban una estrecha semejanza con las de un rostro muy querido para mí: el de mi amigo Carlos, ¡condenado a permanecer en aquel lugar maldito, prisionero en la piedra durante toda la eternidad!

LA MIRADA DE K

1

Me llamo Arsenio de los Santos, nací hace cuarenta y dos años y llevo ciento treinta y siete días internado en el sanatorio mental Rosa de los Vientos. En realidad, digo lo de los ciento treinta y siete días porque el doctor Nistal siempre me comenta que ingresé en el centro el pasado 31 de octubre. No puedo saber si ese dato es cierto o no, pero no encuentro razones para dudar de su palabra.

Hoy se cumplen dos semanas desde el día en que recuperé la consciencia, catorce días liberado de los extravíos de mi cerebro, dueño otra vez de cada uno de mis actos. Antes, en palabras del doctor: «Hubo un período de negrura que me hizo pensar que usted era un caso irrecuperable; después, su mente estuvo sumergida en un caos que le impedía diferenciar entre la realidad y la alucinación». Según las enfermeras que me atienden, más realistas, pasé un montón de días sumido en un sueño provocado por algún *shock* desconocido y por los numerosos sedantes que me inyectaban; un sueño del que despertaba de vez en cuando para gritar como si algo terrible sucediera en mi cerebro, así como para pronunciar acelerados discursos en una lengua que sólo yo parecía entender.

El doctor Nistal se siente muy satisfecho con mi evolución durante estas dos semanas y confía en que, de seguir así, en un mes o dos podría ser dado de alta. Como le comenté que tenía facilidad para escribir, me pidió que relatara mi versión de los acontecimientos que me condujeron a la grave crisis que sufrí. Tenía tiempo de sobra, podría hacerlo en la biblioteca o, si me encontraba mejor, al aire libre, aprovechar las horas de la tarde en que se nos permite pasear con libertad por los jardines que rodean la clínica.

También me indicó que sería conveniente comenzar desde el suceso que, en mi opinión, se podía considerar el origen del camino que me condujo a tan duro trance. Me costó definir ese momento, no es fácil saber cuándo comienza exactamente un proceso. Tras meditarlo durante varios días, llegué a la conclusión de que todo empezó el último fin de semana de agosto, cuando decidí dar un cambio radical a la vida rutinaria que había llevado hasta entonces.

Es cierto que podría adelantarme en el tiempo y comenzar desde el día en que K entró en mi vida, pero no sería justo, porque antes hubo otros hechos que me condujeron paso a paso a ese momento fatídico. Así que decidí retroceder hasta bastante más atrás y explicar cómo los azares de la vida me han ido llevando por caminos que no siempre yo

elegí.

2

Los problemas de la mente humana suscitaron mi interés desde los años de la adolescencia. Por ello no es extraño que, cuando llegó la hora de ingresar en la universidad, no dudase en elegir la Facultad de Psicología. Tras concluir la carrera, me especialicé en Psicología Conductual, la rama que más me interesaba explorar. Mis primeros empleos, casi siempre como sustituto de algún colega, fueron de carácter temporal. Así fui saltando de una clínica a otra, una práctica nada recomendable, pues resultaba imposible seguir la evolución de los pacientes a mi cargo. Me sentía frustrado, aquél no era el camino que había soñado.

Tras hablar con dos compañeras de la facultad, tan insatisfechas como yo por la precariedad laboral, decidimos instalarnos por nuestra cuenta y abrir en la ciudad un gabinete de Psicología Conductual. No dependeríamos de nadie y, si la suerte nos acompañaba, podríamos ganarnos bien la vida ejerciendo en condiciones dignas la profesión que nos gustaba.

En ese trabajo pasé diez años, tratando a pacientes con problemas de estrés, relacionales, fobias varias, agresividad, timidez, adicciones de todo tipo… La clientela no abundaba, en nuestro campo hay mucha competencia y, además, éramos tres para repartir los magros beneficios del negocio. Iba viviendo, sí, pero con muchas más estrecheces de las que corresponderían a mi larga preparación.

Fue la noche del 31 de agosto, la última de las vacaciones, cuando, angustiado ante la certeza de que en el gabinete me esperaba un año tan monótono como los anteriores, decidí cerrar una etapa y abrir otra nueva en mi vida. No fue una decisión precipitada. Durante las vacaciones había hecho un viaje de varios días con mi amigo Guillermo, colega inseparable desde los años de la facultad, que se dedicaba al negocio inmobiliario y mantenía un nivel de vida que yo nunca me podría permitir. Habíamos conversado largamente sobre nuestra desigual fortuna en la vida y sobre la insatisfacción profesional que sentía. Fue él quien me animó a arriesgarme y a explorar algún camino más productivo:

—No me lo tomes a mal, pero vives fuera del mundo, querido Arsenio. Hay que atender a lo que la sociedad demanda, es la única forma de triunfar —me dijo una noche, tras habernos bebido numerosas caipiriñas—. ¡El Tarot, ésa es tu salida! No te haces idea de la demanda que hay. La gente necesita creer en algo, vivimos en una

época muy confusa. Con tus conocimientos, estoy seguro de que saldrías adelante.

Esa noche me había burlado de su propuesta, pensé que se trataba de otra de las bromas que tanto le gustaban. Pero la idea se instaló tenaz en mi cabeza y me obligó a reflexionar sobre ella. La última noche de agosto, como he dicho, tomé la decisión. El primero de septiembre comuniqué a mis compañeras del gabinete que necesitaba una baja de tres meses para resolver unos asuntos personales; esperaba que se arreglaran sin problemas hasta mi vuelta. De este modo, me cubría las espaldas por si me iba mal en la aventura que había decidido emprender.

Adquirí una vistosa baraja de cartas del Tarot, así como diversos libros que encontré en librerías de viejo y en algunas tiendas virtuales que servían a través de la Red. Descubrí además que Internet era una fuente de conocimientos casi inagotable, pues localicé desde cursos elementales sobre el mundo del Tarot hasta complejas disertaciones sobre su evolución a través de la historia. ¡Una enciclopedia infinita a mi alcance!

Durante seis intensas semanas, permanecí encerrado en casa estudiando a fondo un campo que para mí era completamente nuevo: el arte adivinatorio del Tarot. Sí, sí, ya sé que tal práctica iba contra la tesis que yo había defendido durante mi carrera; la psicología oficial nunca aceptaría conocimientos y actividades esotéricas. Pero estaba decidido a obtener el éxito económico; ése era el objetivo que me guiaba. Si conseguía dominar los rituales de la cartomancia, mis conocimientos de psicología y la experiencia de tantos años en el gabinete harían el resto.

Investigué a conciencia sobre los veintidós Arcanos Mayores y su riquísima simbología, así como las distintas formas de distribuir las cartas sobre la mesa, con especial preferencia por las tiradas en forma de estrella de Salomón o de cruz céltica. Practiqué y practiqué hasta alcanzar una perfección que a mí mismo me asombraba.

Tras el intenso aprendizaje, me sentía preparado para comenzar. Pero todavía me faltaba un elemento decisivo: el lugar donde desarrollaría mi actividad. Puse a la venta mi vivienda y alquilé un piso en una de las calles céntricas de la ciudad. Trasladé a él los muebles y demás enseres del apartamento, y reservé el amplio salón para convertirlo en mi espacio de trabajo. En la creación del ambiente necesario para desenvolver los rituales, además de seguir las pautas que indicaban los libros, me dejé llevar sin reparo por mi imaginación.

Situé en el centro de la sala una gran mesa de nogal que me costó un ojo de la cara, así como una silla de brazos y patas torneadas desde la que oficiaría el ritual. Instalé además un sistema de luces que se accionaba con unos mandos disimulados debajo de la mesa, de manera

que el recinto podía estar totalmente iluminado o, en caso extremo, quedarse sólo con una tenue luz cenital que iluminase el espacio de las cartas. En otras cuestiones decorativas decidí hacer caso a mis manías: una foto de Sigmund Freud y otra de Carl Gustav Jung; una reproducción fidelísima de *Los siete pecados capitales* de Hieronymus Bosch, una pintura que nunca dejaba de admirar en mis visitas al Museo del Prado, y otra del singular *Mandala de la Gran Compasión*. Añadí además una fotografía de las ruinas megalíticas de Stonehenge y una lámina donde aparecían definidas las áreas del cerebro humano… Además, claro está, de velas de diferentes colores y recipientes para quemar incienso o sándalo, según aconsejasen las circunstancias.

Naturalmente, no podían faltar los libros, símbolo de mi sabiduría. En un atril coloqué, abierto por una página profusamente miniada, una edición facsimilar de *La philosophie des images énigmatiques*, la obra de François Menestrier editada por primera vez en Lyon en 1694. Y, en un armario de vitrina, una selección de libros que iban desde algunos de los que utilizaba en el gabinete hasta otros que ni siquiera había leído pero que, por su título, sugerían un profundo conocimiento de las artes adivinatorias.

Con todo preparado, y consciente de que con mi auténtico nombre nada lograría, encargué unas sobrias tarjetas e inserté un discreto anuncio en los periódicos:

Sigfrido Mallinger
Gran Maestro de Tarot
Todo problema tiene su solución

Sabía que, más que la publicidad convencional, lo que atraería a los clientes sería la difusión que la gente satisfecha podría hacer entre sus amistades. Convenía tener paciencia y esperar la llegada de las primeras visitas. Quien inauguró la consulta fue una señora oronda y cargada de joyas, preocupada por saber si su hija se casaría o no con el novio con el que llevaba ya dos años saliendo. Me sorprendió la seguridad y la eficacia con que la atendí, así como su rostro complacido al levantarse de la silla. ¡El comienzo no podría haber sido mejor!

El Tarot resultó más fácil, y bastante más divertido, que el anterior trabajo en el gabinete. Cualesquiera que fueran los Arcanos que salían en las tiradas —desde el Loco a la Rueda de la Fortuna, desde el Diablo al Ermitaño—, yo procuraba llevar su simbolismo al discurso que me convenía. Las mías eran siempre predicciones positivas, propuestas balsámicas, apoyadas en los datos que me iban proporcionando los clientes, aunque ellos las considerasen derivadas de las enigmáticas cartas que yo extendía sobre la mesa.

Para mi sorpresa, a las pocas semanas la clientela empezó a crecer de tal manera que me vi obligado a contratar a una ayudante para que me gestionara la agenda diaria. Silvia, una chica licenciada en Informática, resultó ser muy eficaz y resolutiva. Ella me solucionaba los múltiples problemas de la gestión y yo podía dedicarme en exclusiva a los conflictos de mis clientes. La gente se sorprendería si revelase aquí los nombres de las personas que pasaron por mi despacho, desde políticos de renombre hasta poderosos tiburones del mundo financiero. Elevé considerablemente las tarifas, una medida que incrementó aún más la afluencia de clientes. Todo parecía ir mejor de lo que nunca había soñado.

3

Una tarde recibí la visita de Guillermo, el amigo que tan bien me había sabido aconsejar. Cuando entró en el despacho, traía en la mano una caja de forma cúbica, envuelta en papel de regalo de brillante color rojo.

Nos saludamos con alegría y nos sentamos en las cómodas butacas de la salita que usaba para relajarme tras cada consulta. Poco tardé en ponerlo al corriente de mi éxito y en manifestarle mi agradecimiento.

—¡Cuánto me alegro! Por fin te veo contento, ¡ya era hora! —declaró con expresión satisfecha; luego, señaló la caja que había dejado sobre la mesa y añadió—: Ya te habrás fijado en que no vengo con las manos vacías. Te compré este regalo hace algunas semanas, en uno de mis viajes, pero hasta hoy no he encontrado tiempo para acercarme hasta aquí.

—No tenías por qué traerme nada, bastante te agradezco ya tus consejos —respondí, algo molesto por una generosidad que juzgaba excesiva.

—No sé si te gustará. La verdad es que me dejé llevar por el primer impulso —continuó, sin hacer caso de mis reparos—. ¿Por qué no lo abres?

Rasgué el papel y dejé al descubierto una caja de cartón azul. La destapé y, con las dos manos, saqué el objeto encajado en su interior. No pude evitar una expresión de sorpresa y desconcierto: lo que tenía en las manos era una calavera humana, con la dentadura completa y en magnífico estado de conservación.

—¿Esta calavera… es auténtica? —acerté a preguntar, al cabo de unos minutos.

Me repugnaba y me fascinaba a la vez sostener aquellos restos macabros, una experiencia que nunca antes había tenido.

—Tan auténtica como la tuya o la mía, sólo que la persona a la que pertenecía abandonó este mundo muchos años antes que nosotros. Ya ves lo poco que somos, para la importancia que nos damos. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris!*

—Te agradezco el regalo, pero no sé por qué lo elegiste —conseguí decir, mientras mis manos daban vueltas y más vueltas a aquel cráneo —. ¿De verdad pensaste en mí al verla?

—¡Así es! Cuando le eché el ojo, enseguida pensé que te podría venir bien para la decoración de tu consulta. ¡No me negarás que le da un intenso toque esotérico! Imaginé que sería del agrado de tus

clientes.

¡Era una idea brillante, había que reconocerlo! De inmediato pensé en el posible efecto que tendría en ciertos clientes impresionables, podría ser un recurso muy eficaz. La dejé sobre la mesa y serví el café que nos acababa de traer Silvia. Mientras lo saboreábamos, comenté:

—¿Y sabes a quién perteneció?

—¿Cómo lo voy a saber? Donde la compré tampoco creo que lo supieran —contestó, sonriente—. ¿A ti qué más te da? Al final, la muerte nos iguala a todos, ya lo ves.

—¿Sería hombre o mujer? —volví a coger la calavera y la sostuve en la palma de la mano—. Bien mirado, sorprende pensar que estos huesos hayan albergado un cerebro que experimentó emociones, alegrías y tristezas… ¿En qué lengua hablarían sus labios? ¡A saber los paisajes que contemplaron los ojos que aquí había!

—¡Mira que eres teatrero! ¿Acaso vas a hacer ahora de Hamlet? —se burló Guillermo—. Tendrías que dedicarte a escribir, quizás es lo que mejor te va.

—¡No, hombre! El Tarot es mucho más rentable, ahora no lo cambiaría por nada —respondí—. Pero la imaginación se me desboca sin querer. ¿Cómo se llamaría en vida?

—¿Quién? ¿El de la calavera? En vida no sé, pero ahora puedes llamarle como quieras —bromeó mi amigo—. ¿Qué te parece K?

¡K! ¡Un nombre enigmático y cargado de simbolismo, como el del protagonista de tantas páginas de Kafka! Me pareció el adecuado, un acierto extraordinario de mi amigo. Mientras Guillermo continuaba hablando, mi cabeza ya cavilaba sobre el mejor lugar para situar aquel cráneo en el despacho.

Cuando finalmente se marchó, y con él Silvia, que había esperado hasta el final por si la necesitaba para algo, cogí la calavera y entré en la sala de trabajo. No tardé nada en decidir dónde y cómo colocarla: en la esquina que formaban la pared de la izquierda y la situada frente a mí. Los clientes la verían al entrar y sentirían su presencia tras ellos mientras yo manipulaba las cartas de los Arcanos. Mandé construir un estante adecuado, sobre el que colocaría aquel cráneo, e instalar una lámpara cenital que derramaría su luz sobre K cuando yo lo considerara oportuno. ¡El efecto era impresionante!

Algunos días después de estos arreglos, al entrar por la mañana en mi despacho, dirigí la vista al estante de la calavera y de inmediato tuve la sensación de que K me miraba con ojos burlones. Me daba cuenta perfectamente de que no tenía sentido hablar de ojos tratándose de una calavera, pero lo cierto es que en toda la mañana no me abandonó la sensación de que K espiaba mis movimientos. Mientras ensayaba nuevas maneras de echar las cartas, dirigía de vez

en cuando una rápida mirada de reojo en dirección al estante. Debería ver un simple cráneo, ya lo sé, pero lo que percibía era otra cosa bien distinta. K continuaba observándome con insistencia, como si poseyera vida propia y no quisiera perderse detalle de cuanto hacía.

Sé que cualquier persona hubiera reaccionado alejando de sí aquella calavera, aunque sólo fuera por las continuas distracciones que me provocaba. Pero no lo hice porque, con el paso de las horas, comencé a notar una extraña calma, como si los ojos de K tuvieran un efecto relajante en mi cerebro. Lo que nunca había conseguido con la contemplación del mandala tibetano, lo estaba logrando ahora a través de aquel cráneo que parecía poseer extraordinarias propiedades.

La influencia que K ejercía sobre mí fue aumentando día a día. Permanecía horas contemplando fascinado la calavera, y me parecía distinguir el brillo de unas pupilas en el fondo oscuro de las cuencas. Tras esta reiterada contemplación, mi mente parecía volverse más profunda, se me ocurrían razonamientos que antes nunca había hecho. Por este motivo, mis consultas pasaron a ser tan brillantes que todos los clientes abandonaban el despacho con expresión extasiada.

Yo mismo me daba cuenta de que en las interpretaciones de los Arcanos realizadas bajo la influencia de K no estaba fingiendo, no me limitaba a aplicar mis conocimientos psicológicos. No, verdaderamente me sentía poseído por el arte adivinatorio y miraba como un libro abierto las figuras que el azar de las cartas ponía sobre la mesa. Toda la vida, también la futura, de la persona que tuviera enfrente aparecía nítida ante mí.

De algún modo, era como si K me transmitiera una energía que tenía algo de mágico. Cuando sostenía la calavera en la mano y estudiaba sus detalles, constataba que únicamente era un conjunto de huesos que algún día habían albergado las emociones y la inteligencia de una persona, pero que estaba tan vacía como la concha seca de un molusco o la caracola que ya no tiene vida en su interior.

Mi dependencia de la calavera llegó a tal punto que ya no podía vivir sin su compañía. Empecé a limitar el horario de las consultas, deseaba tener más tiempo para mí. Igual que un enamorado ansía a todas horas el contacto con la persona amada, así buscaba yo conversar a solas con K. Y no hubiera sido consciente de ello si no fuera porque Silvia, preocupada por mi persistente negativa a recibir más clientes, me explicó el motivo de su desasosiego.

Me aseguró que cuando yo me encerraba en el despacho, ella podía oír desde fuera las acaloradas conversaciones que mantenía con un hombre de voz cálida y acento un tanto exótico. ¿Acaso estaba recibiendo clientes clandestinos? ¿O se trataba de personas que deseaban el más riguroso anonimato? Me confesó que, en ocasiones,

había irrumpido en mi despacho de forma deliberada para así resolver el misterio, pero que siempre me había encontrado solo.

Yo me reí y le resté importancia a aquellas conversaciones inexistentes. Le expliqué que, al practicar las tiradas del Tarot, me gustaba razonar en voz alta las ideas que me surgían, como si los Arcanos pudieran escucharme. Pareció conformarse con la explicación, pero a mí sus palabras me causaron una profunda inquietud. Al día siguiente, compré una de esas grabadoras diminutas, que podía funcionar noventa horas seguidas, y la coloqué en una de las esquinas de la mesa, disimulada dentro de un portalápices. La dejé encendida durante todo el día y continué con mis rutinas cotidianas. Por la noche, después de la cena, decidí escuchar los sonidos que había recogido el aparato. ¡Me quedé asombrado al comprobar que Silvia tenía razón! ¡Allí estaba yo, manteniendo intensas conversaciones con otra persona desconocida! Reconocí mi voz, claro, pero no pude hacer lo mismo con la otra, una voz seductora que hablaba con un seseo dulce y sensual. ¿Cómo era posible?

Decidí poner la grabadora cada día, aunque me resistí a escuchar todo lo que la máquina recogía. Acumulaba las grabaciones en un disco duro y después, durante el fin de semana, me dedicaba a analizarlas. El desconcierto inicial pronto dejó paso a la fascinación por aquellas charlas, que unas veces versaban sobre los grandes temas de la existencia con una erudición asombrosa, mientras que otras se referían a detalles relativos a mi vida y a mis costumbres cotidianas. No faltaban, por supuesto, las discusiones relacionadas con el Tarot y las interpretaciones que sobre los Arcanos daba a los clientes que continuaban acudiendo a la consulta. Si mis respuestas poseían una hondura desconocida, las de mi extraño interlocutor eran un prodigio de sabiduría y lucidez. ¡Qué maravilla! ¡A través de las grabaciones estaba descubriendo facetas de la vida en las que nunca había reparado!

4

Una mañana, al leer el periódico de la ciudad, como solía hacer mientras desayunaba, me encontré con la noticia de un crimen que se había producido en una de las calles más céntricas. No me hubiera fijado en la noticia de no ser porque venía acompañada de una foto de la persona asesinada, un rostro familiar que identifiqué al momento. Aquel tal Inocencio Valverde era uno de mis clientes asiduos, aunque en sus citas utilizase un nombre distinto; aún me había visitado la semana anterior para consultarme un problema referido a un importante negocio que se traía entre manos. Había otra fotografía de su establecimiento, una joyería de prestigio. Me desconcertó comprobar que el sitio me resultaba conocido, a pesar de no haber estado nunca allí. Mucho más que conocido, debo confesar, porque de repente acudieron a mi memoria las imágenes de la distribución interior del establecimiento, un espacio que yo debería ignorar.

Súbitamente alarmado, corrí a mi dormitorio. Abrí la caja fuerte empotrada en el interior del armario, disimulada tras los trajes y chaquetas. Tuve que sentarme en la cama y respirar hondo varias veces, pues las piernas se negaban a sostenerme. Fajos de billetes de doscientos y quinientos euros, la mayoría usados, llenaban el espacio de la caja. Junto a ellos encontré una fina cuerda enrollada. Una cuerda que, al sostenerla entre las manos, trajo hasta mi cerebro unas imágenes terribles: las de la agonía de mi cliente, mientras unas manos enfundadas en unos guantes negros apretaban más y más la cuerda que tenía alrededor de la garganta.

Me quedé aterrorizado, incapaz de razonar ni de moverme. ¿De dónde había salido aquel dinero? ¿Por qué me perturbaba tanto aquella cuerda? ¿Acaso había tenido yo algo que ver con el asesinato? Y si era así, ¿por qué no me acordaba de nada? Me vino a la cabeza *El extraño caso del doctor Jekyll y Mister Hyde*, la inquietante novela de Stevenson. ¿Me estaría ocurriendo algo semejante al drama del desdichado doctor?

Me dirigí al despacho y me senté frente al estante donde K reposaba. Esta vez me observaba con una mirada irónica, como riéndose de mi estupor. Yo permanecía callado, con expresión indignada, esperando no sabía bien qué. Fue entonces cuando escuché la voz sensual que ya conocía por las grabaciones, una voz que resonaba dentro de mi mente: «¡Un millón y medio de euros! En cuanto se calmen las cosas, podremos irnos a donde deseemos. Y por

don Inocencio no sientas pena: tantos problemas como lo agobiaban, y ahora descansa en paz. En el fondo, le hemos hecho un favor».

Asustado e indignado como nunca me había sentido, cogí uno de los pañuelos que guardaba en un cajón de la mesa y cubrí con él la calavera. La voz interior cesó al instante, como cuando desconectamos un aparato de radio. ¡Eran los ojos los que provocaban esa voz, ahora estaba seguro!

Salí de la sala y busqué refugio en mi dormitorio. No me fue difícil encajar las piezas de todo cuanto me ocurría. Aunque me pareciera imposible, los hechos eran evidentes. No se trataba de figuraciones mías ni estaba viviendo una fantasía: aquella calavera poseía una fuerza desconocida, fuera del orden natural de las cosas. Había conseguido apropiarse de mi voluntad y obligarme a hacer lo que ella ordenase. «Podremos irnos a donde deseemos», había dicho. Tales palabras no tenían sentido, K permanecería inmóvil donde yo la colocase.

Pensé en ir a la policía, pero pronto descarté la idea. Me preocupaba el asunto del asesinato y del robo, con el que me podrían relacionar si no actuaba con tiento. Además, ¿qué les iba a decir? ¿Que estaba poseído por los ojos de una calavera? ¡No! Antes debía conocer lo que sucedía, encontrar una explicación coherente, no podía dejarme arrastrar por las emociones. Sabía que, mientras permaneciera cubierto con el pañuelo, K era inofensivo. Debía actuar sin demora.

Llamé a mi amigo Guillermo, pero me cuidé mucho de desvelarle nada de lo que me ocurría. «Aún no me has contado dónde conseguiste la calavera que me regalaste hace dos meses», le pregunté, tras unos minutos de charla intrascendente. «¿La calavera? La compré en una tienda de antigüedades en Lisboa, por alguna de las calles estrechas próximas a la Praça do Comércio».

«¿Recuerdas el nombre de la tienda? ¿Tienes una dirección, un teléfono…? Me interesaría hablar con el dueño», insistí. Tras unos instantes de duda, llegó la respuesta deseada: «Espera un momento, creo que me traje una tarjeta cuando estuve allí. Déjame mirar». Esperé, con el corazón latiendo acelerado, hasta que escuché de nuevo la voz de mi amigo: «Has tenido suerte, ya he dado con ella. Toma nota de los datos: Doctor Luis Branco. Anticuario. Rua São Bento, 18. Teléfono 213 421 529». ¡Ya tenía lo que quería! Le agradecí el favor que me acababa de hacer y me despedí de él con la vaga promesa de vernos en los próximos días.

Me faltó tiempo para marcar el teléfono de Lisboa. Me atendió una chica de voz aguda, que me informó de la ausencia de don Luis en aquel momento; como todas las mañanas, había salido a tomar el «*pequeno almoço*» en la cafetería A Brasileira. Esperé una hora,

devorado por los nervios, y volví a llamar. Esta vez hubo suerte, el tal don Luis hacía un rato que había regresado. Le expliqué lo mejor que pude los motivos de mi llamada. No tardó en recordar la peculiar compra de mi amigo Guillermo, pues había sido la primera y única vez que había vendido una calavera desde que regentaba la tienda.

—¿Y usted no me sabría contar algo de ella? A quién perteneció, su procedencia… Le agradeceré cualquier información que me pueda facilitar —rogué, anhelante.

El hombre dudó un poco y, finalmente, respondió:

—¡Cómo no me voy a acordar! La de esa calavera es una historia muy curiosa, digna de figurar en una novela. Verá, yo me dedico casi en exclusiva al mobiliario de pequeño tamaño y a la escultura en madera. En nuestro oficio es preciso especializarse, no puede uno atender a todo lo que le gustaría.

»Un día apareció por la tienda una mujer ya mayor, a juzgar por su voz, pues se cubría el rostro con el velo que le caía del sombrero. Declaró poseer varios muebles del siglo XVIII que quizá me interesaría ver. La acompañé hasta un almacén situado a poca distancia del puerto. Allí tenía, guardados y embalados en cajas, diversos muebles que resultaron ser una maravilla, todos hechos con las más finas maderas tropicales: *curupixá*, *sucupira*, *goaibâo, marupá*… ¡Un lujo! ¡Pocas veces se pueden ver en Europa maderas tan hermosas y tan bien trabajadas!

»Los muebles procedían de una familia aristocrática de la ciudad de Salvador da Bahia, la primera capital que tuvo Brasil; con seguridad habrá usted oído hablar de ella. Se los compré todos sin dudar; la mujer necesitaba venderlos y yo no estaba dispuesto a dejar escapar aquella oportunidad. No tuve reparo en solicitar un cuantioso préstamo en el banco, pues el precio era elevado y la misteriosa señora quería cobrar al contado.

»Cuando los desembalamos en nuestro taller y nos disponíamos a reparar las posibles taras que tuvieran, nos encontramos con la sorpresa de que en el interior de una cómoda muy trabajada, una de las mejores piezas del lote, había un compartimiento secreto que se abría mediante un ingenioso resorte disimulado en un lateral. Cuando lo abrimos, comprenderá mi sorpresa y la de mis ayudantes. Allí, envuelta en un pañuelo de seda rojo, estaba la calavera por la que usted me pregunta. Quién la ocultó en el mueble y por qué razón son misterios que nunca podremos resolver.

—Entonces usted cree que la calavera tuvo que venir de la ciudad de Salvador da Bahia, ¿no es así? —pregunté, a pesar de conocer la previsible respuesta.

—Es lo más probable. Recuerdo que los muebles aún venían en el embalaje con el que debieron de ser cargados en el barco que los trajo

a través del mar —contestó—. Y en las tablas aparecía el nombre del puerto de Ilhéus, muy próximo a Salvador da Bahia.

Le di las gracias y colgué el teléfono, bañado en un sudor frío. Claro que conocía la ciudad, incluso había pasado en ella unos días en compañía de un antiguo amor. Un lugar de belleza inolvidable, pero también un espacio donde tenían lugar los ritos de adoración a los dioses que los esclavos habían llevado de África: Xangô, Iemanjé… Eran nombres que había escuchado repetidas veces en nuestro deambular por el barrio del Pelourinho, deidades con fuerte arraigo en la comunidad local. Esos rituales, en algunos casos, poseían una vertiente mágica de la que poco se sabía. La calavera, con seguridad, tenía que formar parte de algún culto que escapaba a mi comprensión. Por fuerza tenía que pertenecer a una persona relevante, nadie se molestaría en ocultar una calavera cualquiera. Si bien, relevante o no, había algo maligno en ella. Tenía que apartarla cuanto antes de mi vida.

5

Decidí deshacerme de K inmediatamente. La envolví bien en el pañuelo que la cubría, la metí en una bolsa de plástico y bajé con ella al garaje. Ya en el coche, enfilé la carretera de la costa y conduje hasta que las luces de la ciudad desaparecieron del horizonte. Busqué un espacio solitario, donde las olas batían furiosas contra las rocas, y descendí por un camino estrecho hasta situarme en un peñasco que se introducía en el mar como si fuera el mascarón de proa de un barco de piedra. Coloqué la calavera en medio del pañuelo y, volteándola como si de una honda se tratase, la lancé lo más lejos que pude. No sentí el impacto con el agua, pues el ruido de las olas anulaba cualquier otro sonido, pero sabía que mi objetivo estaba cumplido.

Una desazón irracional, una ansiedad extraña fue la que me impulsó a volver a la mañana siguiente al mismo lugar, para asegurarme de que no había quedado rastro de K. A aquella hora la marea estaba baja y el mar, más calmado. Quedaban al descubierto rocas que la noche anterior cubría el agua, y en algunos entrantes se formaban diminutas calas de arena oscura. En una de ellas, descansando sobre la arena y acariciada por las suaves olas que la rozaban, estaba la calavera, con los ojos dirigidos al peñasco donde yo me había situado.

¡No podía dejarla allí! Existía el peligro de que la encontrara cualquier persona ignorante de sus poderes, alguien que caería con facilidad en su telaraña. Me correspondía a mí acabar lo que había empezado. Bajé hasta la arena y me quité la chaqueta. Envolví la calavera con ella, procurando apartar mi mirada de aquellas oscuras cuencas. Luego la introduje en el maletero del coche y emprendí el regreso a la ciudad.

Fue durante la conducción cuando se me ocurrió un procedimiento más eficaz para deshacerme de K. ¡Esta vez sí que no fallaría! Tras guardar el coche en el garaje, volví a meter la calavera en una bolsa de plástico y salí a la calle.

No tardó en pasar un taxi. Lo paré y le pedí que me llevara al Parque Central. Al llegar a la altura del estanque de los cisnes, mandé parar al taxista. Le pagué y después abandoné el vehículo, dejando la bolsa oculta bajo el asiento delantero. Enseguida me perdí por los caminos del parque, confiando en que el hombre no me relacionara con la bolsa. Cuando finalmente la descubriese, la llevaría a la oficina de objetos perdidos, era la práctica habitual. Y allí se quedaría,

perdida en cualquier estante polvoriento durante años. Un día cualquiera la quemarían, junto con otros objetos que nadie reclamaba. ¡Sería el fin de K!

Pasé dos o tres horas caminando bajo la sombra de los árboles. Tras comer en uno de los restaurantes cercanos, regresé sin prisas a mi casa. Me sentía alegre, liberado del problema que me había angustiado durante tantos días. Al entrar, Silvia me informó de que, haría una media hora, un taxista había venido a traer una bolsa que yo había olvidado en su coche. Tratando de disimular mi desconcierto, escuché cómo Silvia repetía las explicaciones del taxista. Le había sido fácil dar conmigo. El hombre me había reconocido en cuanto subí al vehículo; hacía varios meses, su mujer y él habían venido a mi consulta, por eso recordaba también mi dirección.

¡Era inútil pretender deshacerse de la calavera! Comprendí que cualquier nuevo intento que hiciera estaría condenado al fracaso. K se las arreglaría para regresar siempre a mi lado. Debía aceptarlo, no me quedaba otro remedio. Resignado y abatido, volví a colocar la calavera en su sitio, siempre cubierta por el pañuelo granate. A pesar de saber que era irracional, al salir cerré con llave la puerta de mi dormitorio, pues deseaba alejarla de mí y de mis sueños.

A la mañana siguiente, tras una noche en la que me desperté en múltiples ocasiones, entré en el despacho y enseguida vi que la calavera continuaba en el estante. Pero el pañuelo que la cubría había resbalado durante la noche y aparecía ahora tirado en el suelo. Al momento sentí los ojos de K clavados en los míos, con tal intensidad que me resultaba imposible apartar la vista de ellos. Aquellos ojos parecían guardar toda la maldad del mundo, tal era la ferocidad con la que me observaban. Su mirada era distinta a la de otras veces, me atraía, no podía dejar de mirar las cuencas oscuras de la calavera. Incapaz de soportar aquella mirada que parecía deshacerme por dentro, sentí que el cerebro se me nublaba y que todo daba vueltas a mi alrededor. Caí al suelo como una marioneta a la que le cortan los hilos y me dejé arrastrar por una espiral de negrura que parecía no tener fin.

6

Cuando recuperé el conocimiento, tardé unos minutos en darme cuenta de lo que me había sucedido. Me encontraba en el despacho, en una de las esquinas, pero era incapaz de mover ninguno de los músculos de mi cuerpo. Sólo podía mantener la vista fija en los objetos que tenía ante mí, sólo alcanzaba el espacio que me permitía la mirada. Lo que contemplaban mis ojos era la habitación, con todos los muebles y objetos dispuestos en su lugar, como cualquier otro día. Una persona estaba sentada frente a la mesa, practicando tiradas con las cartas del Tarot.

Mi cerebro tardó bastante tiempo en comprender la evidencia: ¡quien estaba sentado en la silla era yo, o alguien que se me parecía mucho! Como mantenía la cabeza baja, no podía ver bien su rostro, pero la ropa era la mía y los movimientos que hacía me resultaban muy familiares. ¿Cómo era posible? Intenté moverme, acercarme a aquel suplantador, pero el cuerpo no me respondía. ¡El cuerpo! ¡Cómo lo iba a mover, si era mi cuerpo el que estaba sentado a la mesa! Entonces, ¿dónde me encontraba yo?

Tras esta pregunta, fue cuando, como un relámpago, se abrió paso en mi cerebro la terrible verdad: ¡estaba mirando el despacho desde las cuencas sin vida de la calavera! ¡Mi ser estaba preso en aquella cárcel de huesos! Una vez aceptada esta hipótesis terrible, comprobé que todo la confirmaba: ¡el ángulo y la altura desde los que miraba eran los del estante donde siempre había reposado la calavera!

La confirmación de esta realidad terrible la tuve un rato después, cuando Silvia entró en el cuarto con la correspondencia diaria. La persona que estaba echando las cartas sobre la mesa, el intruso que ocupaba mi cuerpo, levantó la cabeza y me miró con una sonrisa irónica. Cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, creí morir de pena y de horror: allí estaban los ojos de K, la mirada que yo conocía perfectamente. ¡Se había liberado de la cárcel que la encerraba y había tomado posesión de mi cuerpo! Ahora podría moverse con libertad, gastarse el dinero sustraído, hacer la vida de lujo y comodidad de la que tantas veces me hablaba. Y yo, condenado para siempre, ¡tendría que padecer aquella prisión maldita y asistir impotente a la nueva vida del cuerpo que K me había robado!

El siguiente recuerdo que tengo ya es en la cama del sanatorio, con el doctor Nistal observándome con aire preocupado. Al salir del estado

de coma, mi primera reacción fue palparme el cuerpo, la cara, los brazos… y dejar que me inundase la felicidad. ¡Volvía a ser yo! Fue entonces cuando me enteré de que había pasado semanas sumergido en un raro sueño, del que sólo despertaba de vez en cuando para gritar una serie de palabras inconexas. A juzgar por las expresiones de mi rostro, una intensa batalla se había librado en mi mente durante las horas inacabables en las que había permanecido sin sentido.

Claro que, de todos esos días fuera de mí, sólo sé lo que el doctor y las enfermeras me cuentan. Debo fiarme, no tendría sentido que me mintieran. Algo debió de suceder para que consiguiera liberarme de la prisión y recuperar mi cuerpo. ¿Acaso K se había cansado de mí? ¿O no podía permanecer más que cortos períodos de tiempo fuera de su guarida ósea? ¡Cualquiera lo sabía!

En cuanto me dejen marcharme de esta especial cárcel que es el sanatorio, iré directamente a mi despacho y, cuidándome bien de esquivar su mirada, guardaré la calavera en la misma caja en la que entró en mi casa. Luego la rociaré con gasolina y la quemaré, y después aplastaré los huesos hasta dejarlos reducidos a polvo. En la orilla del mar, esparciré las cenizas, entre las olas que rompen contra las rocas. Y entonces K, por fin, desaparecerá de mi vida para siempre.

¡Iluso de mí! ¡Creí que podría vencerlo, burlar su poder! Ahora comprendo que es imposible, que siempre perderé la partida. Hace dos horas, cuando me he despertado de la larga siesta que había dormido después de comer, me he encontrado con la más desagradable sorpresa: ¡la calavera aparecía colocada sobre la mesa que tengo en esta habitación de la clínica! Asustado, he llamado a la enfermera a gritos. Tras administrarme un ansiolítico, me ha explicado que Silvia, mi secretaria, había venido a visitarme al mediodía. Al encontrarme dormido, ha preferido no molestarme y le ha entregado a la enfermera la caja azul, con la petición de que colocase en mi cuarto su contenido, pues era un objeto por el que sentía un apego especial.

Ahí está ahora, frente a mí. Intento no mirarla, pero me agota el esfuerzo de resistir. Y tampoco podré mantener los ojos cerrados por tiempo indefinido. Debería pedirle a la enfermera que la retirase, pero me lo impide algo más poderoso que mi voluntad. Cuando la miro, aunque sea con un vistazo rápido, descubro siempre los ojos de K clavados en mí. Me vigila, sabe que no podré resistir durante mucho más tiempo, sabe que conseguirá dominarme con su mirada en cuanto desmonte piedra a piedra mi fortaleza interior. ¡Y cuando lo consiga, esta vez sí, sucederá lo irremediable y me quedaré preso en el interior de la calavera hasta el fin de los tiempos!

Esta primera edició de *Las fronteras del miedo* fue lanzada en el mes de marzo de 2012, cuando se cumplen setenta y cinco años de la muerte de Howard Phillips Lovecraft, uno de los más grandes creadores de la literatura de terror. Consideraba a Edgar Allan Poe como su mayor maestro y escribió un conjunto de narraciones capaces de provocar los más intensos escalofríos en quien las lee.

LAS FRONTERAS DEL MIEDO

Las historias de terror tienen el efecto de sacudir en los seres humanos los miedos atávicos que la civilización trata de ocultar bajo la apariencia de razón, ciencia y control. Pero todos sabemos que hay hechos que contradicen toda lógica, realidades que estremecen nuestras creencias, por mucho que cerremos los ojos a ellas y nos neguemos a admitirlas. En las páginas de este libro, Agustín Fernández Paz nos arroja a seis historias que traspasan «las fronteras del miedo».

periscopio

TÍTULOS DE ESTE AUTOR
COLECCIÓN PERISCOPIO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

Nació en Vilalba (Lugo) y, desde hace veinte años, reside en Vigo. Además de perito industrial, es maestro y licenciado en Ciencias de la Educación. Durante más de tres décadas, trabajó como docente en la Enseñanza Primaria y en la Secundaria. En la actualidad, se dedica exclusivamente a la escritura. Es autor de numerosos títulos, dirigidos preferentemente a lectores infantiles y juveniles. Sus libros, escritos en gallego, se traducen habitualmente a las otras lenguas españolas. Ademas de premios tan relevantes como el Lazarillo o el Nacional de Literatura, también ha obtenido el Premio EDEBÉ, tanto en su Modalidad Juvenil como en su Modalidad Infantil. En el año 2011, ha sido seleccionado como candidato español al prestigioso Premio Andersen.

edebé
www.edebe.com